

LEJANAS FRONTERAS DEL ESPACIO

A. BERTRAM CHANDLER

A. BERTRAM CHANDLER

Lejanas fronteras del espacio

Traducción de Miguel Giménez Sales

Ferma

Sinopsis

¿Era Quinn un descendiente de Whitley? ¿O era su reencarnación?

¿Era Leonora la propia Jane, la esposa de Whitley?

¿Qué secretos encerraba aquel planeta donde la noche era interminable?

¿Cuáles era los reptiles alados que poseían una fuerza desconocida en la Tierra?

Whitley, como escritor, había imaginado una novela espacial, y de repente se había convertido en el protagonista de la misma, trasladándose en tiempo y espacio a muchas generaciones en el futuro.

¿Era todo un sueño... o la más espantosa de las realidades?

Título Original: *The Deep Reaches of Space*

Traductor: Giménez Sales, Miguel

Colección: Infinitum, 26

ISBN: 5301948774738

Generado con: QualityEbook v0.62



LEJANAS FRONTERAS DEL ESPACIO

1

PETER Quinn miró el mapa esférico, cuyos resplandecientes filamentos existentes entre los brillantes puntos de luz, que eran las estrellas, formaban una tela de araña.

“Al menos —pensó— la tormenta ha terminado. O no está donde ahora estamos nosotros. O nosotros no estamos donde está la tormenta”.

Su cerebro apartó del recuerdo lo que el mapa le había parecido cuando la tormenta magnética había alcanzado la nave. Una vez, hacía tiempo, había leído una descripción de tal fenómeno: un plato de *spaghettis* luminosos. Cuando leyó tal descripción deseó no tener que pasar jamás por una experiencia similar. El autor del libro había tenido suerte: su nave había conseguido llegar a un sector colonizado de la galaxia. Quinn esperaba que los que iban a bordo de la *Lode Maiden* tuvieran la misma suerte. Contempló la extraña configuración de las estrellas del mapa y luego atisbó fuera, por el ventanuco. Las verdaderas estrellas eran tan extrañas como sus diminutas representaciones en la transparente esfera, extrañas y escasas.

—¡Hola, gallito!

Quinn volvió la cabeza al escuchar el saludo. Vio entonces que Saunders había entrado en la cabina de control. El tercer oficial, siempre desaseado, lo estaba más que de costumbre. No llevaba casco. Los calcetines le caían sobre las botas, llevaba la camisa desabrochada y los galones de una de las hombreras estaban deshilachados. Los pantalones estaban manchados de grasa.

—¿Qué se cuece, Bill?

—Aceite pesado... solo que todavía no se está cociendo. Hay demasiada gente en la sala de máquinas, Pete. El viejo y el jefe están provistos de martillos y alicates, y cada uno está convencido de ser el único que sabe manejar un torno *diesel*. El contramaestre y el segundo maquinista también han tomado cartas en el asunto, lo mismo que el cuarto contramaestre y los maquinistas restantes, mientras que los cadetes están dando vueltas por ahí, con la boca abierta. Yo pasé por allí y al ver tanto alboroto he preferido venir aquí, al Control, en busca de un poco de paz y tranquilidad. —Se dejó caer en una de las sillas y se abrochó el cinturón de seguridad—. Ah, esto es mejor. ¿Por qué resulta tan descansada la ilusión de sentarse? —Y agregó, cambiando de tono—. ¿Cómo está la nave, Pete?

—No está. Nos hallamos atrancados, sin respiración ni movimiento. Tan indolente como un barco pintado en un océano pintado.

—El que pintó este océano —se quejó Saunders, mirando por el ventanuco— debía tener mucha pintura negra a su disposición. La tormenta debe de habernos alejado de la galaxia... o poco menos. —Sacó un cigarrillo del aplastado paquete que tenía en el bolsillo de la camisa y lo encendió—. Mientras pueda, disfrutaré de dos chupadas. Una vez pongan en marcha el *diesel*, el rey Nosmo será el supremo soberano. ¡Oh!, a propósito, el viejo me dijo que te relevase. Quiere un oficial responsable... y no me ha gustado la manera como ha pronunciado ‘responsable’... para que

circule entre los pasajeros, tranquilizándoles. No es que tú vayas a servir de mucho, claro. Te dedicarás a buscar un rincón oscuro donde poder estrechar la mano de tu linda Leonora...

—Tienes una mente morbosa, Bill —le espetó Quinn.

—Realista, Pete, realista..., como corresponde a un Padre Fundador de una de nuestras lejanas Colonias Perdidas. Y creo que tendremos que comenzar a buscar algunas Madres Fundadoras...

Quinn se desabrochó el cinturón y se puso de pie, un poco incierto en tanto el fluctuante campo residual de la nave entraba en contacto con las suelas magnéticas de sus botas, y luego se encaminó hacia...

¿La escalerilla? No. La escalera de la sala, creo... Al fin y al cabo, es una nave de pasajeros, por lo que es preferible que emplee algunas expresiones más...

...la escalera de la sala, que daba acceso al...

—*¿Qué quieres, querida?*

—Por tercera vez, George, ¿quieres almorzar?

...cuerpo de la nave. Él...

—*¡George!*

—*¿Sí?*

—*Por favor, deja de aporrear esa maldita máquina y escúchame. ¿Quieres almorzar?*

...temía que...

La mano de la mujer le impidió seguir tecleando. Él levantó la vista, distrayéndose ya del relato, aunque a regañadientes. Pensó —y la idea le sorprendió— que Jane era estupenda a pequeñas dosis, pero no tanto teniéndola pegada al lado constantemente. “A veces me gustaría volver a estar embarcado”, pensó.

—A veces casi me gustaría que estuvieras embarcado, George —dijóle ella—. Al menos, cuando estabas en casa, gozaba de tu compañía. No como ahora. Y tampoco tenía preocupaciones

a la hora de pagar las cuentas.

—No es culpa mía que el mercado de revistas de América se esté muriendo —replicó él—. Antes había treinta y pico de revistas, ahora sólo ocho...

—Entonces, ¿por qué no escribes algo que puedas vender en otra parte? Una novela...

—¡Maldita sea! Estoy intentando escribir una novela.

—Intentarlo no es suficiente, querido.

Whitley apartó la silla de su mesa de trabajo y contempló a Jane casi con disgusto. Lo malo de Jane era ser demasiado eficiente, demasiado capaz. “Y si ella no fuese así —pensó— yo estaría de nuevo embarcado”. Ella sentía un respeto exagerado por el éxito, y cuando uno empezaba a fracasar en un aspecto, significaba para ella el fracaso en todos los terrenos.

La siguió a la cocina. Se sentó a la mesa, echó una ojeada —con muy poco apetito— a la libra de pan francés, la mantequilla, el queso, la ensalada. Miró con más interés la botella de cerveza... pero detuvo la mano de Jane cuando ésta iba a llenarle el vaso.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella, sobresaltada.

—Perdóname. Tengo que ver al doctor Ferris esta tarde.

—¡Oh!, sí, ya lo recuerdo. Podrías haber venido a la playa conmigo, o seguir con tu estúpida novela, pero prefieres jugar al conejillo de indias. Espero que disfrutes con ello.

—La experiencia —replicó Whitley— será muy buena para mí. Como escritor. Todo es material aprovechable. Y el doctor desea experimentar con alguien que sea capaz, más tarde, de escribir un relato fiel de lo ocurrido.

—No estoy muy segura de aprobar este asunto de las drogas —opinó ella—. Podrías convertirte en adicto —añadió—. Aunque no es que esto importara mucho...

—No se convertirá en hábito, te lo aseguro —replicó Whitley con frialdad.

2

WHITLEY se relajó en el sillón del despacho de Ferris, y contempló al sujeto a través de la pantalla de humo que ambos hombres estaban generando, Whitley con su pipa y el doctor con su cigarrillo. Era agradable sentirse relajado. Él y Ferris habían sido camaradas en un buque, cuando el doctor había estado trabajando en calidad de cirujano en el vapor que hacía la ruta de Australia, en tanto que Whitley era el primer oficial. La camaradería se había transformado en una auténtica amistad, la que solamente puede establecerse entre la gente de mar.

—¿Cómo van las cosas, doc? —le preguntó.

—Bien, como siempre. Demasiado bien. A veces lamento haber abandonado la práctica general.

—Esto es lo que dices. Si pudiera volver a empezar de nuevo, estudiaría Medicina en Siquiatría. Es una vida de gran señor. Nunca tienes que ensuciarte las manos. —Reflexionó sobre el tema—. Ni tampoco careces de clientes. Si la ciencia médica algún día produjese un afrodisíaco seguro e inofensivo, todos los siquiatras perderían a sus clientes.

—Eso no resulta muy amable, George.

—Pero es cierto.

—¿Y tus cosas cómo van?

—Muy mal. Hace meses que no he visto un buen cheque. Tan mal va todo, que he pensado seriamente en volver al mar. Por fortuna, cuando dejé la *United Steam Shipping Company*, no cerré demasiado fuerte la puerta a mis espaldas.

—Yo debería volver al mar otra vez —citó el doctor:

“Al solitario mar y al solitario cielo.

Y lo único que deseo es un buen buque

Y una estrella que lo guíe...”

—¡Tonterías! —gruñó Whitley—. No me gustan los buques, no me han gustado nunca los grandes buques, sino esos vaporcitos que parecen unas bañeras y que costean Australia. Si volviese al mar sólo sería por una cosa: dinero. Aunque la verdad es que Jane y yo andamos un poco a la greña estos días.

—Todavía llegarás a ser cliente mío.

—No es fácil.

—¿Trabajas ahora en algo, George?

—Sí. Una novela. El asunto de las revistas está muerto, y han sido las novelas de ediciones baratas de bolsillo las que han ayudado a matarlo. Bien, veré si puedo introducirme en este nuevo mercado.

—¿Qué clase de novela?

—Anticipación. Una obra espacial.

—En otras palabras, una historia de naves... para no perder la costumbre, aunque se trate de

naves espaciales.

—Bien, he conseguido inventar un nuevo impulso interestelar. El “Impulso Ehrenhaft”, según lo he denominado.

—Ese nombre me suena.

—Naturalmente. Recordarás, sin duda, a un tal doctor Ehrenhaft, un austríaco refugiado en los Estados Unidos, de quien se sospecha que demostró la existencia de una corriente magnética, como opuesta a un campo magnético. Bien, si se tiene una corriente magnética, se deben tener partículas magnéticas...

—Continúa.

—Bueno, mis generadores Ehrenhaft engendran una corriente magnética. La nave en la que dichos generadores se hacen funcionar, para todos los propósitos, se convierte en una enorme partícula magnética de una polaridad deseada. Va navegando según las líneas de la fuerza magnética de los sistemas planetarios, a mucha mayor velocidad que la luz. Claro que el impulso posee sus fallos...

—No habría historia en caso contrario. ¿Cuáles son los fallos?

—Los “torpedos”, como yo los llamo, pueden aterrizar y despegar sólo en las regiones que poseen mucha fuerza vertical, o que se hallan en torno a los polos magnéticos. Además, existen tormentas magnéticas en la vecindad de ciertos soles. Si la nave se ve atrapada en una, es arrojada fuera de su trayectoria y, para mejorar las cosas, además, su pila queda seca, sin poder...

—¿Para qué sirve la pila?

—Para proporcionar el calor que haga hervir el agua que produce el vapor que impulsa a las turbinas que mantienen girando los tornos Ehrenhaft, y también los motores que engendran la corriente eléctrica para la maquinaria auxiliar de la nave.

—O sea, que sin la pila no pueden funcionar.

—No del todo. En realidad, las naves van equipadas con motores diesel de emergencia. Si las naves se extravían en el espacio, los bioquímicos extraen combustible de los hidrocarbonatos con que se alimenta la gente de la nave, pero pueden continuar el viaje, de estrella a estrella, con la esperanza de encontrar un planeta capaz de soportar nuestra clase de vida, y en tal caso inauguran una Colonia Perdida. Y si no lo encuentran...

—Entiendo. Posees una mente morbosa, George. No sé si llevar a cabo el experimento contigo.

—Sería una lástima que no lo hicieras. He estado pensando en ello. Pero deberías explicarme algo más. Sí, he leído algo del asunto en el *Times*, pero no he visto aún ningún artículo debidamente documentado.

—¿Has leído “Las puertas de la percepción”, de Huxley?

—No.

—Pues deberías leerla. Entra de lleno en el tema con bastante profundidad. Y juega con las ideas que te pondrían en el camino debido. Por ejemplo... sé que voy a exponerlo muy crudamente, la mente forma parte del Todo Cósmico, pero el cerebro actúa como una válvula de reducción, permitiendo ingresar sólo las impresiones que le servirán al dueño del cerebro en su existencia cotidiana. El ácido lisérgico atraviesa la válvula de reducción...

—¡Caramba!... Ese Todo Cósmico, como tú lo llamas, puede ser una entidad

cuatridimensional. Naturalmente, entonces habría el viejo Dunnem y sus líneas del mundo, y su universo serial... Y a través de un antepasado, las líneas del mundo se extienden por el remoto pasado, y a través de un descendiente, hacia un futuro remoto.

—No he creído nunca en Bridey Murphy —objetó el doctor.

—Con franqueza, tampoco yo. Pero en realidad, la idea es fascinante...

—Demasiado fascinante. Bien, si te tendieses en el diván...

—¿Propulsión a chorro?

—No.

Ferris tiró hacia arriba la manga de la camisa deportiva de Whitley, fregó la piel con un trocito de algodón empapado en alcohol, y a continuación insertó la aguja de la jeringa en una ampollita llena de un líquido incoloro, y aspiró con el émbolo.

—Una inyección intramuscular —anunció.

—Ya lo veo.

Whitley apenas sintió el pinchazo al penetrar la aguja en su carne.

—Tardarás unos quince minutos en comenzar a sentir los efectos —le advirtió Ferris.

—Sí, veré elefantes rojos o guapas bailarinas —se burló Whitley.

3

—¿CÓMO te sientes? —le preguntó Ferris.

—Ligeramente mareado —replicó Whitley—. Aparte de eso, muy bien. Pronto veré los elefantes rojos.

—¿Colores?

—Normal.

—¿Perspectiva?

—Lo mismo.

—¿El oído?

—Puedo oír el tráfico de la calle, pero un poco amortiguado.

—¿Te importará que te deje? Pam me pidió que, si me quedaba en casa esta tarde, recortase un poco el césped. Grita si me necesitas.

—¿Por qué? Lo que pasa entre un hombre y su subconsciente es alto secreto. “Para ser destruido por el fuego antes de ser leído”.

—Si es así como piensas, George...

—No te preocupes, doctor. Escribiré todas mis impresiones, como te prometí. Pero llámame “señor X” cuando mi relato salga en las revistas médicas.

—Lo haré. Bien, vendré a verte de vez en cuando.

Whitley contempló el techo, el techo blanco. ¿El techo blanco? Había unas manchitas grises, y un ligero movimiento. Como niebla, como humo, algo denso, casi sólido, con tentáculos que se alargaban hacia abajo como intentando llegar al diván.

¡Vaya —pensó Whitley—, vaya! Si esto es lo mejor que puede realizar mi subconsciente con relación a las Amenazas del Espacio Exterior, no es mucho. Grado “B” de Hollywood...

Trasladó su atención a las paredes. También habían asumido un aspecto de humo, pero como por detrás de un vidrio. Contempló el sillón en el que había estado sentado. Sus líneas estaban borrosas. El almohadón del respaldo parecía estar palpitando, como si fuese una bolsa de cuero que contuviese un animal, pero no muy activo. Y la tela que cubría el almohadón y el asiento había adquirido más profundidad de tono, resultando mucho más bella. Es notable —pensó Whitley—, lo que la falta de azúcar en la sangre que va al cerebro puede hacer.

Volvió a mirar al techo. Seguía medio oculto por la niebla. Había leves trazos de color, pero muy leves. Y también sugerencias de formas. ¿Dragones? ¿Formas humanas? Whitley no estaba seguro. Quería ver algo, y sospechó que en caso contrario se sentiría defraudado.

Por el rabillo del ojo vio a alguien sentado en el sillón. ¿Jane?

Giró la cabeza. El asiento estaba vacío. Pero la impresión persistió, la impresión de una mujer

esbelta, de cabello claro, con *shorts* y blusa. Pero Jane no poseía *shorts* blancos —pensó—. Ni blusa blanca. Y la blusa era de uniforme, con hombreras.

Es notable lo que la falta de azúcar en la sangre que va al cerebro puede hacer. En realidad, me gustaría que Jane estuviese aquí —se dijo—. Me siento muy cerca de ella... Siento que...

Cerró los ojos y no siguió pensando, no quiso pensar, sino sentir. Estaba aturdido por la intensidad de sus sensaciones. Era como verse arrollado por una inmensa ola de calor... una oleada de calor que era la Vida. La vida de todos los hombres y todas las mujeres, de todos los hombres y todas las mujeres. De todos los hombres y mujeres de épocas pretéritas, de todos los hombres y mujeres que han de venir.

Vio claramente el símbolo: el gran acantilado color carne, aunque jamás obsceno; el gran acantilado, erguido contra una tormenta marina, que parecía ascender orgullosamente hacia el negro, plomizo cielo, el acantilado que él sabía era la carne, la sangre y los huesos de la raza, el acantilado que era la Humanidad, que duraría siempre.

Por la ventana abierta se oía la queja mecánica de la segadora de motor de petróleo que el doctor hacía vivir. Con el rítmico latido del motor, la visión del acantilado y...

4

CON el sonsonete rítmico de los motores se aflojó la tensión en el salón. Alguien estaba haciendo algo. Alguien había hecho algo. La situación se hallaba bajo control. Whitley contempló los pálidos semblantes de los pasajeros, sabiendo que esperaban su anuncio. Estaba enterado de la presencia de la joven a su lado, una joven esbelta, de piernas torneadas y cabellos claros, con falda y blusa de uniforme, con las hombreras negras, en las que se veían unos galones dorados sobre un fondo escarlata.

“Pero... ¿qué diablos hace Jane aquí?”, se preguntó Whitley, angustiado.

—Di algo. Di algo —le urgió ella.

—¿Qué?

—Diles que la situación se halla completamente dominada.

El joven se aclaró la garganta antes de hablar.

—La situación está completamente dominada.

Su afirmación no había sonado convincente.

—Pero... ¿dónde estamos? —insistió un hombre desmedrado—. ¿Dónde estamos?

Por el cerebro de Whitley pasó un vago recuerdo. Era el retrato mental de una esfera transparente, una esfera de tinieblas en donde una telaraña luminosa había sido hilada entre los brillantes puntos de luz que eran las estrellas, las extrañas estrellas. ¿Estaba rememorando aquella esfera... o estaba simplemente recordando?

—¿Dónde estamos? —repitió el hombrecillo.

—Tranquilízalos —le susurró Jane.

Pero no era la voz de Jane. Miró a la joven. No era Jane... aunque poseía todo aquello que él había deseado siempre en Jane.

—Diles algo.

—¿Qué?

Eran recuerdos... ¿Recuerdos de lo que había estado escribiendo, o...?

—Ahora que los motores están ya funcionando —dijo con firmeza—, no habrá más humo. —¿Cuál era la broma de Saunders con respecto al rey Nosmo?, se preguntó. Y añadió—: Los pasajeros deberán evitar en lo posible todo esfuerzo físico.

—Pero ¿dónde estamos? —chilló el hombrecito.

¿Dónde estamos? —se preguntó Whitley—. ¿Dónde estoy? ¿Quién soy?

Recordaba un salón... ¿dónde? ¿cuándo?... un salón con un techo medio oculto por la bruma, con las paredes como de humo, un humo tras el cristal, con muebles que poseían una vida propia, una vida ameboide. Y en ese salón había alguien llamado Whitley... ¿o era Quinn? Sí, estaba Quinn... ¿o era Whitley?, tendido en un diván, mirando la niebla, y era Whitley... ¿o Quinn?... y era... estaba...

¿Dónde?

Los pálidos semblantes de los pasajeros eran manchas deformes para Whitley, quien enfocó su atención en el aviso fijado en uno de los pilares del compartimiento circular. En el aviso debía haber algo que le proporcionara información, aunque no fuese más que las horas de las comidas, o los nombres de los contrincantes en el torneo de golf. Habría el nombre de la nave... *Lode Maiden*, pensó Whitley. Echó a andar hacia el aviso, quedándose sorprendido por la aparente firmeza del suelo. Bajó la vista y contempló sus desnudas, curtidas rodillas, asomando entre sus pantalones cortos y sus calcetines, que terminaban dentro de unas botas blancas. Vio el suelo de plástico brillante, que cubría el acero de más abajo. Estaba limpio, pulimentado... y la firmeza persistía. De manera estúpida, como en sueños, Whitley trató de levantar ambos pies a la vez y, recordó de repente, aunque demasiado tarde, que la "firmeza" era debida a la atracción magnética entre sus botas y la superficie de acero.

Cayó.

Cayó lentamente hacia arriba.

Pero no había arriba ni abajo. No había derecha ni izquierda, ni babor ni estribor. Sólo había el pequeño mundo, construido por el hombre, que giraba a su alrededor: los pálidos semblantes, los funcionales muebles, los pilares de resplandeciente metal, las superficies planas y curvas, recubiertas de brillante plástico.

No había arriba ni abajo, y todos los detalles quedaban borrosos, empañados por las lágrimas que inundaban sus ojos; todas las impresiones exteriores se desvanecieron con la náusea que le acometió. Sabía que algo flotaba con él en el vacío, que una mano firme estaba apoyada en su brazo, que una voz... ¿familiar o no? le susurraba urgentemente:

—¡Peter! ¡Peter! ¿Qué te pasa? ¡Peter, contéstame!

Se enderezó y la proximidad de la joven le confortó. Oyó que alguien —¿él mismo?— contestaba:

—No... no lo sé, Leo.

—Yo sí lo sé —replicó ella—. Estás mareado, como si fuese éste tu primer viaje. Ven conmigo.

Vio cómo la joven extraía una pequeña pistola del cinturón, apuntándola en una dirección tangencial a su rotación. Oyó el silbido del gas al ser expelido, y vio que él y la joven no estaban ya girando a media altura. Oyó otro silbido y sintió una extraña sensación de movimiento en línea recta... y entonces sus pies volvieron a entrar en contacto con el suelo.

—Damas y caballeros —dijo la joven—, debo disculparme en nombre del segundo oficial. Les aseguro que no está sufriendo ningún trastorno extraño ni desconocido. Sin duda ustedes ya habrán reconocido los síntomas, y no hay duda, asimismo, de que ustedes saben ya que incluso los astronautas, a veces, sufren de vértigo espacial.

»Mientras tanto, los motores de emergencia han sido ya puestos en marcha. Los generadores Ehrenhaft no tardarán en volver a funcionar, y entonces nos dirigiremos a nuestro destino. Gracias por su atención. Eso es todo.

Se sentó en una silla de la enfermería, agradecido al cinturón que le sujetaba, y contempló a la

esbelta y graciosa joven que le estaba mirando con las mejillas enrojecidas, lo que la tornaba más hermosa todavía.

—Peter —le dijo—, ¿qué te pasa? ¿Estás borracho?

—No. Pero tal vez me vendría bien un trago de coñac...

La joven se suavizó.

—De veras, creo que padeces vértigo espacial.

Fue a una alacena y la abrió. Whitley divisó varias hileras de bombillas; la joven cogió una y, tras unos instantes de reflexión, otra. Le entregó una de ellas. Whitley la miró estúpidamente y la apretó. Un chorro de líquido ambarino le mojó la frente. El olor le dijo qué era. Apresuradamente se llevó el gollete a la boca. Era una manera torpemente infantil de beber buen coñac... pero era mejor que no beber nada. La joven gozó de la bebida sin desperdiciarla.

Un hombre irrumpió en la habitación. Era bajo, rubicundo y regordete, y Whitley supo quién era y lo que era sin tener que mirar los tres galones que adornaban sus hombreras.

—¿Otra vez con los consuelos médicos, Leo? —preguntó el recién llegado—. Creo que tendré que realizar una operación en el joven Peter... —Se sirvió una bombilla de brandy de la alacena—. Y tendremos que racionar esta porquería... aunque el bioquímico me asegura que podrá fabricar vodka cuando no tenga que ocuparse del combustible. —Succionó audiblemente en la bombilla—. Ah, lo necesitaba. En medio de todo este alboroto la vieja señora Kent ha decidido que está agonizando, y me ha llamado a su camarote para que le administrase los últimos ritos... o como se llamen.

—¿Y está agonizando? —inquirió Leonora.

—No. A menudo he pensado que los hipocondríacos llegan a edades muy avanzadas porque siempre están buscando la asistencia médica pues se suponen graves. Y hablando de agonizantes... Peter, ¿cuáles son nuestras posibilidades de seguir con vida?

—Vamos continuando —respondió Whitley—, de estrella a estrella, de sistema planetario a sistema planetario, gracias a los motores, mientras nuestra atmósfera será cada día más fétida por los gases de escape, hasta que encontremos un mundo que pueda soportar nuestra clase de vida...

Esto está sacado de “La colonia extraviada”, se dijo Whitley. Y esto parece ser lo que yo estaba escribiendo. Pero... ¿lo estaba escribiendo? ¿O lo estaba viviendo Quinn? ¿Cuáles son los recuerdos que utilizo, que estoy intentando utilizar? ¿Quién pasó el final de semana con Leonora en la Isla del Placer, del Caribe?

Miró a la joven. ¿Tienes un lunar en la cadera izquierda, Leonora? ¿Y roncas, suave, casi musicalmente?, se preguntó.

—Has estado leyendo demasiadas obras del despacho —le reprochó el doctor.

“¿O escribiéndolas?”, pensó Whitley.

—Rechaza todos los toques vividos —continuó el otro—. ¿Cuáles son nuestras posibilidades de encontrar un planeta colonizado, o uno que podamos colonizar?

“Vamos, Quinn —pensó Whitley—, entra en mí. Déjame utilizar tus recuerdos. Y no me refiero a los recuerdos de los fines de semana sensuales en los parajes tropicales. Más aún: entra en mí y apodérate de mi ser. Este es tu mundo, no el mío. Este es tu ambiente”.

Vio, con los ojos de la mente, el mapa tridimensional de la cabina de control y las diseminadas

estrellas visibles al otro lado del ventanuco. Procuró poner en blanco su mente, para que los recuerdos lo inundasen. Pero no hubo inundación. En absoluto. Se echó a reír.

Maldición, pensó. Esta es mi nave. Yo la imaginé. Esta es mi situación. Yo la imaginé. Y esta joven uniformada, tan encantadora, y este tipo tan gracioso, son mis personajes...

—¿Qué es eso tan divertido, Quinn? —le preguntó el doctor.

Whitley apenas le oyó, ya que estaba pensando: “Pero... ¿qué personaje soy yo?”

—*El segundo oficial Quinn se presentará en la sala de control al momento. El segundo oficial Quinn se presentará en la sala de control al momento.*

5

WHITLEY contempló al doctor y a la enfermera, y ellos le miraron a él.

—¿Qué esperas, Peter? —le preguntó Leonora—. Al Viejo no le gusta aguardar.

—Estaba... —buscó las palabras apropiadas— ...estaba buscando la orientación.

—¿Buscando la orientación? ¿Aún estás mareado?

—¿Mareado? —intervino el doctor.

—Sí —replicó su ayudante—. Sintió el vértigo espacial.

—¿Vértigo espacial? ¡Hum! Debo saber más detalles. Incluso ahora, se sabe poco respecto a los efectos sicosomáticos de los campos magnéticos, o de su ausencia. Si quieres tenderte en la litera, Quinn...

Sonó un zumbador. Leonora se llevó al oído el receptor.

—¿Sí? Aquí la enfermería.

—¿Está ahí el segundo oficial? —la voz pertenecía a un viejo irascible, cascarrabias.

—Sí, capitán.

—Dígale que se presente en la sala de control. ¡Inmediatamente!

—Será mejor que vayas —le aconsejó Leonora a Whitley—. Ve, antes de que el viejo te arroje al exterior sin tu traje espacial.

—Sí, será mejor que vaya —asintió Whitley. Le entregó la bombilla vacía—. Gracias por el trago.

—Ven de vez en cuando —le dijo ella—. Ya sabes dónde vivo.

Lo malo es, pensó él, que no lo sé. Que no sé dónde vive nadie.

El teléfono volvió a sonar.

—La voz del jefe —exclamó el doctor con sarcasmo.

—Contesta —le pidió Whitley a la joven.

—Contesta tú —replicó ella.

Cruzaba el umbral cuando la joven estaba alzando el aparato. Cerró la puerta a sus espaldas y vio que se hallaba en un corredor que seguía la curvatura de la nave. No estaba brillantemente iluminado, ya que sólo uno de cada seis fluorescentes estaba encendido. La curvatura, combinada con la pobreza lumínica, le proporcionó a Whitley la desagradable ilusión de hallarse realizando un crucero por la ruta Mebia. Tragó saliva al sentir que todavía le duraba el mareo, y trató de olvidar sus trastornos físicos pensando en el embrollo en que se veía metido.

Todo esto es subjetivo, pensó. Sí, todo es subjetivo. Se pellizcó cruelmente un muslo, pero el dolor que sintió fue real.

¿Por dónde estaría la cabina de control?

Whitley trató de revivir los recuerdos de Quinn, aunque sólo con éxito parcial. Trató de visualizar la nave tal como la había imaginado para su novela. Tenía el gran casco con la pila y la maquinaria en el extremo más estrecho, en el vértice del cono. Había, asimismo, el enorme

giroscopio que mantenía a la nave rígida en el espacio, sosteniéndola dentro de las vías, que eran las líneas de la fuerza magnética. Y en la base del cono... sí, en el arco de la nave, estaba la cabina de control. Pero... ¿por dónde se llegaba hasta allí?

Whitley escuchó el ruido de los motores, ahogados por la distancia. Esta era la respuesta a su pregunta. Tenía que alejarse del ruido de las máquinas. Echó a andar.

No tardó en darse cuenta de que lo que se necesitaba era sólo un movimiento deslizante, como el que se emplea en una sala de baile. Los pies jamás debían abandonar el suelo. Y, al fin y al cabo, su cuerpo —o el de Quinn— era maestro en tal menester. Whitley dejó de concentrarse en sus pies para hacerlo en sus ojos.

Y mientras miraba, mientras observaba, los recuerdos afluyeron a su memoria, el recuerdo de las escalerillas en espiral y las suaves rampas, del latido de los ventiladores y el distante sollozo de las bombas, del aire que transportaba el acre olor del ozono y el aroma de la jungla tropical. Vio mentalmente la fábrica de aire acondicionado. Sabía lo que iba a ver en la cabina giroscópica antes de entrar en el vasto compartimiento, por lo que miró con muy poco interés las relucientes y giratorias hélices, el disco de rotación que pareció arrastrarle consigo cuando el joven subió por la escalera de caracol.

Encima, o delante de la sala del giroscopio se hallaba el piso de la oficialidad, y más allá el control. Por fin vio una escalerilla que ascendía verticalmente hacia una escotilla circular. Whitley la subió y la falta de peso de su cuerpo hizo que la subiera como si fuese en sueños.

Es que esto es un sueño, se dijo. Una pesadilla, añadió.

No era la primera vez que se había enfrentado con el iracundo capitán, por lo que la escena le resultaba ya excesivamente familiar.

—De manera —le espetó el capitán Grant, fríamente—, que el segundo oficial se ha dignado por fin a concedernos el placer de su presencia.

Whitley no contestó. Su atención no estaba centrada en el capitán. Todos los oficiales le resultaron conocidos: el alto y grave Grant (“Granito”, llamaban todos a Grant); Malleson, el primer oficial, con aspecto de un *jockey* intelectual; Saunders, el tercer oficial, tan desaseado como siempre, y el enteco Halley, el cuarto oficial.

Levantó la mirada. La cúpula estaba formada por la curvatura de la nave, en la que se hallaban las portillas circulares. Whitley silbó. Había contemplado muchas veces la estrellada noche, pero el firmamento entrevisto a través de la atmósfera no es el mismo que sin velos de ninguna clase. La envoltura gaseosa aleja la idea del vacío, la perspectiva de las vastas distancias. Esa no era una noche estrellada para ser contemplada desde la Tierra, el terreno por el que los Huéspedes del Espacio se hallan desplegados. Esa era la noche del Borde, un cielo inmenso, negro, con un vacío acentuado, más vasto y más vacío por las débiles y escasas estrellas, por las poco visibles nebulosas que formaban unas islas increíblemente distantes en el universo.

—¡Señor Quinn! —la voz sonó iracunda, insistente, obligándole a volver en sí—. ¡Señor Quinn!

“Yo soy Quinn”, pensó. Dejó de contemplar el cielo para enfrentarse con el capitán.

—¿Señor?

—¿Qué ha estado haciendo en la enfermería, señor Quinn?

—Me mareé —explicó.

—¿Mareado?

—Sí, señor. Vértigo espacial.

—¿Vértigo espacial?

Saunders se echó a reír, pero calló bruscamente cuando el capitán le fulminó con la mirada.

—Ha habido algunas investigaciones muy interesantes, señor —sugirió Malleson—, sobre el efecto sicosomático de los campos magnéticos...

—¿De veras, señor Malleson? Me gustaría recordarles, caballeros, que están ustedes navegando como oficiales de esta nave, y que llevamos a bordo un cirujano y una enfermera, los cuales están muy bien calificados para ocuparse de los asuntos clínicos. Y debo recordarle a usted, señor Quinn, que entre sus deberes no se cuenta la entrada en la enfermería para charlar con el personal médico.

—Fui en busca de un coñac medicinal —replicó Whitley.

¿Habré ido demasiado lejos?, se preguntó, en tanto contemplaba el furibundo rostro del capitán. Bueno, al fin y al cabo, no puede matarme... Aunque tal vez sí puede. Y comenzó a sentir cierto pánico.

—Más tarde veré al médico, señor Quinn —finalizó Grant—. Mientras tanto, si ya se halla completamente repuesto, le agradeceré que trace una trayectoria para la estrella del tipo Sol en las coordenadas 135° 14’ 27”; 36° 42’ 18”.

Whitley buscó con la mirada los instrumentos y máquinas adecuados. Se aproximó vacilando al mapa esférico. Lo contempló fascinado, abismándose en el estudio del filamento brillante de la telaraña. Vio que el globo estaba graduado para la ascensión y la declinación adecuadas, y que en su pedestal había varios interruptores y clavijas.

Alargó la mano, tratando de poner el cerebro en blanco para poder ser más receptivo a los recuerdos de Quinn. Palpó y apretó un botón. Otra chispa de luz, purpúrea, resultó ser el centro exacto de la esfera. Sus dedos se cerraron sobre la clavija, girándola gentilmente. Lentamente fue descendiendo un tentáculo de luminosidad desde la chispa purpúrea, un filamento de un azul incandescente. Se movió con incertidumbre, transformándose en una espiral. Se enderezó, y atravesó las líneas de fuerza en un ángulo oblicuo.

Pero tenemos que seguir las líneas de fuerza, pensó Whitley.

Encontró otra clavija vernier, la torció cuidadosamente... y alteró la posición central de la chispa purpúrea, llevándola casi a la parte más interna del globo. Ello tenía que ver con las líneas del radar de la Verdadera Movilidad. Le hubiera gustado que los recuerdos de Quinn fuesen menos vagos. Volvió a centrar la chispa purpúrea, lo mejor que pudo.

Ahora este botón, pensó. ¿Qué dice? “Compensación de la derivación”.

—Señor Quinn —le interrumpió el capitán, con tono helado—, estamos esperando. Tal vez cuando haya usted concluido con su juego de luces en el mapa tridimensional...

¿Y qué será, siguió pensando Whitley, el “modificar gauss”?

—Señor Malleson —la voz del capitán estaba llena de impaciencia e indignación—. Por favor,

aparte del mapa a ese mono borracho y trace la trayectoria.

Whitley se apartó con presteza. Se sintió aliviado al ver que nadie intentaba echarle de la cabina de control. Vio cómo el primer oficial, con su inteligente semblante lleno de arrugas de concentración, se acercaba al pedestal de los controles, moviendo los dedos de un vernier a un interruptor, y de otro interruptor a un vernier. Vio cómo el filamento azul se iba alargando, fundiéndose con uno de los rojos y deteniéndose exactamente delante de una de las más brillantes estrellas.

Entonces Grant se dejó caer en un asiento y se sujetó con el cinturón. Los demás oficiales le imitaron y Whitley, viendo un asiento desocupado, hizo lo mismo, ajustándose el cinturón en torno a su cuerpo. Los demás le ignoraron, lo cual, teniendo en cuenta las circunstancias, no era malo. Como nadie le hacía caso ya, podía observarlo todo a su sabor.

—Giroscopio maestro fuera —ordenó Grant.

—Giroscopio maestro... ¡fuera! —repitió Saunders.

—Freno. Comprobar la reacción con los auxiliares.

—Freno. ¡Comprobar la reacción con los auxiliares!

El tercer oficial estaba atareado ante los mandos situados delante de su asiento. El susurro de la hélice mayor creció de tono, convirtiéndose en una vibración que cesó de repente.

—Generadores Ehrenhaft preparados. Polaridad azul.

—Generadores Ehrenhaft... ¡preparados! ¡Polaridad azul! —repitió Halley.

Se oyó una nueva nota, como la del ahora silencioso giroscopio, pero más acentuada, con una pulsación rítmica. Un destello luminoso de color en el tablero de mandos delante de la silla del capitán fue captado por los ojos de Whitley. Montado en un panel había un modelo translúcido de la astronave, un cono fabricado de plástico o cristal. Desde su vértice invertido, iba creciendo hacia la base una ola de color azul.

—Giroscopios auxiliares preparados —dijo el capitán.

—Giroscopios auxiliares... ¡preparados! —repitió Saunders.

—Giro.

—¡Giro de la nave!

Los pequeños giroscopios parecieron chillar más que zumbar, y Whitley notó la fuerza centrífuga que le presionaba sobre el asiento. A través de los portillos contempló la espaciada procesión de estrellas y se preguntó hacia cuál de ellas iba derivando la nave.

—Giroscopios auxiliares, comprobación. Rumbo constante.

—Giroscopios auxiliares... ¡comprobación! ¡Rumbo constante ahora!

—Giroscopio maestro listo. Adelante.

—Giroscopio maestro adelante, señor.

—Generadores Ehrenhaft a la máxima tensión.

—Máxima tensión, señor.

Bruscamente, el modelo de la nave situado en el tablero de mandos del capitán quedó inundado de luz azulada. Poco después, Whitley concentró su vista en el mapa. Una chispa azul se estaba ya arrastrando a lo largo del filamento purpúreo que era la trayectoria de la *Lode Maiden*.

6

—LE aseguro, señor —dijo el doctor Kennedy—, que el segundo oficial no está intoxicado. Se sintió al borde del vértigo espacial mientras tranquilizaba a los pasajeros y la señorita Starr lo acompañó a la enfermería, donde bebió una medida de coñac medicinal.

—¡Vértigo espacial! —bramó el capitán—. ¿Quién ha oído decir nunca que un astronauta padeciera esa tontería?

—Usted, capitán Grant. Y yo. Y Quinn, aquí presente. Hay muchos astronautas que, tras una larga estancia en tierra, sienten el mareo espacial cuando experimentan la primera caída libre.

—Sí —concedió el capitán—, pero después de una larga estancia en tierra.

—Además, hubo fluctuaciones en el campo magnético de la nave.

—Estoy harto de oír hablar de ellas. Y nadie más se sintió afectado.

—Uno de los pasajeros, capitán.

—¿Sí? ¿Quién?

—La señora Kent.

—Ah, la señora Kent. Sí, claro, ella tenía que ser.

Whitley se revolvió inquieto en la litera a la que estaba sujeto, oyendo cómo el doctor y el capitán discutían su caso. El oficial médico le consideraba un paciente bastante interesante. El capitán le consideraba como un espécimen un poco más elevado que un amotinado en la escala social. Según Grant, Whitley se había mostrado incapaz de desempeñar su labor, particularmente en una emergencia. Él mismo se sentía inclinado a simpatizar con el punto de vista de Grant... pero no podía consentir que le arrestase, por ejemplo, o algo peor.

Le hubiese gustado poder incorporarse y gritar: “¡Muy bien, os lo diré! No me llamo Quinn sino Whitley. Y no soy un astronauta sino un marino. Y todos vosotros, y la nave, sólo sois hijos de mi imaginación, y he sido yo quien ha planeado el atasco en que os habéis visto metidos”. Pero si lo pregonaba... ¿qué? ¿No tomaría el sueño un rumbo aún más desastroso? ¿No correría el riesgo de verse encerrado como un loco peligroso?

Era un riesgo demasiado grande para correr... con sueño o sin él.

—Es la amnesia lo que me intriga —admitió el doctor.

Y a mí, pensó Whitley. Maldita sea, ésta es mi novela. He escrito tantas veces de qué manera una persona traza una trayectoria, que debería ser capaz de trazarla yo mismo.

—Una retirada —iba diciendo Grant—. Una retirada de la peligrosa situación en que nos vemos metidos.

—No. Al menos, no lo creo. Esta amnesia es bastante incompleta. La víctima olvida su nombre, y se olvida de todo lo que le concierne personalmente. Quinn sabe muy bien que es el segundo oficial de esta nave. Tiene, usted mismo lo ha dicho, una ligera idea de sus deberes...

—¿No podría tratarse de una regresión en el tiempo? —quiso saber el capitán—. ¿No podría su reloj mental haber retrocedido a su primer viaje como cadete?

—Se oyen casos —observó vacilante el doctor—. Sí, se oyen casos... pero nunca relacionados con este tipo de naves. Se murmuran muchas cosas raras, pero siempre relacionadas con las nuevas diligencias estelares de impulso Mannschenn, las denominadas temponaves, pero opino que el principio de su impulso interestelar es algo que llaman precesión temporal.

No te atrevas a poner tus sucias manos en mi argumento, pensó Whitley, indignado.

—Entonces, ¿qué puede usted hacer, doctor?

—Con franqueza, nada. Yo soy un médico especializado en vuelos espaciales, no un siquiatra. Naturalmente, si la Comisión de Transportes Interestelares instala los nuevos aparatos impulsores en estas naves, yo tendría que aprender...

—No intentan ponerlos. Será mejor que lance esta idea cuando regresemos.

—Si regresamos —le corrigió Kennedy, con pesimismo.

—De acuerdo. Si regresamos. —El capitán se volvió hacia Whitley—. Bien, ¿cómo está, señor Quinn? ¿Se siente capaz de cumplir con su turno de guardia?

—No... no lo sé, señor.

—No lo sabe. En un momento como éste, cuando se necesitan todos los brazos disponibles, usted no lo sabe. Lo mejor será que se encierre en su camarote.

—Perdón, capitán —intercedió Kennedy—, eso no servirá de nada. El señor Quinn no conseguirá recobrar su memoria por completo de esa manera. Si hace su turno de guardia, con el ambiente familiar para él, tendrá muchas probabilidades de volver a recordar.

—¿Y de qué servirá en el control, en caso de emergencia, si no consigue recordar?

—De nada. Pero el cuarto oficial puede acompañarle en su cuarto de guardia.

—Dejando al piloto sin ningún vigía.

—Puede asignársele el cadete más veterano.

Grant se echó a reír torvamente.

—¿No se está excediendo en sus deberes, doctor Kennedy? La organización de la rutina de la nave es asunto mío, no del oficial médico.

—No opino como usted, capitán. El señor Quinn es mi paciente, y la vigilancia puede considerarse en ciertos casos como una medicina profesional.

—Es la primera vez que escucho tal insensatez —objetó Whitley, recordando sus turnos de guardia en medio del Atlántico, a mediados del invierno.

—Está tomando un gran interés por nuestra conversación, señor Quinn —gruñó el capitán.

—Me siento interesado, señor.

—Bien. Muy bien, entonces estará usted en el control a las 23:59 de su reloj. Le diré al señor Malleson que disponga que el señor Halley esté con usted de las doce a las cuatro.

—Muy bien, señor.

—Y ahora será mejor que se quede aquí, Peter —le aconsejó el médico—, hasta la hora de su turno. Le daré un sedante.

—¿No será drogarle en exceso? —refunfuñó el capitán.

—Tiene que relajarse, señor. Pero le aseguro que a medianoche se sentirá perfectamente.

—Será lo mejor para él. Daré alguna vuelta para ver qué tal sigue. —Hizo una pausa y sus facciones se suavizaron levemente—. Buenas noches, señor Quinn.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Peter —se despidió el doctor—. Y no te preocupes.

—No estoy preocupado —mintió Whitley.

La joven abrió quedamente la puerta y penetró en la cabina. Llevaba en la mano derecha una cajita de pastillas.

—Aquí tienes tu sedante —le anunció.

—Siéntate, Leo.

—Antes trágate las primeras pastillas. No te harán daño.

—¿De qué son?

—No te preocupes.

Whitley se tragó las tabletas y contempló a Leonora en tanto se sentaba, ajustándose el cinturón en torno a su esbelta cintura. Se parece a Jane, pensó. Pero así tenía que ser. Todas mis heroínas son como ella.

Con cierta dificultad, la muchacha extrajo un paquete de cigarrillos del bolsillo de su blusa y se lo tendió a Whitley.

—¿Un cigarrillo, Peter?

—Gracias.

Contempló el paquete: *Caribs*. Pensó que nunca los había oído mencionar. Sostuvo el estrecho cilindro entre sus dedos, vio que una de las puntas estaba teñida de escarlata y se preguntó si se trataría de una nueva especie de filtros. Y entonces, recordando un hábito de Quinn, se puso el cigarrillo entre los labios por el otro extremo. Vio que la joven había hecho lo mismo.

Esta era la primera vez que fumaba desde el principio de aquel absurdo sueño. Pero ¿no se suponía que el ácido nicotínico contrarresta los efectos del ácido lisérgico? ¿Se inhala ácido nicotínico de un cigarrillo? En tal caso, era igual. Estaba seguro de que el capitán Grant se sentiría mucho más feliz sin él a bordo.

Inhaló y el cigarrillo se encendió. El humo era suave, satisfactorio. Era como el de un cigarro... casi. Era como el de un cigarro y daba la misma sensación de intoxicación.

Pero el espectáculo de una mujer hermosa mirándole a uno a través de una columna de humo siempre resulta intoxicante, pensó Whitley. ¿Cómo era la vieja canción? ¿Dos cigarrillos en la oscuridad? O sólo dos cigarrillos, punto. Luz o tinieblas, no existe en ello la menor diferencia. Fumar en compañía tiene un significado de rito, como bien sabían los Pieles Rojas.

—¿Quién eres? —inquirió ella.

—Deberías saberlo, Leo.

—O tal vez —continuó ella— habría debido preguntar, ¿qué eres? Pero no creo que sea así. Eres bastante humano. Pero no eres Quinn...

Contrajo el rostro con amargura, y Whitley temió que rompiese en sollozos.

—Soy Quinn —contestó el joven—. Peter Quinn. Créeme. ¿Te acuerdas de aquel final de semana en la Isla del Placer?

—Lo recuerdo —murmuró ella—. Y recuerdo más aún. Recuerdo todas las veces que... —

llameó de repente—. ¡Maldición, si fueses Peter Quinn, ahora me tendrías en tu litera!

—Hay sitio.

—No. No. En ti hay algo de Peter, pero tus pupilas miran de forma distinta. Creí estar imaginando cosas cuando te mareaste en el salón. Y te lo iba a preguntar cuando te bebiste el coñac en la enfermería, pero en aquel momento se presentó el doctor y...

—Él no ha imaginado tantas cosas fantásticas con respecto a mí —arguyó Whitley.

—Porque tampoco ha dormido nunca contigo —le atacó ella.

—Tienes un lunar en la cadera izquierda —dijo él, con voz lejana—. Y tus ronquidos...

—¡No! —exclamó ella, indignada—. ¡Yo no ronco! —Aspiró profundamente el cigarrillo—. Pero Peter siempre decía que ronco.

—“Yo” te digo siempre que roncas —le corrigió él.

—No, no, no es bastante —negó la muchacha—. Hay algo muy estudiado en tu pretendida amnesia. La navegación puede ser tu segunda naturaleza, pero eres incapaz de efectuar las cosas más simples. Y, sin embargo, puedes recordar las cosas que Peter y yo hicimos... y al mismo tiempo, tratarme como a una completa desconocida... —Volvió a preguntar—: ¿Quién eres?

Whitley luchó contra su modorra. Las pastillas comenzaban a hacerle efecto.

—No me creerías si te lo dijese...

—Creo que sí te creería. Al fin y al cabo, en ti hay mucho de Peter...

—Y en ti mucho de Jane.

—¿Jane? —indagó ella suspicazmente.

—Sí, Jane. Otra chica de piernas torneadas y cabello claro. Pero fue antes de tu época. Oh, mucho antes de tu época.

—¡Maldita Jane! Es por ti por quien estoy preocupada.

—Una vez, hace mucho, mucho tiempo —comenzó a explicarle Whitley—, hubo un pobre pero honrado escritor, un ex marino, que se dedicaba a componer unos relatos que en aquella época se denominaban de anticipación. Nosotros, los escritores anticipadores, proclamábamos que éramos profetas. Algunos de nuestros vaticinios fueron extremadamente notables... y otros no. Sin embargo... Pero, ¿dónde estaba?

»Bien, aquel escritor, cuyo nombre era George Whitley, vivió en el siglo veinte. Los viajes espaciales se hallaban a la sazón en sus albores. Había muchos satélites no tripulados en órbita en torno a la Tierra, y cohetes disparados a Venus y la Luna, y monos lanzados a la atmósfera que, en una sorprendente cantidad de casos, habían regresado sanos y salvos. Pero nosotros, los profetas, nos sentíamos inclinados a adelantarnos.

»Ya habíamos enviado al diablo nuestros primeros cohetes espaciales, saliendo del sistema solar con toda clase de naves impulsadas por los más extraños elementos. Y este particular autor, yo, inventó un impulso llamado Impulso Ehrenhaft. Como poseía una mentalidad morbosa, como muchos de su clase, se sentía más preocupado con lo que podría ocurrir cuando el impulso no funcionase que en el caso contrario. Lo cual me recuerda algo... —citó de memoria—: No debemos fumar. Nuestros malditos motores exigen todas las partículas disponibles de oxígeno.

—Un cigarrillo no causará ningún daño irreparable —alegó la joven.

—Si todo el mundo dijese lo mismo...

—¡Oh, está bien! —arrojó el cigarrillo dentro del colector de basura—. Continúa.

Whitley continuó, mientras pensaba: “Esta droga me ha vuelto infernalmente charlatán”.

—El siglo veinte también asistió a la génesis de las Drogas Maravillosas. Drogas para estimular, drogas para aplacar. Un doctor amigo mío me rogó que actuase para él como conejillo de indias, probando una nueva droga. Se suponía que inducía alucinaciones. Se suponía, asimismo, que ponía a la víctima en relación con la mente o con el subconsciente. Se suponía, según un conocido escritor de la época que fue el primero en experimentar con tal droga, que ésta abría la válvula reductora del cerebro de forma que éste pudiese entrar en contacto con el Todo Cósmico...

—¿De veras?

Whitley de pronto se sintió muy cansado.

—Sí —dijo llanamente.

Estudió la silueta de la joven y vio que era parecida en todo a la joven que le había parecido ver sentada en el despacho del doctor Ferris.

Bien, ya está, pensó. Ahí es donde yo entro. Ahí es donde yo salgo.

Cerró los ojos, sabiendo que al volver a abrirlos se encontraría de nuevo en su propia época. Apenas se dio cuenta de los cálidos labios en su boca, de la firmeza de los senos que rozaron su pecho. Este sueño idiota tiene sus compensaciones, pensó.

Se despertó cuando se encendió la luz. Contempló el ya familiar rostro del uniformado joven, que le anunció:

—Una campanada, señor Quinn. Una campanada. Y al capitán le gustaría verle en su camarote antes de que entre de guardia.

7

—¿CÓMO está, señor Quinn? —le preguntó el capitán Grant.

—No muy mal, señor —fue la precavida respuesta.

—¿No muy mal? Bien, señor Quinn, temo que eso no sea bastante. He conversado largamente con el doctor Kennedy y la señorita Starr... y me ha sorprendido enterarme de que dicha señorita es quien mejor le conoce a usted de toda esta astronave... y ambos me han asegurado que con el tiempo se recobrará usted de este ataque de amnesia. Con el tiempo.

»Tal vez dispongamos de mucho. O de muy poco. Todo depende de los planetas que hallemos en torno a la estrella a la que nos dirigimos. Si se trata de un planeta tipo Tierra, aterrizaremos, y es de esperar que no tarde mucho en pasar por la vecindad una nave que se fije en la boya que dejaremos en órbita. Si no hay ningún planeta tipo Tierra, proseguiremos hacia el próximo sol, y el siguiente...

»Bien, el señor Halley le hará compañía durante la guardia. Tendrá usted que considerarle como su superior hasta que tanto yo como el doctor Kennedy le creamos capaz de cumplir sus deberes de manera normal y satisfactoria. Creo que esto no tardará mucho en acontecer. Si efectuamos un aterrizaje, si establecemos un campamento que pueda resultar el principio de una colonización, necesitaremos los servicios de todos los hombres.

»Así que... —una leve sonrisita suavizó los duros rasgos del capitán—, trate de recordar, Quinn. El señor Halley le enseñará dónde y cómo está todo. Y en su guardia, olvídese de que usted posee una credencial de maestro astronauta. Pida los libros de texto a los cadetes y estúdielos. Empiece desde el principio. Estoy seguro de que así le será más fácil recordar.

—Lo haré, señor —prometió Whitley.

Sé que recordaré, pensó. Recordaré tan pronto como ese fantoche de Quinn regrese, y espero que no tarde demasiado. Aunque no es que importe mucho. Todo esto es un mal sueño. Pero ¿muere la gente en la vida real cuando muere en sueños? Recordaba aquella absurda historia del soñador que tuvo una pesadilla respecto a la Revolución Francesa, y que murió de un ataque al corazón cuando la hoja de la guillotina rozó su cuello.

—Esto es todo, señor Quinn.

—Gracias, señor.

Whitley dejó el camarote, que en su época hubiese podido pasar muy bien por un camarote de barco. Muchas cosas le habían resultado familiares, ya que los diseños funcionales apenas pueden modificarse cuando son buenos. Sí, había muchas cosas familiares. El cubo de plástico de la mesa de Grant, el cubo sobre el que había la figurita de una atractiva mujer, tan bien represenada que parecía estar viva. Había habido las pantallas, como de televisión. Una de las mismas se había iluminado y en ella, en forma tridimensional, Whitley había contemplado la reluciente forma de la nave, un extraño cono metálico flotando en la nada. Y había habido, en lugar del reloj convencional, un barómetro y un termómetro aneroide, un conjunto muy semejante. Un reloj,

termómetro y aneroide, pero el numerador registraba la presión en libras, no en pulgadas o milibares. Y había habido otro numerador que señalaba el contenido de dióxido de carbono.

Whitley salió del camarote, dejando que los pies y los recuerdos de Quinn le llevasen hasta la cabina de control. Saunders, desaseado todavía, estaba allí, cambiando de guardia con Halley.

—¡Ah! —exclamó con irritante jovialidad—, ahí llega nuestro osado segundo oficial, cantando y bailando. ¿O no lo es? Tal vez se trate de un monstruo espacial del tiempo, que ha tomado posesión de su cuerpo y que asesinará a todas las mujeres y violará a todos los hombres... ¡ja, ja, ja!

—¿No te has equivocado? —le preguntó Halley.

—¿Quién dirige esta banda de piratas galácticos? —replicó Saunders con voz de falsete—. ¿Tú o el señor Quinn?

Whitley se acercó a una alacena y sacó una bombilla de café caliente. El líquido estaba ya azucarado, pero agitó la bombilla entre las manos, como debía de haber hecho antes innumerables veces. Se llevó el recipiente a la boca y bebió. El café era bueno.

—Siempre disfruto en estos casos —dijo Saunders—. Es como asistir a una reminiscencia del "Doctor Jekyll y Mr. Hyde". Todas las noches ocurre lo mismo. Al ingerir la poderosa droga, se desdobla.

Whitley se instaló en una butaca. Notó, con cierto resentimiento, que el joven Halley ya se había sentado en el asiento destinado al superior en la guardia. No es que me importe, se dijo. Tales cosas serán de incumbencia de Quinn cuando regrese. Añadió para sí, inquieto: "Si acaso vuelve".

Whitley se puso a meditar en los desdichados que pasaban sus miserables existencias en los sanatorios mentales, firmemente convencidos de ser Napoleón. Intentó rechazar tales pensamientos, pero no lo logró.

—Le he entregado ya la guardia al joven Tim —dijo Saunders—. ¿Te parece bien?

—Sí, Bill.

—Bueno, entonces voy a ponerme en posición horizontal. Y si logro tener bastante imaginación, me haré la ilusión de que fumo. ¡Adiós, amigos míos!

—Me gustaría y te agradecería que no te mostrases tan teatral, Bill —se quejó Halley—. Ya sé que has trabajado con aficionados, pero esto no es motivo suficiente para estar siempre representando.

—Deberíais de estarme agradecidos. Cuando instalemos una colonia, tendremos que fundar un teatro. ¿Y quién estará a cargo del mismo?

—Prefiero no decirlo.

—Celos. Eso es todo. Una de las calamidades que todo buen artista tiene que padecer. Pero ahora debo marcharme a mi virtuosa litera. "A dormir... tal vez a soñar. Morir... soñar acaso".

Sí, morir, pensó Whitley. Especialmente, cuando no se está seguro de soñar.

Se acomodó en el asiento, levantando la vista hacia los portillos. Había una estrella, una estrella muy brillante, pero no directamente al frente. Pero ¿por qué tendría que estarlo? Las líneas de fuerza eran curvas tal como un gran círculo es curvo, no rectas. Trasladó la mirada de los portillos al mapa. La chispa azul había recorrido ya una considerable distancia por el filamento

purpúreo, pareciendo arrastrarse... lentamente, muy lentamente, mientras Whitley la contemplaba.

—¿No pasará nada si juego con esto? —le preguntó a Halley.

—¿Con qué?

—Con... la esfera.

—No. Tendríamos que trazar de nuevo la trayectoria.

—Pero es que deseo aprender a trazar una trayectoria.

—Bien, más vale que no lo hagas.

—¡Oh! Entiendo.

Los dos hombres se hundieron en un ominoso silencio. Uno de los cadetes —Whitley recordó que su nombre era Jenkins— entró.

—Sin novedad en la ronda, señor —le dijo a Whitley.

—El informe es para mí —gruñó Halley.

—Lo siento, señor. Pensé...

—Usted no está calificado para pensar —le riñó Halley.

Eres un imbécil, pensó Whitley. Luego preguntó:

—¿Qué es esa luz azul del tablero de control?

—Quinn —le reprochó Halley—, el capitán me ha dejado a cargo de esta guardia. Pero yo soy un oficial, no un maestro. Y pensándolo bien, tampoco un siquiatra. Aun así, hallo difícil creer que un hombre con la credencial de maestro, y reciente, esté tan ignorante en asuntos de astronáutica. —Hizo una pausa, respiró pesadamente y continuó, hablando de prisa—: Maldita sea, Quinn. Sé que estás asustado. Todos lo estamos. Pero no rehuimos nuestra responsabilidad. Comprendemos que somos los oficiales de esta nave, los oficiales responsables, y no tratamos de escudarnos en una amnesia, como tú haces. Tratamos de conservar ciertas normas... No queremos...

»Bien, tú puedes haber engañado al doctor y al viejo, Quinn. Tal vez incluso a ti mismo. Pero sabes dónde estás y qué haces. Lo sabes. Y aunque pretendas decirte lo contrario, no te servirá de nada. No puedes huir de aquí... no puedes abandonar esta nave. Vuelve en ti, Quinn. Es cierto que hallaremos muchos planetas... Pero no encontraremos ninguno hecho a nuestra medida. De manera que no podemos permitirnos el lujo de contar entre nosotros con un cobarde.

—Conque eso es lo que soy...

—Eso es lo que eres.

—Entiendo.

Y esto es lo que soy —pensó—. Y Leonora, si creyó mi historia, no espera que yo obtenga acceso a los recuerdos de Quinn, sino que esta exposición a la rutina familiar al ambiente tan conocido de Quinn, le hagan regresar.

Y los recuerdos de Leonora eran más vividos que los de Jane.

Maldición, pensó. Lo conseguiré. Continuaré vigilando en este Continuo.

—Jenkins —estaba diciendo Halley—, vaya a mi camarote, ¿quiere? Tráigame la “Astronáutica Wibberley”, primera y segunda parte, y “El Astronauta”, de Clarke. —Se volvió hacia Whitley—. Supongo que tú preferirás jugar con los instrumentos. Pero antes bueno será que aprendas algo de los mismos.

8

DESDE que el ser humano empezó su carrera de constructor de buques y navegante, ha habido una larga sucesión de intrépidos hombres de mar. Estuvo Cook, y Blight, y Dampier, y también Matthew Flinders. Y estuvieron Magallanes, Colón y Sebastián Elcano. Realizaron increíbles hazañas de navegación solo con la ayuda de los toscos instrumentos que tenían a su disposición. Se hallaban condicionados, hasta cierto punto, por dichos instrumentos, pero al mismo tiempo fueron capaces de inventar, de innovar; de otra forma, no habría existido el progreso.

Pedid, adquirid o robad una máquina del tiempo para volver al período en que vivió Matthew Flinders, investigando el efecto del herraje de una nave sobre la brújula. Llevaos consigo una moderna brújula, con todos sus añadidos —la barra Flinders, las esferas de hierro dulce de Lord Kelvin, las magnetos permanentes de proa a popa, las magnetos de error de inclinación—, y Flinders apreciará al instante todo lo que se ha adelantado, y el porqué, en relación con los relativamente primitivos instrumentos de su época.

O llevaos un girocompás. Flinders descubrirá el principio del mismo, y expresará un pesar profundo y sincero porque no existiera en su tiempo la técnica ni para la fabricación ni para la operación.

Luego, efectuad otro corto viaje y presentadle a James Cook un sextante moderno y un cronómetro de última hornada. No necesitará que le digan para qué sirven, ni cómo se emplean. Y ofrecedle asimismo un ejemplar del almanaque náutico actual y un conjunto de tablas de navegación. Poco tiempo pasará antes de que el astrónomo real sepa usar el almanaque como modelo para todas las efemérides futuras, en conjunción con los nuevos instrumentos.

Incluso podríais mostraros verdaderamente ambiciosos. Podríais tratar de enseñarles el radar a Decca, Loran... o uno de esos raros sistemas electrónicos navegatorios que dependen de los satélites artificiales. Pero, como en el caso del girocompás, la técnica para su mantenimiento y su manejo no existirá y, en lo que atañe a Magallanes, Colón y Elcano, tales aparatos estarán tocados por la magia negra. Cook, Blight y Flinders vivieron en un mundo que nada sabía de la radio, por lo que no serían capaces de comprender los principios sobre los que se apoya la moderna navegación. Pero si se les proporcionase una fuente de energía, podrían utilizarla. Apretarían los botones con la misma competencia que cualquier navegante moderno.

Pero, sabiendo de qué clase de hombres se trata, no serían felices. Se preguntarían: ¿Por qué resulta B si se aprieta el botón A? Y se hundirían en la agonía de la frustración, porque la ciencia de su época no estaba lo suficientemente avanzada para darles una comprensión de los principios con los que están trabajando.

Eso le ocurría, hasta cierto punto, a Whitley. Los recuerdos —los de Quinn— se obstinaban en no surgir a su memoria, salvo por algunos destellos incompletos e ineficaces. Aprendió, por el movimiento del pulgar, a manejar casi todos los instrumentos de la cabina de control... pero sólo por el movimiento del pulgar. Recordó las extremadamente fáciles tablas de la altitud por azimut,

para el empleo de las cuales cualquier persona medianamente inteligente, armado con sextante y cronómetro, siguiendo las simples reglas de la interpolación, puede trazar una línea de posición casi exacta, aunque nada sepa de trigonometría esférica ni de la fórmula Haversine.

Whitley, aunque ahora podía realizar todas las operaciones con relativa facilidad, no se sentía contento. Lo suyo era una frustración y lo sabía. Mientras no ocurriese nada imprevisto, podría salir adelante con la rutina. Oficialmente, estaba “curado” de su amnesia, y se hallaba a cargo de las guardias de tarde y medianoche otra vez. Sabía que el viejo no dormía durante dichas guardias, pero esto más le consolaba en vez de ofenderle.

Luego, había el problema de Leonora. Le gustaba la joven... más que gustarle. Pero, bajo la influencia de aquel sedante que aflojaba la lengua, le había contado demasiadas cosas. No pensaba que ella le creyese —ya que la historia, en conjunto, era demasiado fantástica—, pero no estaba seguro. Lo que sí era cierto era que la joven le mantenía a distancia.

¿Era posible que le fuese fiel a su amante, a Peter Quinn? ¿Era posible que ella hubiese comprendido plenamente que era un desconocido el que la miraba con los ojos de Quinn? ¿Podía ella desear la vuelta de Quinn? ¿Que esperase que la “medicina ocupacional” apresurase el regreso de Quinn?

Lo peor de todo, sin embargo, era que los detalles de las relaciones entre Leonora y Peter eran los únicos que Whitley recordaba con toda claridad, hasta en lo más mínimo.

Mientras tanto, guardia tras guardia, día tras día, la chispa azulada que era la nave cada vez se iba acercando más a su objetivo. El aire estaba viciado, las raciones eran parcas, pero el término del viaje se hallaba a la vista. La gente había olvidado que aquella travesía podía concluir en un desastre. La gente se olvidó de que la estrella que era ahora el objetivo del viaje tal vez no resultase ser más que un alto en el camino.

Hay cierta magia en un fin de jornada. Hay cierta magia... aunque el adagio según el cual es mejor viajar con esperanza que llegar se haya demostrado tantas veces.

La *Lode Maiden* se iba arrastrando por las desiertas y vacías inmensidades, con Whitley aprisionado en el sueño que empezaba a temer no lo fuera. Todo lo veía y vivía con demasiado detalle. Había los gases de escape de los motores por toda la nave, y la casi constante jaqueca. El café caliente tomado durante las guardias, y las frecuentes bombillas de café durante cada ronda. Y había el continuo temor a los cigarrillos. Y había la gente a la que él recordaba con los recuerdos de Quinn, la gente, tripulación y pasajeros, a la que empezaba a conocer por sí mismo. Y muy a menudo, hallaba que le gustaban los seres que habían desagradado a Quinn, y viceversa.

La única excepción era Leonora.

9

VISIBLE ante el foco, el planeta desconocido era como un continente nevado en el negro cielo. Visible ante el foco, colgaba allí enigmático, sin rasgos salientes, reflejando la dura luz de la desconocida estrella en torno a la que giraba. Whitley hallaba difícil creer que la nave estuviese dando vueltas en torno al globo envuelto en nubes a una velocidad superior a las cuatro millas por segundo, ya que no existían puntos de referencia. De haber sido una órbita ecuatorial sí los habría habido, al menos uno: el terminátor, o línea divisoria entre luz y sombra. Pero una nave-torpedo se hallaba obligada a establecer su órbita de conformidad con las líneas de la fuerza magnética.

Whitley, con los demás, había observado el disparo de los cohetes de sondeo. Estos se habían hundido en la envoltura atmosférica y se habían desintegrado, pero su desintegración había desplegado la incandescencia normal ocasionada por la fricción y la compresión, no el destello cegador de la energía en bruto que hubiese dado el aviso de un planeta de antimateria.

Habían podido analizar espectroscópicamente la atmósfera. Había vapor de agua y bióxido de carbono y nitrógeno... y sí, había oxígeno. El oxígeno era, quizá, la prueba de que el planeta soportaba vida, tal como la conocen los terrestres, prueba de que podían crecer plantas que florecerían y que capacitarían el aire para soportar la vida animal.

Pero el problema consistía en la constante oscuridad. Era imposible observar ningún detalle de la superficie, y la nave se hallaba demasiado distante para poder utilizar el radar. Se había empleado la radio —una llamada de auxilio había sido transmitida en todas las frecuencias—, pero no había habido respuesta: sólo el silbido y los parásitos de la estática. Por tanto, era un mundo que jamás había colonizado el hombre. Seguramente, no había en él ninguna forma de vida inteligente, o en caso de haberla, todavía no habían llegado a la era electrónica.

Aun así, supo Whitley, una nave-torpedo extraviada sería capaz de lograr su objetivo sin ayuda exterior. Las naves iban equipadas para la siempre presente posibilidad de tener que contender con una tormenta magnética. Llevaban cohetes sondas, aparatos para el análisis espectroscópico de las atmósferas planetarias y, en las más recientes como la *Lode Maiden*, cohetes impulsores de emergencia que podían utilizarse para el aterrizaje, cuando un polo magnético lo hacía difícil o imposible. Podían hallarse perdidos en el espacio, desviados varios años luz de su trayectoria por causa de una tormenta magnética, pero la gente del interior de la nave tenía una gran posibilidad de supervivencia, de fundar colonias que, con suerte, serían descubiertas —¿al cabo de cuánto tiempo?— por las naves del Servicio de Vigilancia.

Whitley había quedado a cargo de la cabina de control. Al principio había sentido miedo, pero la sensación de angustia ya se había desvanecido. Al fin y al cabo, podía apretar un botón como cualquier otro. Podía hacerlo todo bien, si la ocasión se presentaba, aunque sin saber el cómo ni el porqué. Y en cuanto a sus compañeros de navegación, él no era más que un segundo oficial, con un certificado de maestro astronauta, conductor de Ehrenhaft, ni mejor ni peor que los otros con el mismo rango y calificaciones. En cuanto concernía al doctor y al capitán Grant, se hallaba

parcialmente curado de su amnesia.

Y respecto a Leonora..., le dedicó varios pensamientos poco floridos de su repertorio.

Se preguntó cuánto tardarían Grant y Malleson en lanzar el tercer cohete de sondeo. Era el mayor, el más costoso, portador de toda clase de instrumentos telemétricos y destinado a controlar el descenso hacia una atmósfera planetaria. Como sus predecesores, sería disparado desde uno de los tubos a reacción, tubos que, por el momento, se utilizaban como los tubos de los torpedos en los submarinos de la época de Whitley. Contempló la escena desde la cabina de reacción, un compartimiento atestado de gente, donde los hombres manejaban con todo cuidado el objeto delgado, en forma de cigarro, al colocarlo en la cámara de disparo, dispuesto para el lanzamiento.

Halley interrumpió sus pensamientos.

—Objeto aproximándose a 90° 45’. Acercándose muy de prisa.

Whitley trasladó su atención a la pantalla del radar esférico. Vio el resplandeciente *blip* y la extrapolación de su trayectoria. Comprendió que era un cuerpo en una órbita ecuatorial, en ángulo recto a la nave. Aun antes de haberlo comprendido todo plenamente, apretó el botón de “preparada la conducción a reacción”, y le había gritado a Saunders que hiciese lo mismo con el impulso Ehrenhaft. Ignoraba cuánto tiempo transcurriría antes de que los maquinistas pusiesen en marcha los generadores, los cuales habían sido desconectados como medida de economía de combustible, y cuánto tiempo pasaría hasta que los tubos de los cohetes estuviesen a punto.

—¡Cierren las compuertas a presión! —gritó, y oyó cómo Morgan, el cadete, repetía la orden. Oyó asimismo las sirenas de la alarma general.

No miró la pantalla sino el translúcido modelo de la nave, en el plástico que no mostraba rastro de color. Escuchó, y no oyó más que los motores. Aplicó el oído, dispuesto a captar la primera señal de los generadores Ehrenhaft. Vigiló la luz del cuadro de control del impulso de reacción, la luz que todavía estaba roja y que no cambiaría a verde hasta que los cohetes estuviesen a punto. Cogió el teléfono, pensando rogarle a Grant que lanzase el cohete, asegurándole que él lo dirigiría de forma que chocase y destruyese el satélite, meteorito o lo que fuese. Cogió el teléfono... pero pensó que la irritación sentida por los hombres de la cámara de los cohetes tal vez les impidiese actuar con precisión y rapidez.

Y entonces, por encima del ruido de los motores, oyó el débil susurro de los generadores Ehrenhaft. Vio cómo el primer destello de color empezaba a inundar la pantalla. Oyó como Saunders gritaba:

—¡Máxima velocidad!

La respuesta del tercer oficial quedó ahogada por el choque. Whitley pensó más tarde que le había parecido encontrarse dentro de un tambor violentamente aporreado. Hubo un ruido fragoso, repetido en todos los tonos por la nave, y choques menores a medida que las piezas del equipo eran arrojadas de su sitio. Se oyó el insistente alarido de las sirenas de alarma. Tan grande fue el volumen del sonido que fue la única sensación que registró, aunque los hombres de la cabina de control fueron arrojados con tanta violencia en sus asientos que los cinturones de seguridad les produjeron serias magulladuras.

Controlando el brazo y la mano con dificultad, Whitley desconectó el interruptor de la alarma. Sabía que había habido daños, y no era menester que lo avisasen. Sabía que se habían producido

daños, lo mismo que sabía que la nave estaba girando en torno a su corto eje. Se había llegado a orientar según las líneas de proa y popa, *arriba* la primera y *abajo* la segunda. Pero ahora sabía que el asiento en que se hallaba había quedado volteado hacia el techo. El empujón de la fuerza centrífuga fue como el de la gravedad, amenazando con arrancarle de la seguridad de su cinturón, para proyectarle hacia los portillos por los que pudo ver una rápida sucesión de estrellas, cielo negro y la resplandeciente nube de la superficie del desconocido planeta.

Las campanas y las sirenas habían quedado calladas, lo mismo que los generadores Ehrenhaft, pero los motores Diesel, los hermosos y siempre bienhechores Diesel todavía rugían, todavía generaban fuerza eléctrica. Y, débilmente al principio, pero más alto a medida que transcurrían los segundos, le llegó el zumbido de los giroscopios, hasta llegar a convertirse en un alarido. El empuje de la fuerza centrífuga disminuyó hasta desaparecer. La luz inundó la cabina de control, procedente de la resplandeciente esfera que estaba directamente enfrente.

Sonó un zumbador. Whitley giró el interruptor.

—Control... —la voz de un altavoz—. ¿Control?... Habla el segundo maquinista. Ha parado el movimiento rotatorio. Por favor, instrucciones.

—Aquí control —confirmó Whitley—. Bien hecho. ¿Cómo están las cosas?

—No... no lo sé.

—Cabina de impulso a reacción agujereada —fue Saunders quien le informó sin la menor emoción—. Cabina de generadores Ehrenhaft, agujereada. Pérdida completa de atmósfera en ambos compartimientos. Ninguna otra pérdida. —Se corrigió—: Ninguna otra pérdida aparente.

—¿Partida de rescate? —preguntó Halley.

—Sí —afirmó Whitley. Hay trajes en la sala de máquinas lo mismo que aquí, pensó. Pero no habrán tenido tiempo de cogerlos.

Vio como Halley y el joven Morgan trepaban a la armadura espacial, manejaban los controles manuales de la puerta exterior y se desvanecían por la escotilla.

—De acuerdo, Bill —le dijo a Saunders—. Puedes abrir las compuertas a presión de toda la nave... excepto de los compartimientos dañados, claro. Por el momento, ya están en camino.

—¿Crees...? —empezó a decir el tercer oficial—. El viejo y el contramaestre...

—Sí, lo temo. Y habrá bajas entre el pasaje y los maquinistas. ¿Quieres llamar a la enfermería? Tal vez el doctor o la enfermera puedan informarnos.

Libertad de presión explosiva —pensó Whitley, procurando no sentirse mareado—. Esto debe de haber ocurrido en la proa. Y los demás... contusiones, tal vez incluso huesos rotos. Pero no debo pensar en esto. ¿Qué está haciendo la nave? ¿A qué clase de órbita nos ha lanzado el choque? ¿Qué puedo hacer?

Atisbó por los portillos. El resplandeciente globo parecía mayor. Desabrochó el cinturón, se acercó a la pantalla esférica del radar espacial y manejó los controles. La superficie del planeta se hallaba decididamente muy próxima. Esto podía significar que lo que había sido una órbita circular era ahora una elipse, pero segura, o bien podía significar el principio de una serie de problemas.

—La situación podría ser peor —informó Saunders. Imitó la pomposa voz del doctor—. Contusiones, laceraciones, magulladuras. Ninguna fractura, ni simple ni compuesta.

—¡Hum!

Tendremos que girar de nuevo, pensó Whitley. Si entramos en esta atmósfera no tendremos más oportunidades que un copo de nieve en el infierno. Claro que casi todo depende de los motores Ehrenhaft... Si podemos utilizarlos, y no hay razón por la que no funcionen en el vacío, la situación no será tan mala. De otra forma, tendremos que confiar en los cohetes, y estas naves no están construidas para las necesidades aerodinámicas. En cuanto a los paracaídas de emergencia... bien, a tal altura no tienen sentido.

—El cuarto en el soplador —anunció Saunders.

—Bien, Bill. Que hable por el altavoz.

—Aquí el cuarto oficial. La cabina de impulso a reacción y la cabina Ehrenhaft agujereadas por un meteorito metálico. Sin supervivientes. Muertos: el capitán, el primer oficial, el maquinista jefe, el tercer maquinista... —la voz sonaba fría, impersonal—. Estado de la maquinaria: impulso Ehrenhaft inoperante. Impulso a reacción: manejable. Segundo maquinista y los demás están ya con los trajes espaciales en los compartimientos agujereados, reparando los daños. Instrucciones, por favor.

—Que el cuarto oficial y el cadete Morgan regresen al control —ordenó Whitley.

El cuarto oficial y el joven Morgan regresaron a la cabina. Todavía llevaban los trajes espaciales, pero ya se habían quitado los cascos, que llevaban bajo el brazo. Tenían pálido el semblante, asustadas las expresiones, y Whitley pensó que tenían derecho a estarlo. Todos lo tenemos, añadió para sí.

—¿Bien? —preguntó.

—Ya te lo he comunicado, Quinn —respondió Halley—. No hay nada más que decir.

—¿Y los pasajeros?

—No están muy contentos. Pero el doctor y la enfermera los están atendiendo, lo mismo que la azafata y el resto del personal. Tal como están las cosas, seguirán cualquier orden que les des, sin hacer preguntas.

Así que me han elegido para realizar la marcha atrás, pensó Whitley. Es natural.

—¿Ha lanzado alguno de vosotros el cohete de emergencia? —preguntó.

—No —respondió Saunders.

—No —repitió Halley.

Ni yo, pensó el joven. Ni Quinn. Pero he leído los libros de texto, lo mismo que cuando, en mi tiempo, me examiné para la marina. Y además he leído a Clarke, a Willy Ley y a Von Braun. Procedo de una época en que el cohete se consideraba el único medio de transporte desde el punto A al punto B del espacio.

—Ante todo —dijo—, tenemos que girar esta nave a fin de que podamos penetrar en la atmósfera de popa. Tal como lo veo, efectuaremos una serie de elipses, reduciendo nuestra velocidad de entrada en la atmósfera mediante la fricción. Además, ya sabéis que nuestra provisión de combustible es limitada.

»Una vez en la atmósfera, para mantenernos, tendremos que emplear el impulso de los cohetes. No sé si el combustible alcanzará o no. En el último caso, utilizaremos los paracaídas de emergencia. No sé si servirán para una nave de este tamaño, pero habrá que usarlos. ¿Alguna

sugerencia?

No hubo ninguna.

—Bien. Entonces, giremos la nave. Preparad los giroscopios.

—Los maquinistas están reparando los desperfectos —argüyó Halley.

—Los desperfectos pueden esperar —concluyó Whitley.

10

EN el cono de luz, el planeta deshabitado era ya una vez más un continente cubierto de nieve en el negro cielo. Habían girado la astronave y ahora estaba cayendo por la parte de popa, con el impulso a reacción listo para frenar la velocidad del descenso en caso necesario. Whitley esperaba que no tendría que usar los cohetes demasiado pronto; estaba decidido a conservar el combustible y a que la nave se hallase bajo pleno control hasta el aterrizaje. Pero ahora sólo cabía esperar la primera de la serie de elipses, hasta que la fricción atmosférica hubiese producido la primera reducción de la velocidad.

Sólo cabía esperar, esperar y contemplar lo que, al fin y al cabo, era un espectáculo tan estupendo como amedrentador. Era maravilloso. Respecto a la *Lode Maiden*, el planeta se hallaba en cuadratura. La mitad de la esfera era blanca, la otra mitad se hallaba en tinieblas. Pero no eran unas tinieblas completas. Las tormentas eléctricas se agitaban debajo de las eternas nubes, y de vez en cuando un resplandor violáceo alumbraba la cara oscura, con una luminosidad que insinuaba la turbulencia atmosférica.

—¿Un cigarrillo?

Al volverse, el joven vio a Leonora que había penetrado calladamente en la cabina de control. Le gustaba su compañía; los cadetes estaban abajo con los maquinistas. Se le ocurrieron varias y válidas razones para sentirse contento de poder charlar con alguien... pero comprendió que todas las razones no eran más que sofismas. Estaba contento porque era Leonora.

—¿Un cigarrillo? —volvió a preguntarle ella, alargándole el abierto paquete.

—Gracias —dijo, aceptando uno. Luego cambió de tono—. ¡No! Eso va contra el reglamento.

—No seas tonto, Peter —le increpó la joven—. Pero, ¿eres Peter? Sea como sea, no debes ser tonto. No tardará mucho en soplar el aire fresco.

—¡Ojalá! —deseó Whitley. Luego añadió—: Y espero que nos hallemos en condiciones de disfrutarlo.

—Un poderoso motivo para que compartamos ahora los pequeños lujos de la vida.

Whitley aceptó por fin el cigarrillo, se lo puso entre los labios y aspiró para encenderlo. Fumó agradecido. Contempló de reojo a la muchacha, que se había sujetado a la silla contigua a la de él. Descubrió que no se atrevía a mirarla directamente. La conocía demasiado, por los recuerdos de Quinn. Había sido con éste con quien ella había convivido y compartido los momentos buenos y malos. Había sido Quinn el que había gozado el calor de su pasión. Quinn había sido el amante, y Whitley era sólo un desconocido.

Apartó la mirada de la joven, y se dedicó a la contemplación, a través de un portillo, del misterioso planeta suspendido contra el negro vacío. No lo vio, en realidad, ya que toda su atención estaba concentrada en sí mismo. Debatía en forma intensa, interiormente, si continuar adelante o terminar con aquella farsa. Involuntariamente, ya le había contado la verdad a Leonora, bajo la influencia del tranquilizante, pero ignoraba si ella se había creído sus explicaciones. Había

algo en la muchacha que le recordaba a Jane, algo más profundo que el parecido físico, algo que exigía la implícita verdad.

Asimismo, sentía repugnancia a enfrentarse con la crisis mientras estaban navegando bajo falsos colores. No creía que pudiera morirse, porque ¿puede alguien morirse en sueños? Aunque... ¿era esto un sueño? No, no creía que pudiera morir, y ¿cuántos hombres lo creerían, incluso en las circunstancias más desesperadas? Pero si tenía que morir, prefería hacerlo en su verdadera personalidad que bajo la de un ser imaginario. Sin embargo, debido a su condición de escritor, vacilaba en proclamar la verdad. De haber sido su acompañante otra persona, y no Leonora, jamás habría hablado.

—Mi verdadero nombre es Whitley —dijo, sin preámbulos—. George Whitley. Soy del siglo veinte. Supongo que Quinn es uno de mis descendientes. Ya sabes, la inmortalidad potencial del plasma del germen. La continuidad de la línea individual en el mundo...

—¡Bobadas! —exclamó ella—. Una auténtica y completa bobada. Al menos —hizo una pausa y sonrió—, esto es lo que diría si no estuviese completamente segura de que tú no eres Peter Quinn. Oh, sí, posees su cuerpo y parte de sus recuerdos... —enrojeció—. Pero no eres Peter. Y hablaste mucho bajo el efecto del sedativo. Entonces casi me convenciste. Pero prosigue.

—No sé por dónde empezar... —murmuró él.

—Debe de ser muy sencillo. ¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿De cuándo y de dónde vienes? ¿Cómo llegaste aquí?

—Es una larga historia —dijo Whitley, aspirando el humo de su cigarrillo—. Larga y complicada. Y en parte es debida a mi profesión: autor de novelas de anticipación. Supongo que ahora no se hace esta literatura. En mi tiempo solíamos inventar historias sobre el futuro, conjugando hechos naturales y extrañas teorías. Naves espaciales... —se echó a reír—. Pero no siempre fui un autor de novelas. También estuve en alta mar, embarcado. En realidad, era oficial de marina. Naturalmente, de buques de superficie en los océanos de la Tierra.

—Es fascinante —se maravilló la joven—. Fascinante. Carabelas y galeones...

—No, ni carabelas, ni galeones. En mi época había verdaderos buques movidos a vapor o por motores de combustión interna. El poder nuclear estaba en sus principios. Bien, lo cierto es que yo me cansé del oficio y busqué un empleo en tierra... Creo que esto ya te lo he dicho. Me vi envuelto en un experimento realizado con una nueva droga que creaba alucinaciones. Mientras me hallaba bajo la influencia de esta droga, un amigo mío, el médico, salió a su jardín a segar el césped. Para ello utilizó un motor de combustión interna. El ruido del motor se fundió con mi sueño... y con el argumento que yo había planeado para mi novela. Se transformó en el ruido de los motores de esta nave... —susurró—. Pero ¿es esto un sueño?

—Yo soy completamente real —alegó ella, práctica—. Y también el problema en que estamos todos metidos. Pero hay un factor muy extraño. A pesar de ser un hombre del pasado, estás muy enterado en varios aspectos de la astronáutica. Este caso de la transposición de personalidades no es nuevo, y en tu época hubo casos auténticos. En el último viaje tuvimos un pasajero, un tal doctor Forbes del Instituto Rhine, que había investigado tales casos. Dio una conferencia. Y casi me convenció... entonces. Si ahora volviese a pronunciar su discurso... Bien, uno de los puntos en que más insistió fue que casi siempre la víctima se halla completamente extraviada y aturdida en

su nuevo ambiente.

—Pero yo tengo suerte, supongo —dijo Whitley—. No olvides que cursé astronáutica. He leído mucho al respecto y he escrito sobre ello. Incluso es posible que los escritores de ciencia ficción tengamos una visión más completa del futuro. Al fin y al cabo, no hay que olvidar que algunas de nuestras predicciones se han cumplido al pie de la letra. —Hizo una pausa—. Claro que también es posible que todo esto, al fin y al cabo, no sea más que un sueño.

Vio que ella casi estaba fuera de su asiento, muy próxima a él. Aspiró el aroma que se desprendía de su cuerpo. ¿Hay aromas en los sueños?, se preguntó. ¿Se sueñan los olores? Pero ahora ella estaba excesivamente pegada a él, unidos sus rojos labios a los suyos. El beso de la joven tenía una rareza extraña... y agradable. Incluso le resultó familiar.

—No eres Peter Quinn, pero... —susurró Leonora.

—Pero esto podría ser sólo un sueño —replicó él, inexpresivamente.

—¡Maldito seas, Whitley! —llameó ella—. ¿Nada te convencerá?

—¿Qué importa?

—¿Qué importa? —repitió la muchacha—. Todo importa, todo para la supervivencia de la tripulación y los pasajeros de esta nave. Piensa en tus responsabilidades. Todos los signos indican que este planeta posee grandes cantidades de agua, y tú, Whitley, eres aquí el único que puede enfrentarse con esta situación. Maldito seas, no es un sueño. Tal vez lo seas tú... pero no el resto de nosotros. ¡Y tienes unas responsabilidades reales! ¡Despierta y afróntalas!

En aquel instante, se dejó oír un alarido, increíblemente real. Pudo ser su imaginación, pero a Whitley le pareció que la temperatura de la cabina de control había aumentado bruscamente. Y de pronto, el planeta, fuera de los portillos, no fue ya una esfera sino una vasta concavidad, con la nave dirigiéndose hacia su centro, aparentemente sin moverse.

Whitley apartó a la joven. Anotó la hora por el cronómetro, y la distancia a que se hallaban de la superficie del planeta, según la pantalla del radar. Ahora le iban a servir de muy poco los recuerdos de Quinn. Al llegar a puerto en circunstancias normales, las naves-torpedo abandonan suavemente las líneas de fuerza, cayendo con facilidad y lentamente en los aeropuertos espaciales o cerca de los polos magnéticos. Whitley sabía que ahora tenía que actuar por tanteo, lo mismo que habría hecho Quinn de no haber tenido lugar el cambio de personalidades.

Entonces cesó el alarido de la torturada atmósfera. La nave se hallaba de nuevo en su elemento. Tardarían aún varias horas —él tenía que averiguar el tiempo exacto— en lograr el contacto. Aun así, necesitaría que alguno de los oficiales más jóvenes le ayudase en la navegación. Whitley llamó al cuarto de máquinas y preguntó por Saunders.

—Este fue el primer contacto, Bill —le comunicó.

—No lo sé, Pete. Es posible.

—Quiero que vengas a ayudarme al control.

—De acuerdo.

Whitley oyó el chasquido del aparato al quedar desconectado por el tercer oficial. Se volvió para hablarle a Leonora y vio que la joven iba ya a desaparecer por el corredor.

—No olvides lo que te he dicho, Whitley —le advirtió ella—. Entre tanto, yo también tengo ciertas responsabilidades. He de atender a los pasajeros.


A Whitley le apenó verla marchar.

11

CUANDO la *Lode Maiden* orbitó por cuarta vez, Whitley supo lo que pasaría. Había utilizado los instrumentos que le habían confirmado sus sospechas, pero éstas eran tan poderosas que ni siquiera hacía falta la comprobación personal ni cursar las necesarias órdenes a Saunders o Halley.

El intolerable canto fúnebre producido por la fricción no disminuyó como en las ocasiones anteriores. Su tono, en cambio, pareció remontarse a regiones más elevadas. Los oficiales sintieron las vibraciones de la nave cuando las moléculas de aire pasaban por encima de lo que, a primera vista, parecía una superficie completamente lisa, si bien tenía sus pequeñas irregularidades. El periscopio, así como el radar, estaban en funciones. Al mirar por la pantalla, Whitley no divisó nada más que la nube densa y opaca por la parte de popa. Al frente, las estrellas, muy escasas, seguían visibles. Whitley oyó como uno de los cadetes le decía a otro:

—Mira esas estrellas, Jimmie. Es la última vez que las verás.

Maldito cerdo, pensó Whitley. Y lo malo es que tal vez tenga razón. Supongo que Cameron me escribirá un buen artículo necrológico en “Historias Estelares”, si se entera de esto. Un buen artículo, además. “Uno de nuestros más prometedores escritores de la nueva generación, ha perecido mientras intentaba un aterrizaje al borde de la Galaxia y...”.

Bruscamente, el cielo, el negro cielo con sus escasas y diseminadas estrellas, quedó completamente oscurecido. Lo único que podía verse era una neblina deforme, ni blanca ni gris, sino de un delicado tinte de oro. Whitley, con una mano, se restregó la cara para quitarse el sudor; el aire interior de la nave se había calentado de repente. Consultó el indicador de velocidades. La aguja se hallaba al máximo. Miró las pantallas de radar. Todavía faltaba un largo trecho por recorrer, más de cuatrocientas millas, y el combustible químico había bajado sensiblemente de nivel. Bien, pronto habría llegado el momento de utilizar los cohetes.

La luz dorada se desvaneció muy de prisa, siendo remplazada por las tinieblas, aunque rotas a veces por los relámpagos. Una oscuridad absoluta habría sido preferible a aquella refulgencia intermitente, que más confundía que ayudaba a la observación. Entonces le pareció vislumbrar, en la pantalla del periscopio, una enorme y sombría masa a un lado de su rumbo. Pudo ser un tentáculo, hijo de su imaginación, y seguramente no era nada más que una nube, pero su cerebro se puso alerta. Se decidió.

Apretó los botones de disparo. El suelo ascendió y le golpeó. Confusamente, como procedentes de muy lejos, oyó ruidos y choques cuando la súbita y violenta aceleración arrancó fragmentos de los mamparos de la nave. No estaba destinada a soportar tanta velocidad, por lo que su estructura padeció por ello.

Aturdido, sacudió la cabeza. Había sangre en su nariz y un gusto a sal en su boca. No podía ver nada. Volvió a sacudir la cabeza. La niebla se aclaró, pero la visión continuó aún desaparejada. Luego, un intensísimo resplandor le indicó que en la cabina de control todavía funcionaba una de las lámparas. A su luz consiguió visualizar el indicador de velocidades. La aguja había saltado de

la posición cero y parecía haber enloquecido. Después, lentamente al principio, pero con creciente rapidez, fue retrocediendo. Cuando volvió a pasar por el cero, Whitley apretó el botón que liberaba los paracaídas.

Exactamente debajo de la cabina de control se desplegó un enorme paracaídas. A Whitley le maravilló su majestuosidad a través de los portillos. Le pareció que jamás terminaría de desplegarse. Era de forma anular. En el centro del gran anillo hubiera el joven podido ver el cielo... de haber habido alguno por ver.

De esta forma, el asunto se hallaba más o menos bajo control.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Hemos perdido la popa, eso es todo —replicó Saunders—. Una explosión del combustible.

—¿Heridos?

—No, por fortuna.

Whitley se concentró en la navegación de la maltrecha nave, aunque poco podía hacer ya. No había energía. El radar no funcionaba. Los motores Diesel todavía rugían, pero de poco iba a servir su energía eléctrica para la navegación.

El movimiento era el mismo que el descendente de un ascensor... si uno era *capaz* de figurarse que el rascacielos al que servía había sido trastornado por el terremoto más violento de toda la historia. Whitley supuso que el movimiento pendular disminuiría con el paso del tiempo y la pérdida de altura, pero lo cierto fue que empeoró. El aire superior debía estar como una caldera en ebullición. Las nubes iban disminuyendo y desde la cabina de control eran visibles las cuerdas del paracaídas.

Whitley se volvió hacia Saunders.

—¿Unas bengalas, Saunders? —le preguntó.

—Bengalas, Morgan —gruñó el tercer oficial.

El cadete saltó del asiento, yendo hacia un armario. Sacó de uno de sus cajones un cilindro de plástico. Desenroscó la tapa de un tubo existente a un lado de la cabina de control, insertó la bengala y volvió a tapar el tubo. Luego apretó un botón. Con sorprendente rapidez, un sol blanco azulado pareció estallar bajo la nave. La intensa radiación fue reflejada por la bruma y por la parte interna del paracaídas. El interior de la cabina quedó tan iluminado como un mediodía en los trópicos terrestres.

Whitley miró por la pantalla del periscopio. El resplandor resultaba cegador, pero ello era buena señal. Significaba que las lentes y espejos no habían sido destruidos por la explosión. Colocó un filtro.

Lentamente al principio, más de prisa después, la luz de la bengala disminuyó. Whitley concentró su atención en la pantalla del periscopio. Coincidiendo con su acción, un relámpago rasgó la oscuridad debajo de la nave.

—¡Otra bengala, Morgan! ¡De prisa! —Luego añadió—: Mira por el periscopio, Bill, y dime qué ves. El último relámpago me ha cegado la vista.

—Estamos saliendo de las nubes, Pete —le comunicó Saunders—. Todavía estamos bastante arriba y no puedo ver gran cosa.

—¿Cuándo aterrizaremos?

La voz le obligó a volverse. La vista de Leonora pareció devolverle los ánimos a Whitley.

—Cuando lleguemos abajo.

Su propia rudeza le sorprendió. No quería que los demás se diesen cuenta de la atracción que la joven ejercía sobre él.

Ella comprendió que no había querido ofenderla.

—Sólo era curiosidad —contestó Leonora—. Y no soy la única en sentirla. Los pasajeros, ahora que ya se han recuperado de sus contusiones y del susto, se muestran inquietos, especialmente la señora Kent. Está convencida de que corremos todos a nuestro aniquilamiento.

—Puede ser.

—¡Mirad!

La voz del joven Morgan era imperiosa. Todos se volvieron, siguiendo la dirección de su dedo. Vieron como algo enorme y oscuro parecía pasar volando por delante del control, provisto de alas. Desapareció antes de que pudieran obtener una perfecta impresión.

—¿Qué fue?

—No sé. Pareció surgir de debajo de la nave...

—¿Era una máquina voladora?

—No... no. Vi sus ojos...

—¡Ya vuelve! —anunció Morgan—. ¡Con más compañeros suyos!

12

COMO un escuadrón de bombarderos pesados, las bestias voladoras se presentaron a la vista. Parecían ir en formación, aunque era difícil conseguir uniformidad en medio de la brutal corriente aérea. Volaban como los grandes pájaros terrestres, elevándose y descendiendo, casi sin mover las alas. Sin embargo, no eran aves ni reptiles voladores. Se parecían a ellos por la forma, pero el ala de un pájaro, de un murciélago o de un pterosaurio, es un miembro anterior modificado. Las alas de aquellos seres eran como las de los insectos, o sea, alas verdaderas, no adaptaciones. Tanto los miembros delanteros como los posteriores eran independientes de la maquinaria orgánica de vuelo: membranas musculares que terminaban en garras. Y el cuello y la cabeza parecían reptilianos.

Whitley se preguntó si aquellos monstruos no serían el origen de los legendarios dragones voladores de la Tierra.

Como temerosos del paracaídas, aquellos seres contemplaban a los ocupantes de la cabina de control con hambrientos ojos. Sus entreabiertas mandíbulas, que movían constantemente, revelaban unos dientes agudos, amarillentos. De sus fauces manaba como una baba verde.

—¿Serán amistosos los nativos? —refunfuñó Saunders.

—Ciertamente, están hambrientos —replicó Leonora, estremeciéndose. Intentó una sonrisa poco convincente—. Estoy acostumbrada a que me miren, pero no así.

—¿De veras? —siguió la broma el tercer oficial.

—Apagad las luces —ordenó Whitley—. Si no pueden vernos, tal vez se alejarán.

Morgan cumplió la orden, pero la bengala todavía estaba ardiendo debajo de la nave. No había ya ninguna nube en torno a la misma que reflejase el resplandor, pero quedaba aún el lado interno del paracaídas. Apagar la única lámpara apenas sirvió de nada. Los dragones siguieron mirando por los portillos con un interés claramente gastronómico.

Entonces se extinguió la bengala. En aquel momento, dos monstruos se lanzaron al ataque. Los de la cabina podían verles aún; los ojos y la boca refulgían con una luminosidad verdosa. Era dudoso que hubiesen podido penetrar por los portillos, provistos de gruesos y poderosos cristales; de todas formas, apenas lo intentaron. Uno de los monstruos, además, se enredó con las cuerdas del paracaídas. Hubiera debido quedar completamente destrozado en el cordaje, pero era duro. Había quedado de una pieza. Seguía viviendo y peleando.

Al movimiento que, en mayor o menor grado, ya se habían acostumbrado, se añadió otro: la astronave se vio violentamente conmovida. Como un ratón ante un terrier, Whitley palideció. Aquel monstruo era enorme... pero su fuerza excedía a su tamaño.

Morgan soltó otra bengala. A su luz, el revuelto montón de ojos, boca y alas se desenredó del cordaje. Los astronautas vieron que los compañeros del monstruo habían acudido en su ayuda y que con los dientes y las garras se dedicaban a romper las cuerdas. Mientras estaban contemplando la escena con horror, vieron cómo se rompía primero una cuerda, luego otra. Eran

enormemente resistentes, pero la fuerza de los alados dragones sobrepasaba todas las previsiones.

—Será mejor que baje —dijo Leonora, y en su tono Whitley distinguió una nota de terror—. Mejor que vaya a ver a mis pacientes, para tranquilizarles. Al fin y al cabo, es mi trabajo. Pero avísame si ocurre lo peor, Whitley...

—Te mantendré informada —le respondió él secamente.

Se puso a mirar por la pantalla del periscopio, no queriendo asistir a la lucha que se desarrollaba en el exterior.

—Allí parece haber agua. En cantidad. Y también islas...

—Han roto veinte cuerdas... o veintidós —comunicó Saunders, sin la menor emoción.

—No falta ya mucho —replicó Whitley, esperanzado.

Sin embargo, el mar que se veía bajo la popa no parecía muy prometedor. Desde aquella altura eran visibles unas enormes olas; parecían hervir en torno a las islas y los arrecifes. Whitley tuvo una idea aterradora: ¿y si el agua estuviese hirviendo? Hirviendo, en el verdadero sentido de la palabra. Bien, ya tendrían tiempo de comprobarlo llegado el momento. Ahora, ni él ni nadie podía hacer nada.

Con la rotura de la mayor parte de las cuerdas a un lado de la nave, habían cesado los giros. La mitad indemne del paracaídas sostenía al viento. La nave adquirió cierta estabilidad. Cuando chocase contra el suelo, o el mar, el impacto quedaría considerablemente disminuido.

Se dio cuenta de que la violenta conmoción había cesado. Una exclamación animada le hizo volver la cabeza.

—¿Qué sucedió? —preguntó con sarcasmo—. ¿Han llegado los Marines?

—No sé qué fue, Peter —contestó Saunders—. Pero sí algo enorme, con un cuerpo alargado y alas membranosas. Ha surgido de la noche y se ha acercado a la bestia que estaba enredada con el cordaje, y otra pareja más. —Añadió vacilante—: Pudo ser un pez volador...

—No puede haberlos tan grandes... —se enmendó: no los había en mi época, más bien, se dijo —. Bien, comunica con la enfermería. Dile a la señorita Starr o al doctor que vamos a aterrizar. Y será mejor que nos sujetemos a los asientos.

—El intercomunicador no funciona —le anunció Saunders.

—Entonces ve abajo y no pierdas tiempo.

Bajo la nave reinaba la oscuridad y Whitley sabía que otra bengala no mejoraría las cosas. Sólo serviría para ofuscarle más. Y de acuerdo con la inclinación a que estaban cayendo, el joven había calculado que irían a parar a una de las entrevistas islas. El choque sería duro y, según todas las probabilidades, los depósitos arderían, derramándose grandes cantidades de líquido inflamable. A la caída final se añadiría un pavoroso incendio.

El movimiento descendente cesó, transformándose en otro nuevo y enloquecedor. Con la popa rozando las crestas de las altas olas, la nave se acercó velozmente al mar. El huracán la zarandeaba con fuerza singular, pero eso no podía durar mucho. Por fin se rompieron las últimas cuerdas del paracaídas y éste se desprendió hacia el mar.

Cuando llegó el choque final, el agua invadió la sala de máquinas, silenciando a los motores que tanto y tan bien habían funcionado durante toda la travesía. Se abrieron también violentamente todas las compuertas y el agua penetró de compartimiento en compartimiento. La

parte de popa se elevó. Pero el agua fue penetrando también en la cabina de control, donde se hallaban los oficiales debidamente sujetos a sus asientos.

Los pensamientos de Whitley, mientras luchaba con las hebillas del cinturón, eran amargamente irónicos. Si había recorrido todo aquel trayecto en el tiempo y el espacio sólo para ahogarse en un planeta desconocido, hubiera sido mejor no haberse movido de la Tierra.

13

AL principio pensó que Jane estaba inclinada hacia él. Luego, al aclararse la visión, pudo delinear los detalles. Pudo ver la esbelta y familiar forma, dentro de un uniforme compuesto de pantalones y blusa blancos, con hombreras doradas. ¿Llevaba Jane aquel uniforme? ¿Era todo una broma?

—No tardará en hallarse bien —dijo alguien—. Sobrevivirá, Leo.

¿Leo? ¿Leonora?

Pero la joven llamada Leonora pertenecía al loco sueño que acababa de tener con respecto a la *Lode Maiden*, o a la novela que él, Whitley, había estado pergeñando.

Sintió el suelo subir y descender bajo su cuerpo y supo que ya no se hallaba a bordo de la astronave. Podía oír el ulular del viento, el tronar del colérico mar, el ominoso rugido del constante trueno. Debía hallarse en algún lugar de los trópicos. El aire era cálido, con olor a ciénaga, y además había también el inconfundible aroma a especias... tal como huele el viento de Java.

La mujer... ¿quién sería? Había vuelto a inclinarse sobre él.

—¡Peter, despierta!

Peter... ¿quién es Peter?

—Estoy despierto —contestó, irritado—. ¿A qué tanto alboroto?

Logró enfocar sus ojos. Su atención se dirigió ante todo a la joven, la contempló asombrado y la reconoció sólo en parte. Su uniforme estaba completamente desgarrado. Tenía un arañazo sobre el ojo derecho que todavía sangraba, así como en la rodilla izquierda. Llevaba el pelo húmedo y parecía como si la hubiesen arrastrado del mismo. Su expresión era de intensa preocupación. Whitley se esforzó en sonreír.

—No hay que preocuparse —dijo.

—¿De veras?

¿Por qué no pueden dejarme tranquilo?, pensó. Volvió a cerrar los ojos, para abrirlos de nuevo cuando una mano le golpeó la cara. Esta vez se despertó. Quiso levantarse, se tambaleó y cayó. El suelo bajo sus pies se hallaba a un ángulo de casi cuarenta y cinco grados con la horizontal y, además, estaba en movimiento.

El balanceo de la nave era pesado, pero no violento. Superficie libre, pensó Whitley. El ruido del agua confirmó sus apreciaciones.

Había equipo diseminado por todas partes: muebles rotos, mamparos destrozados, efectos personales procedentes de los camarotes... La impresión de un catastrófico naufragio se hallaba aumentada por la luminosidad; alguien había encendido las lámparas de petróleo, usadas para una emergencia, cuyas llamas y humo daban color a unos rostros que de otra forma habían parecido pertenecer a otros tantos cadáveres.

El recuerdo volvió lentamente a su cerebro, y Whitley recuperó todos los detalles de lo que

había sucedido. La nave se había inundado con agua pesada —en el sentido del marino, no del físico—, penetrando a través de la estropeada popa, llegando hasta la cabina de control. Probablemente la explosión del combustible había hecho algo más que destrozar el impulso de reacción; debía de haber volado la pila, ya inútil, y su coraza protectora, cuyos pesos combinados mantenían la popa de la nave hacia abajo. Sin este lastre, los giroscopios, desplazados del centro de gravedad, se habían mostrado demasiado pesados para compensar el peso de los motores Diesel y el cargamento que había en la popa. Unas cuantas toneladas de agua en la cabina de control habían debido ser suficientes para desequilibrar la nave. Y ahora estaba flotando de costado con una porción bastante grande por encima de la superficie del agua.

—Voy a estribor —anunció—. Desde aquí no veo nada.

—Podrías darle las gracias a Leonora por haberte salvado la vida —le recordó el doctor—. Os fue sacando a todos de la cabina de control, uno a uno.

—No tienen por qué agradecérmelo —negó la muchacha—. Casi todos salieron por sí mismos. Y, de todos modos, fue por egoísmo; nos necesitamos todos mutuamente.

—Gracias, de todas formas —díjole Whitley, sonriendo.

—Iré contigo —decidió ella.

—Estupendo.

La miró apreciativamente. A pesar de su postura agachada, casi acurrucada, a pesar de su revuelta cabellera y del desaliño de sus ropas, estaba hermosa. Whitley, además, estaba sintiéndose más recuperado a cada momento gracias a la sensación de tener los pies sobre un suelo azotado por las olas. Volvía a sentirse confiado. Pero todavía le quedaban muchas responsabilidades.

—¿Heridos? —se interesó.

—Por milagro —replicó ella—, ninguno entre los pasajeros. Naturalmente, todos estaban sujetos por los cinturones. Algunas magulladuras, eso es todo. Pero...

—¿Sí?

—Halley. No pude sacarle a tiempo.

La alegría de Whitley se evaporó, aunque no su confianza. La sangre tiene que ser el precio del rango, pensó. Y en lo que respecta a este planeta, creo que estamos pagando el tributo muy pronto.

Medio arrastrándose, medio andando, se abrió paso hacia su camarote. La linterna eléctrica estaba en su lugar, sujeta al mamparo. La cogió y se reunió de nuevo con Leonora. Ésta había encontrado otra linterna.

Abriendo Whitley la marcha, pasaron del piso de los oficiales a la sala de los giróscopos, trepando y ascendiendo por las escaleras en espiral hasta llegar al primer plano del pasaje. Saunders se reunió con ellos. Parecía que hubiese estado peleando: tenía la camisa destrozada y mostraba profundos arañazos en las mejillas y un ojo morado. Las tres azafatas no mostraban mejor aspecto y, al mirarlas, Whitley se preguntó cómo era posible que no hubiese reparado en la magnífica belleza de la atractiva negra entre el personal de la nave. La joven debía haber sufrido un accidente al encender las lámparas de petróleo.

—Bueno, Pete —exclamó Saunders, animado—, tengo bajo control a todo el pasaje.

—De acuerdo y gracias.

Los ojos que atisbaban desde los umbrales de los oscurecidos camarotes, los pálidos rostros apenas visibles le transmitieron una sensación de angustia. Era como vagar por un poblado de hostiles cavernícolas y mujeres de los tiempos prehistóricos.

—¿Cómo lo has conseguido? —quiso saber.

—Oh, me limité a amenazarles con apagar todas las luces si no se comportaban correctamente. Además, la mayoría sufre mareos.

Whitley arrugó la nariz. Tenía que hacerse algo con la ventilación. El humo de las lámparas de petróleo era insoportable...

—¿Es posible hacer algo a este respecto? —le preguntó a Leonora.

—Posiblemente —admitió ella.

—Entonces, ¿por qué no...?

—De esta manera —le explicó la muchacha—, los pasajeros no saldrán de sus camarotes. Se mantendrán tranquilos...

—Ahora sí están tranquilos —aseguró Saunders, inspeccionándose los nudillos de su puño derecho.

—Está bien —concedió Whitley.

Continuó hacia estribor, ignorando las preguntas de algunos pasajeros. Le agradó comprobar que el personal tenía dominada la situación. Si se había producido un conato de pánico, había quedado debidamente dominado.

Él y Leonora comenzaron a cruzar el pasillo que atravesaba los almacenes y depósitos de mercancías. Los tabiques se habían hundido y el paso se hallaba obstaculizado por cajas de embalaje y toda clase de bultos y paquetes.

Whitley se detuvo, interesado. Como marino, no podía por menos de hallar intrigante la naturaleza de un cargamento general desde la Tierra a las colonias galácticas. Vio cajas desquiciadas de las que podía entreverse el brillo mate del metal y la pulimentada madera. ¿Rifles? ¿En esta época? Luego, la vista de unas poleas le dio añoranza, añoranza de su época, de su profesión. Y habían también grandes rollos de cable reluciente, delgado, ligero y muy flexible.

Continuó la ascensión. Él y la joven pasaron por la sala de los generadores diesel y temblaron violentamente al divisar las poderosas máquinas suspendidas sobre sus cabezas. Y entonces, al cruzar la última compuerta, se encontraron al aire libre, en una plataforma relativamente nivelada. A su alrededor, los tabiques ofrecían cierta protección contra el viento y el mar; lo único que llegaba hasta ellos era alguna que otra rociada.

Todo estaba oscuro y cruel, y el relámpago pasajero sólo servía para acentuar las tinieblas. El ulular del viento y el rugido del mar resultaban ensordecedores, más aún que el casi constante tronar. Pero era agradable estar fuera de la fétida atmósfera de la nave, respirar de nuevo el aire fresco.

Whitley aspiró largamente, llenando sus pulmones. Dentro de la nave la temperatura era casi insoportable, pero no tardó en comprobar que en el exterior prevalecían las mismas condiciones. Sí, el aire estaba en movimiento, pero apenas servía para disimular el opresivo calor y la humedad, el hedor a ciénagas y a corrupción.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Leonora, por encima del tumulto.

—Hemos tenido suerte, a pesar de todo —le contestó él—. Con el morro de la nave hacia abajo, podremos recorrer el mar. Y creo que todavía queda algún paracaídas. Será una buena ancla.

—¿Una qué?

—Un ancla.

Comenzó a toser. Cuando gritaba siempre tosía. Leonora le golpeó la espalda.

—¿Es una luz? —gritó ella entonces.

Whitley esforzó su vista. En aquel momento, los relámpagos se sucedían sin cesar. Deslumbrado, desistió. Luego sintió algo entre sus manos. Un objeto familiar. Sí, eran unos prismáticos.

Era el joven Morgan quien, siguiéndoles, se los había entregado.

—Creí que podría necesitarlos, señor —díjole el cadete—, y se los he traído.

—Buen chico —comentó Whitley.

Temporalmente habían cesado los relámpagos, por lo que reinaba una oscuridad total. Whitley, sin los prismáticos, fue capaz de distinguir la luz, un poco a la izquierda. Parecía parpadear con mecánica regularidad. Empezó a contar, como había hecho a menudo en el pasado, para determinar el período de una ayuda navegatoria. Uno... dos... tres. ¿Sería un faro?

¿En un planeta del borde de la Galaxia? Bien, ¿por qué no? No había ningún motivo para que unos seres inteligentes, para quienes el mar fuese una vía de comunicación, no empleasen las mismas técnicas para la navegación costera que el hombre terrestre.

No supo si sentirse aliviado o defraudado cuando los prismáticos le mostraron una montaña distante, de forma cónica, en cuya cima brillaba un resplandor intermitente, coronado por un penacho de humo: un volcán.

Sin embargo, había servido para un propósito. Le había advertido que la *Lode Maiden* estaba derivando hacia la costa. Y él estaba desamparado. En un buque de sus días, por muy destrozado que hubiese estado, habría podido soltar el ancla. Pensó que tal vez conseguiría algo con el restante paracaídas, convirtiéndolo en una sábana de anclaje. Sí, era una buena idea, pero ¿cómo llevarla a la práctica?

Dejó de pensar en ello. Se volvió hacia Morgan, que estaba a su lado, y le preguntó:

—¿Quedó alguna bengala en la cabina de control?

—Sí —replicó el cadete—. Pero se rompió el armario y todas salieron flotando.

—¿Son impermeables?

—Lo ignoro, señor.

—Bien, ve abajo y tráeme un par.

—Tengo dos aquí, señor.

Whitley contempló al muchacho con creciente respeto y cogió uno de los cilindros que le entregaba Morgan.

—Veamos —dijo—. ¿Cómo...?

—Quite la caperuza, señor.

Gracias a Dios —pensó Whitley, en tanto obedecía— que hay algo que no resulta complicado...

La bengala se inflamó repentinamente, iluminando las tinieblas reinantes. Con una acción refleja, Whitley la arrojó. El viento se apoderó de ella y debió dejarse zarandear más de media milla antes de caer al agua.

Al principio, las condiciones visuales no parecieron mejorar. El intenso resplandor blancoazulado, al levantarse y caer según el oleaje, resultaba más cegador que la luz de los relámpagos. Pero la bengala se hallaba sujeta a derivar sólo por la superficie. La nave, conducida por el terrible vendaval, estaba corriendo velozmente sobre el agua. En muy corto espacio de tiempo dejó la bengala atrás. Y a menos de una milla de distancia, Whitley divisó unas enormes columnas de espuma que *se* elevaban al aire, en el lugar donde el agua se estrellaba contra una baja y ominosa barrera de rocas negras.

14

EL choque, cuando llegó, fue extraordinariamente suave.

La *Lode Maiden* se elevó sobre la cresta de un mar que casi justificaba la hipérbole de “montañoso”, y durante largos segundos quedó colgada sobre el arrecife. Pareció que iba a ser empujada hacia las tranquilas aguas del interior. Pero entonces, desde delante, llegó el ruido lastimero del metal al chocar sobre las rocas, el alarido de las vigas y las placas torturadas. El mar se convirtió en un torbellino de revueltas aguas. Y cuando éstas se hubieron retirado, la nave no cayó dentro del lago sino que permaneció con toda su estructura expuesta al embate del mar.

—Estaremos a salvo —exclamó Leonora con todo su optimismo—, al menos hasta mañana.

—No —gritó Whitley—. El mar nos destrozará. Y si la nave se desliza hacia abajo de las rocas, estamos listos. La parte delantera está agrietada.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—¡Abandonar la nave!

Se trasladaron hacia otro rincón, donde se hallaban más al abrigo de la tormenta.

—Eso está bien para las personas que, como yo, saben nadar —objetó la joven—. Me crié en el Caribe y pasaba más tiempo dentro del mar que fuera. Pero no olvides que muchos pasajeros proceden de mundos más áridos, de Sahara y Nuevo Marte, por ejemplo. Siempre han considerado el agua como un don del cielo, y no como un lugar de esparcimiento.

—Nadie habló de nadar —negó el joven.

—¿Una balsa?

—¿Con qué la fabricamos? —se volvió hacia Morgan—. Los rollos de cable del cargamento... ¿Sabes cuánto puede resistir ese alambre?

—No, señor —reconoció el cadete—. Pero puedo descubrirlo. Iban consignados a la Comisión Minera del Estado de Nueva Caledonia. Y el señor McBain, uno de los pasajeros, es un ingeniero de la Comisión. Seguramente lo sabrá.

—¿Quieres rogarle que venga?

Whitley salió de su refugio y se arrastró cautelosamente sobre el inclinado suelo a fin de poder mirar hacia fuera. La bengala ya se había extinguido, pero aún tenía la linterna.

No le gustó lo que vio. La cubierta externa de la nave había quedado materialmente arrancada, por lo que el aparato no duraría ya mucho.

Regresó Morgan, acompañado del ingeniero. A la luz de la linterna de Whitley, el ingeniero se veía asustado. Lo estaba y no le importaba demostrarlo. Nueva Caledonia, un mundo notable por su perpetua cellisca, pero sin grandes mares, singularmente libre de violentas tormentas, no era como este planeta.

—Yo soy McBain —se presentó—. ¿Qué desea?

—Los rollos de cable. ¿Están consignados a su compañía?

—Sí.

—¿Cuál es su resistencia?

—No puedo asegurarlo. Unas cien toneladas.

—¿Cien toneladas? —se maravilló Whitley—. ¿Ha dicho cien?

—Sí. ¿Qué esperaba, un millar?

El marino pasó por alto el sarcasmo. Trataba de reajustar su mentalidad a los grandes avances técnicos; al hecho, por ejemplo, de que un cable del grosor de un cordón de zapatos fuese más resistente que los más pesados y resistentes cables de su época. Era mejor de lo que había esperado. Jugueteó con la idea de construir un solo látigo, pero a un cuarto de milla, que era la distancia que calculaba hasta la costa, no daría resultado.

—Morgan —dijo—, hay que organizar una cuadrilla de trabajo. Ruégale al señor Saunders que venga aquí y también al segundo maquinista, si los encuentras. Luego, sube dos rollos de cable. Y poleas. Y un aparejo diferencial, si lo hallas.

—¿Qué vas a hacer con todo esto, Whitley? —le preguntó Leonora.

—Construir unos salvavidas, Leo. —Esperó hasta que brillara un relámpago—. ¿Ves aquel árbol que se yergue sobre el promontorio? Alguien irá nadando a tierra con un extremo del cable y lo anudará al tronco. Luego lo anudaremos a la nave. Pero ya lo verás cuando esté hecho.

—No lo veré.

—¿Por qué no?

—Porque seré yo quien vaya allí nadando.

—¿Qué? Tú estás loca.

Ella arrastró al joven hasta el refugio.

—He leído muchas novelas históricas de tu época —le explicó Leonora con firmeza—, y conozco vuestras arcaicas ideas caballerescas. Los hombres eran muy amables y corteses, pero olvídate ahora de esto. No eran prácticos. Hay que realizar una misión y yo soy la más adecuada para la misma: gané un par de medallas en las últimas olimpíadas acuáticas. No creo que haya nadie aquí que nade mejor que yo. La mayoría de los pasajeros proceden de colonias donde los deportes marítimos se consideran verdaderas locuras. Y si es por la tripulación..., cuando están de permiso sólo les preocupa huir del líquido elemento.

»Mira eso. —Señaló hacia el arrecife, a la luz de otro relámpago, en donde el agua estaba relativamente calmada, pero cuya superficie, sin embargo, traicionaba la existencia de violentas corrientes subterráneas—. ¡Mira! ¿Podría ir hasta allá quien no fuese un nadador de primera categoría?

—Pero... tal vez entre la tripulación haya quien sepa nadar. O los pasajeros... —añadió intrépido—. Incluso yo sé nadar.

—¿Y qué? Soy tan oficial de esta nave como tú. Tal vez más. Y por lo que sé, Whitley podría nadar cada mañana antes de desayunarse en pleno Atlántico, pero tú no eres Whitley. Físicamente, no lo eres. Tu cuerpo es el de Quinn —sonrió—. Y sé por experiencia que Quinn no podía nadar ni en una bañera. Además, tu misión está en este extremo del cable.

Whitley divisó varias figuras que avanzaban hacia ellos tambaleándose. Oyó cómo diversos bultos eran dejados en el suelo. Encendió la linterna y recorrió la estancia con el rayo de luz. Vio las poleas y los rollos de cable. Vio a Saunders, a Morgan y a los otros cadetes, al segundo

maquinista y a uno de sus ayudantes, y a media docena de azafatas. La joven a la que había confundido con una negra estaba allí: las rociadas del agua le habían limpiado la cara.

Se produjo la explosión sin sonido de un resplandor cegador. Morgan había lanzado una bengala dentro de la estancia. Whitley, cuyos ojos volvieron a reajustarse a la luz, examinó aquel equipo procedente del cargamento. El cable estaba listo para ser usado. Había también patas acomodables a los rollos. Incluso había tornos. El cable comenzó a desenrollarse suavemente.

Whitley llevó a Leonora a un lado. Con el extremo del cable que le enseñó, la ejercitó a anudarlo en torno a un mástil, tal como tendría que hacer en el árbol. Unas gruesas lanas, además, servirían para asegurar el cable sólidamente.

Entonces, sin embarazo, la joven se despojó del uniforme. Whitley vio entonces el lunar de la cadera, el lunar que, a lo que recordaba, no había visto jamás hasta este instante. Era una mujer más bella, más atractiva de lo que él recordaba... ¿O eran los recuerdos de Quinn?

La muchacha se anudó el extremo del cable a la cintura.

—Esto podría cortarte en dos... —la advirtió.

Los ojos de Whitley recayeron sobre el uniforme. Entre las diversas prendas había un amplio cinturón. Se agachó a recogerlo y se lo ató en torno a la cintura, enlazando el cable por la hebilla. Se aseguró de que el cinturón no se deslizaría por su cadera. Sus manos rozaron la suavidad y dulzura de su piel.

Morgan le entregó dos bengalas a Whitley, las que anudó también al cable. Todo quedó sujeto a la cintura de la joven.

—Esto es lo que tienes que hacer —le repitió con voz desprovista de emoción—. Cuando llegues a la playa, lanza una de las bengalas. Así tendrás luz para trabajar. Y cuando hayas atado el cable al árbol, arroja la otra.

—Entiendo.

Whitley, entonces, se olvidó de los presentes. Leonora estuvo en sus brazos, con su dulzura y su pureza de líneas. La hambrienta boca de la muchacha se posó en la suya, pero por breve tiempo. Luego, ella se liberó del abrazo, le apartó y corrió al otro lado de la estancia. Durante un momento estuvo recortada en el marco del portillo, esbelta, seductora, como un resplandor dorado contra la caótica negrura. Y al arrojarse al agua, la noche se tornó más oscura que nunca.

15

SE zambulló elegantemente, demostrando que era capaz de las mayores proezas acuáticas. Aun así, Whitley pasó por mil angustias antes de ver reaparecer su cabeza por entre las turbulentas aguas. Se negó a que nadie manejase el cable. Mantuvo su mano en el torno, girándolo con el mayor cuidado. Si aflojaba demasiado, el cable se enredaría en las piernas de la muchacha, impidiéndole llegar a la costa y arriesgando con ello su propia seguridad y la de todos los de la nave. Si el cable se enredaba en sus piernas..., bien, era posible que se ahogase.

Morgan estaba a su lado, con los prismáticos sobre la nadadora.

—Va muy de prisa, señor... Se ha detenido... Se ha sumergido... Ha reaparecido, señor...

—¡Cállate! —le amonestó Whitley, desesperado—. ¡Si quieres hacer de locutor, avísame cuando llegue a la costa!

Con una mano en el torno y otra en el cable, siguió atento a la operación. Comenzó a pensar si un rollo de cable bastaría. Y entonces oyó gritar a Morgan:

—¡Lo consiguió!

La bengala iluminó el cielo sobre la costa y se extinguió, pero en la playa siguió brillando la luz, intensamente, a aquella distancia. Whitley se enderezó y le arrebató los prismáticos al cadete. Al principio no logró ver nada, debido al resplandor de la playa. Luego divisó una figura, recortada al radiante resplandor, que se tambaleaba por la playa hacia el acantilado. Cayó una vez, y tardó unos segundos en levantarse, patéticamente derrumbada. Whitley deseó poder transmitirle sus energías, y el esfuerzo le fatigó. Por fin, la joven comenzó a trepar por el bajo acantilado con penosa lentitud.

Al llegar a la cima volvió a caer. Se arrastró hacia el árbol. Comenzó a levantarse, utilizando el tronco del árbol como soporte. Parecía estar buscando algo. Y entonces, por breve tiempo, se mantuvo muy erguida, y levantó un brazo a guisa de saludo. En aquel instante se elevó la segunda bengala.

Ahora que ya no estaba preocupado por la seguridad de Leonora, Whitley, perversamente, comenzó a disfrutar. Este, aunque extraño, era un planeta al fin y al cabo. Ya no tendría que luchar con problemas que escapaban a su entendimiento. Hasta ahora había conseguido salir bien librado de todos los trances, pero de ahora en adelante sólo tendría que contender con fuerzas y problemas que ya conocía.

A sus órdenes, el extremo del cable que estaba a bordo fue pasado por una polea unida a la parte superior de un retorcido travesaño. Todos pusieron manos a la obra, pero sus esfuerzos combinados no pudieron elevar el cable del interior del mar.

Entre las poleas había una de clase desconocida en su época. Deslizó dicha polea sobre el cabo de cable, de forma que pudiese correr como sobre un raíl. De esta polea colgó una silla, ligera pero resistente, perteneciente a la sala de los generadores. Estaba provista del correspondiente cinturón.

Mientras tanto, McBain había estado ocupado. Como era un hábil ingeniero, nada le costó

disponer un látigo interminable. Lo único que ahora quedaba por hacer era transportar una de las poleas a tierra y atarla a un árbol.

Fue Morgan quien se ofreció voluntario para esa tarea. A Whitley le hubiese gustado ir en su lugar, no porque dudase de la destreza del muchacho sino porque pensaba que debía estar en la costa, al lado de Leonora. Pero era esencial que permaneciese en la nave hasta el final.

Morgan, sentado o de pie en la silla, tendría que ir apoyándose mano sobre mano a lo largo del cable hasta llegar a la playa. Pero esto no fue necesario. Una vez estuvo fuera de la nave, el viento se apoderó de él y los que estaban a bordo tuvieron que ir soltando lentamente el interminable látigo para que el cadete no fuese arrojado violentamente contra el acantilado. Al fin llegó al término de su travesía, y la luz de otra bengala proclamó que la polea se hallaba también sujeta.

Lo único que faltaba era asegurar la segunda polea al extremo de la astronave. Tardaron poco en hacerlo, y entonces Whitley tuvo a su disposición lo que en realidad era un funicular desde la nave a la playa. En su época lo hubieran llamado un trasbordador.

Whitley estuvo a punto de lanzar una orden absurda, recordando diversas ocasiones de su época:

—¡Las mujeres y los niños primero!

Pero esto había sido una cortesía de la antigua Tierra, el planeta donde antaño podía contarse con la amistad y los apretones de manos. Pero en este planeta...

Se acordó de los rifles.

—¿Hay aquí alguien que sepa utilizar esas armas del cargamento? —inquirió. Le contestó el silencio. Se volvió hacia Saunders—: Bill, vaya abajo y vea si alguien sabe utilizarlas.

—Pertenecen a la Corporación de Pieles Illyria —explicó el tercer oficial—. Y hay tres cazadores que van a Illyria entre los pasajeros. Les haré venir.

—Bien. Mientras tanto... —Se volvió hacia la azafata cuya cara ya no era negra—. Usted, ¿querrá ser la primera en ir a tierra y atender a la señorita Starr? Y llévele su uniforme. —Luego se dirigió a los demás—: Las demás azafatas tendrán que continuar a bordo hasta el final, para ayudar a los pasajeros.

Saunders volvió. Con él había tres hombres, frágiles, delgados, con rostros curtidos y arrugados. Cada uno era portador de un rifle y un cinto con municiones.

—¿Qué ocurre, capitán? —El portavoz de los tres se dirigió a Whitley.

—Ya saben ustedes lo que ha ocurrido —le espetó el marino—. Y saben que en esta atmósfera hay vida... por cierto, bastante dañina al parecer. Seguramente también la habrá aquí abajo. Quiero que sean ustedes los primeros pasajeros que desembarquen, y que estén de guardia allí. En caso de duda, tendrán que disparar.

—Podemos hacerlo, y lo haremos —dijo otro secamente.

Contempló pensativo el juego de poleas y cables, se encogió de hombros y se volvió hacia los demás. Vio cómo la silla que había llevado a tierra a la enfermera regresaba; luego saltó a ella y se sujetó fuertemente. Apretó el rifle entre sus manos: su contacto era la única cosa familiar en aquel extraño mundo. No tardó en balancearse sobre las negras aguas.

Los tres cazadores terminaron en tierra, listas las armas, dispuestos a enfrentarse con situaciones que pudiesen comprender.

Una vez la tripulación y los pasajeros estuvieron al corriente de la situación, la labor se realizó con sorprendente facilidad. Temiendo un cambio de viento, Whitley tuvo que establecer un principio de prioridad. De haberse tratado de un naufragio en la Tierra, en su época, lo único importante habría sido enviar a la gente a la costa lo antes posible; pero aquí tenía que considerar también el traslado de los alimentos, las armas, las municiones, todo el equipo posible. Tenía que ser trasladado a tierra sin riesgo, sabiendo que una vez estuvieran ellos a salvo carecerían de todo, excepto lo que pudiesen salvar del naufragio.

Los jefes de cada departamento no mejoraron el estado de la situación. Era imposible establecer una enfermería perfectamente equipada. Y Whitley sabía que carecerían de otras muchas cosas.

El viento había amainado, aunque seguía soplando con intensidad, al parecer desde tres o cuatro direcciones a la vez. No había ninguna grieta en el cielo, pero era obvio que no tardaría en producirse un cambio de tiempo. A veces reinaba ya una calma completa, y al momento siguiente todos quedaban mojados por una fuerte ráfaga de lluvia. Los relámpagos seguían iluminando el cielo, y el tronar hacía imposible una conversación prolongada.

La *Lode Maiden* estaba inmóvil sobre el arrecife. Pero no tardaría en deslizarse sobre las rocas, yendo a caer al fondo de las aguas, y si no se apresuraban, se llevaría consigo cuanto estaba a bordo.

Cuando llegó el momento difícil, Whitley ya estaba preparado. Había descargado estratégicamente de la astronave casi todo. Cierto que no era mucho lo que había a bordo, en realidad; pero los supervivientes, al menos, podrían enfrentarse con cualquier emergencia.

Presenció cómo las últimas provisiones eran deslizadas hacia tierra, impulsado ahora el cable por la cuadrilla que estaba ya en la costa, y luego trepó sobre uno de los estropeados mamparos para observar las condiciones climáticas. El viento se había calmado, pero no así el mar. Se había convertido en un torrente amenazador a la luz de la bengala lanzada por el joven. Del mar procedía un rugido bajo pero perfectamente audible. Whitley ignoraba qué lo producía, hasta que comprendió que se trataba del semicírculo posterior del torbellino atmosférico que se estaba acercando a una velocidad que él, ni con un barómetro aneroide ni con continuos comunicados de las estaciones terrestres y marítimas, hubiese podido calcular.

Bajó de nuevo.

—¡Abandonemos la nave! —gritó.

La silla había regresado, y en la misma colocó a la señora Emerson y a una de las azafatas. La vieja, la azafata superior, objetó aquel medio de transporte, pero Whitley le ordenó ir a tierra en su calidad de oficial de la nave, a fin de mantenerlo todo bajo control. Saludó a la silla que se alejaba. Saunders, en el puesto de jefe de playa, vio la señal de partida con sus prismáticos. Luego les llegó el turno a las demás azafatas, los cadetes, los maquinistas. Whitley se preguntó cuánta fuerza estaba ejerciendo sobre todo el complejo y trazó un diagrama mental del paralelogramo de

fuerzas, pero no siguió adelante. De nada valía preocuparse.

Por fin le llegó el turno a la cocinera, que se llevó consigo los utensilios que había podido salvar del desastre. Esta vez fue cuestión de volumen más que de peso, y a Whitley no le quedó sitio. Vio cómo las lágrimas resbalaban por las mejillas de la negra cocinera cuando la sujetó mediante el cinturón de seguridad.

—Es duro, señor Quinn —sollozó la mujer—. Es duro tener que abandonar esta nave.

—Tenemos que abandonarla antes de que ella nos abandone a nosotros —murmuró él.

Y también era su primer mando. Así es, pensó Whitley, así es. O era. Pero no. No se sentía interesado por la nave. No contempló el paso de la cocinera y sus instrumentos por encima de las revueltas aguas, sino que prefirió inclinarse por encima de un inclinado mamparo para vigilar el mar, sintiendo la vibración de la estructura de la nave al virar y deslizarse sobre la superficie del arrecife.

Fue la vieja señora Kent la que casi finalizó la aventura en vez de Whitley. La anciana se había quedado en su camarote, confortablemente instalada, entregada a su diversión favorita: largos tragos de brandy. Y Whitley no supo que quedaba alguien en la nave hasta que se hubo instalado en la silla.

Entonces la vio... una frágil criatura con el pelo increíblemente blanco y la piel muy arrugada. Saltó de la silla y dio un paso hacia ella.

—¡Señora Kent! No hay tiempo que perder. Suba en la silla.

—¿Cree que estoy loca, muchacho? —objetó ella—. ¿Cree que puedo fiarme de esa cosa? —Y cambió de tono—. ¿Qué ocurre? ¿Dónde están los demás? ¡Exijo ver al capitán!

—Yo soy el capitán y...

—¿Usted? —La vieja tenía la voz muy cascada—. Entonces... que Dios se apiade de nosotros.

—De acuerdo, señora Kent. —Whitley dio otro paso hacia ella—. Pero mi deber es ayudarla a usted.

—¡No se acerque! Esto es un motín. Si es usted el capitán, es que todos se han amotinado...

—Insisto, señora Kent...

Estaba lo bastante cerca de la mujer para oler su alcohólico aliento. Alargó las manos para cogerla, pero ella se le escurrió, riendo alocadamente. Luego empezó a canturrear:

—Cógeme, Charlie, cógeme...

—¡Venga aquí, maldita sea! Venga aquí o...

—¿Es una amenaza o una promesa, palomino?

Whitley saltó. Su cuerpo chocó con la frágil estructura de la vieja. Su brutalidad le avergonzó, pero sabía que sólo así podría manejarla. Consiguió asirle las muñecas y arrastrarla hasta el trasbordador. La metió en el mismo, sin escuchar la serie de obscenidades con que le obsequiaba la anciana. Pero no pudo dejar de oír otros sonidos. El viento había cambiado y ahora desde tierra soplaba una brisa poco agradable. La *Lode Maiden* se estaba agitando angustiosamente. El casco vibraba incesantemente, acompañando la vibración con un coro de chasquidos y roces procedentes de la parte sumergida. No había tiempo que perder.

Para cuando tuvo bien sujeta a la señora Kent —y sus convulsiones no le habían facilitado la tarea—, el viento se afianzó y la galerna comenzó a aproximarse a toda velocidad.

Whitley se aferró a la silla, se sujetó al cable y envió la señal a tierra. Lentamente, ya que ahora desde la playa estaban jalando contra el viento, el cable comenzó a correr sobre el agua, a cada momento más arremolinada.

A la mitad del trayecto, el cable apenas avanzaba. El viento ejercía una tremenda fuerza contraria. Ese árbol debe ser muy resistente, pensó el joven.

La bengala que había arrojado antes de partir le mostró la nave como una negra silueta contra el cielo: enorme, fantasmal, como un castillo medieval envuelto en las brumas del amanecer. Luego, de repente, desapareció y no quedó más que el resplandor de la bengala sobre las crestas del oleaje. Unos segundos más tarde, la silla, sostenida en el extremo de la línea casi de manera horizontal, cayó. Whitley, ahogándose, hurgó sin eficacia en el cable que le rodeaba a él y a la anciana.

Están determinados a ahogarme, fue su último pensamiento consciente.

16

SINTIÓ dolor en los pulmones, la espantosa agonía que se sufre a cada inhalación. Sintió dolor en la espalda, un dolor que se iba agudizando a cada momento transcurrido. Y estaba rodeado por la oscuridad, por el tumulto del vendaval, por el rumor del oleaje.

Y tuvo la certidumbre de que, por un esfuerzo de voluntad, sólo un pequeño esfuerzo de voluntad, conseguiría escapar a todo esto. Cuando abrió los ojos los ruidos se aligeraron, retrocedieron. Ya no gritaba el viento ni el mar. Sólo se oyó el murmullo del tráfico distante. Vio en torno los familiares detalles de la habitación.

¿De la habitación?

Vio en torno los detalles de la estancia... con su perspectiva distorsionada, sus líneas vacilantes, sus colores más intensos, más fúlgidos, de lo que habían sido. Y seguía sintiendo dolor, en los pulmones, y como una puñalada en la espalda, cuando se movió inquieto en el diván.

Ella estaba sentada en la silla, contemplándole. Sus finas facciones estaban contraídas por la pena y la preocupación. Había intentado alisarse el cabello, pero estaba mojado por el agua del mar, lleno de arena. Tenía la blusa destrozada y le faltaba la guerrera. Mostraba un arañazo sobre el ojo derecho, y un pedazo de esparadrapo sobre la rodilla izquierda.

—Debes volver, Whitley —murmuró la joven—. Debes volver. Peter Quinn es un buen oficial, un buen astronauta, pero no posee tu experiencia, tu sabiduría.

—Eres una ilusión. Una alucinación —casi gritó Whitley.

Cerró los ojos para abrirlos al cabo de unos segundos. Ella seguía en el mismo sitio.

—Debes volver —repitió.

Apartó la vista de la joven, hacia la ventana. Consiguió divisar el cielo azul, las blancas nubes, el verde follaje de los árboles agitados por la brisa del atardecer. Arriba, muy arriba, se veía el rastro blanco de un avión. Todo era real.

Todo era real.

—¡Maldito seas! —oyó el reproche—. ¿Qué puedo hacer para convencerte?

Whitley giró de nuevo la cabeza y vio cómo la blanca blusa se deslizaba sobre el cuerpo de la joven, lo vio desvanecerse antes de llegar al suelo. Su piel era del color del trigo dorado. Aquella visión hizo tambalear sus convicciones.

La joven puso su boca sobre la de Whitley y éste sintió la cálida dulzura de su cuerpo suave, acariciador, invitador. Sus corazones comenzaron a latir al unísono.

Y entonces él sólo deseó dormir para quedar ahogado en el calor del cuerpo de la joven, en su ternura.

Pero sabía que no debía dormirse.

17

SE incorporó sobre las apiladas mantas y contempló los alrededores. Todavía le dolían los pulmones y la espalda, pero no tanto. A su lado, con la piel reluciente en la oscuridad, vio a Leonora. No sabía de dónde procedía la luz que le alumbraba. Era como si alguien tuviera encendida una linterna a lo lejos.

—Sé que es una pregunta anticuada, pero... ¿dónde estoy? —preguntó.

—En una cueva —le explicó ella—. Por suerte es muy profunda, con varias revueltas. —Parecía embarazada—. Hay ocasiones en que a una chica le gusta la intimidad.

Whitley contempló, no sin pena, cómo ella se vestía de nuevo.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntar.

—¿No te acuerdas? —Se veía enfadada ahora.

—Claro. Lo recordaré siempre. Pero antes...

La joven se echó a reír suavemente.

—Fue espantoso, pero... Bien, casi estabais ya en la playa tú y esa vieja bruja, y entonces la polea de la nave se aflojó...

Whitley parpadeó, pero no era aquel un momento adecuado para corregir la fraseología náutica.

—Conseguimos salvaros a ambos —continuó ella—. La vieja está muy bien, claro. Quería acusarte ante el capitán por intento de violación... o por no haber llevado a cabo el intento, eso no quedó muy claro. Pero ambos estabais completamente derrengados. Tú, lleno de agua, y además caíste de espaldas sobre una roca...

—Entonces, por esto me duele —se quejó, moviendo los hombros a guisa de tanteo.

—¡Oh!, ahora ya estás bien —exclamó ella—. Unos puntos y un par de vendajes. Vivirás.

Se le acercó y su voz fue menos que un murmullo:

—No fueron tus lesiones físicas las que me asustaron, querido. Fue... que te habías alejado. Y en tu lugar se hallaba el pobre Peter, mareado, enfermo y apiadándose de sí mismo, sin saber qué hacer e insistiendo en que todo era un sueño. Y yo deseé que lo fuese. —Se corrigió—: No, no, ahora no. No, después...

—Te amo, Leonora —susurró él.

—Y yo a ti. Yo a ti... Pero ¿y en lo futuro?

—No lo sé —reconoció Whitley—. No lo sé. De veras, no lo sé. Pero tenemos que gozar de nuestro presente.

—Nuestro presente... —repitió ella con amargura—. Ahora estará ocupado por la sola idea de la supervivencia.

Whitley se puso de pie, ayudado por la joven. Se vistió con su maltratado uniforme. Gracias al calor no preocupaba la humedad de las prendas, pero resultaban incómodas.

—¿Se ha visto algún indígena hostil? ¿Alguna fiera? —preguntó en voz baja.

—Indígenas, no. Animales, sí. Había uno en la cueva. Los cazadores lo mataron. Era un reptil, o algo semejante a un reptil. Muy grande.

—¿No hay todavía señales del alba?

—No. Está tan oscuro como siempre. O lo estaba cuando volví aquí, cuando traté de despertarte...

El joven vio el resplandor de la sonrisa de Leonora en la oscuridad.

—En un momento dado se hará de día —afirmó Whitley, más para sí que para ella—. Una tormenta como la que hemos presenciado indica un planeta con un eje que rota. Y si éste fuese el lado permanentemente a oscuras, no sería tan cálido... Bien, ha llegado el momento de que me muestres nuestro nuevo y feliz hogar.

Leonora cogió la linterna y él la siguió. Habían estado, según descubrieron, en un túnel que se ramificaba de la cueva principal. Habían gozado de cierta intimidad, pero no podía durar mucho tiempo. Y no era que los demás deseasen, al parecer, disfrutar de grandes lujos. Se hallaban repartidos en pequeños grupos sobre el suelo rocoso.

Whitley se dejó guiar hasta la entrada. No se sorprendió al ver que era pequeña, ocultando la extensión del interior. De haber sido mayor la boca de la caverna, seguramente él la habría podido avistar desde la nave.

Bajaron al pie del acantilado. Whitley cogió la linterna de Leonora y la paseó por la oscuridad.

—¿Qué? —gritó—. ¿Sin guardia? Algo o alguien podía llegar arrastrándose hasta nosotros. Y no sé cómo son aquí las mareas. ¡Señor Saunders! —gritó de nuevo—. ¡Señor Saunders!

El tercer oficial había estado durmiendo, pero no pesadamente. Salió de la caverna restregándose los ojos.

—¡Diantre, Pete! —se quejó—. ¿No se puede descansar en este condenado lugar?

—No. Llama a los cadetes y maquinistas. Diles que quiero que se presenten al instante. Y despierta a uno de los cazadores illyrianos, dejándole a la entrada de la cueva con el arma preparada y un par de bengalas de mano. Me sorprende que tenga que decirte esto.

Saunders se desvaneció en el interior de la caverna. Whitley no podía ver a Leonora, pero el tono de su voz le indicó que debía de haber enarcado las cejas.

—Jugando al infierno con un gran palo —exclamó—. Pero todo el mundo necesita descansar después de lo ocurrido.

—De acuerdo. Pero si no montamos una guardia, es posible que éste sea nuestro último descanso. —Su tono se suavizó—. Al fin y al cabo, fuiste tú quien insistió en que volviese.

—De acuerdo —susurró ella—, fui yo. Y el fin siempre justifica los medios.

Él se echó a reír.

—Vamos, en serio, todos vosotros necesitáis un poco de ejercicio... —se dio cuenta de que alguien estaba a su lado—. ¿Quién es?

—Taberner, capitán. Y aunque me esté mal el decirlo, el mejor cazador de Illyria.

—Bien. ¿Quiere quedarse aquí hasta que le releven, señor Taberner? Si ve u oye algo, lance una bengala; supongo que le habrán entregado una..., y ponga en marcha su artillería. ¿Entendido?

—Sí, capitán. Ya habíamos pensado en un turno de guardia, pero cuesta tanto organizar las cosas...

—Bien, ahora ya no habrá tantas dificultades —concluyó Whitley.

Él y la joven volvieron a la cueva. Vieron la linterna de Saunders recorriendo diversos lugares, como si fuese una enorme luciérnaga, mientras iba llamando a los demás oficiales. No era una tarea fácil; los supervivientes se habían echado a dormir sin orden ni concierto.

En todos los libros que he leído respecto a naufragios, pensó Whitley, lo primero que hacen los supervivientes es encender una fogata. No tenemos necesidad de calentarnos, claro está, pero su resplandor podría ser de utilidad y nos animaría un poco.

Los restos resecos que ya vio por el suelo le hicieron pensar que una hoguera sería también un acto de política práctica. Una corriente de aire de la boca de la cueva hacia el fondo demostraba que había ventilación, y que el humo no sería problema. Pero las cerillas... En su época, si había presente algún fumador, siempre había a mano el medio de encender un fuego. Pero en esta época en que los cigarrillos se encendían por sí solos... cigarrillos que se negaban a encenderse en la atmósfera húmeda del planeta, resultaría mucho más difícil. Naturalmente, hubiera debido pensar en sacar de la nave algunas lámparas de emergencia de petróleo. Pero ahora ya era tarde para lamentaciones.

Decidió que podía hacer algo. Pensaba en fiestas y en épocas de carestía.

Cogiendo la linterna de Leonora, se agachó para examinar la decadente vegetación que alfombraba el suelo de la cueva. No parecía tratarse de cizaña y estaba relativamente seca. Ignoraba cómo podía crecer allí. Tal vez unos inquilinos anteriores la hubiesen plantado.

Recogió una buena brazada y la llevó al fondo de la cueva. Tras unos cuantos viajes, con la ayuda de Leonora, formó una respetable pila. Y entonces, arrojando una bengala encendida en medio del montón de hojarasca, consiguió excelentes resultados. El calor propagado por la bengala secó rápidamente el combustible... y un bello resplandor iluminó las tinieblas con una luz danzante, obligando a las sombras a alejarse. Algunos de los durmientes se movieron, quejándose, pero la mayoría continuó durmiendo.

Whitley se sentó junto al fuego con sus ropas húmedas y esperó el informe de los demás. Contempló cómo el humo acre, aunque no desagradable, ascendía hacia el techo de la caverna. A su lado, Leonora diseminó el contenido del paquete de cigarrillos para que se secasen.

—Ciertamente, así es mejor. Tal vez deberíamos encender otra hoguera fuera.

—No —contestó Whitley, tras una pequeña reflexión—. Si estuviese seguro de que eso alejaría a los seres peligrosos, sí. Pero podría ocurrir todo lo contrario. Ah, ahí viene el doctor. Coja una piedra e instálese, doctor.

Cuando los oficiales de todos los departamentos estuvieron reunidos, dio comienzo la conferencia, aunque tal vez no fuera la palabra más indicada. Más bien resultó un sermón el dado por Whitley, sobre el correcto proceder en caso de naufragio. Había que establecer turnos de guardia en la entrada de la caverna y junto a la hoguera; al fin y al cabo, no sobraban las bengalas, por lo que había que cuidar que el fuego no se apagara. Se dispuso un sistema de racionamiento. Y cuando al fin las cosas se hallaron más o menos arregladas, Whitley se permitió el lujo de un descanso. Se fabricó un lecho sobre la dura roca con un par de mantas, llamó a Saunders, que

estaba a cargo de la primera guardia, para que le llamase tan pronto despuntara el nuevo día o en caso de un cambio de tiempo o cualquier otra emergencia, y para que trasladase estas órdenes a su relevo. Pensó que Leonora construiría su lecho al lado del suyo, pero la joven, con la ayuda del doctor, se dedicó a cumplir con sus deberes profesionales.

No importaba. Ya habría otros momentos y otros lugares.

Cayó en un sueño muy pesado.

18

LAS cosas usualmente van de tres en tres. La primera fue un cambio del clima. Whitley no se despertó con su habitual y rápida transición del sueño a una completa vivacidad cuando le llamó Morgan. Se sintió más bien como un cadáver caliente... hasta el punto de cocción. En la boca tenía un regusto amargo y en el olfato un tufo desagradable, compuesto de humo acre, el olor de los sudorosos cuerpos y lo que ya habían llegado a considerar como la peste característica del planeta: una miasma de musgo corrompido.

Whitley realizó un esfuerzo y se puso en pie.

—¿Sí, Morgan?

—El viento, señor Quinn. Ya no sopla.

—Estupendo.

Guiado por la linterna del otro, se abrió paso por entre los durmientes. Buscó a Leonora, pero no logró verla. Fuera de la cueva reinaba la calma y el aire estaba completamente callado. En la playa, las olas llegaban rítmicamente hasta la arena y el rompeolas no era más que una línea luminosa en la oscuridad. Más allá, el arrecife parecía disparar ráfagas de luz al negro cielo. Algo enorme surgió a la superficie y volvió a sumergirse después de haber quedado siluetado contra el firmamento.

¿Ahora qué?, se preguntó Whitley. ¿Ahora qué?

Trató de formular algunas reglas metereológicas para el planeta. Podía suponerse que girase muy lentamente sobre su eje... En tal caso, los trastornos atmosféricos serían lo corriente y no la excepción a lo largo del terminátor. ¿Sería un trastorno de esta naturaleza la tormenta que habían padecido? En tal caso, el amanecer no tardaría mucho. Por otra parte, tal vez estuviese aún por venir la verdadera tormenta.

Vio de pronto que los pasajeros y la tripulación se habían congregado en torno suyo. Debían haber estado esperando que se despertase para formularle un sinfín de preguntas, o ciertas quejas. Pero no estaba de humor para escucharles. Quería estar solo para reflexionar. Pero para estar solo tenía que adoptar ciertas precauciones.

Vio a uno de los cazadores illyrianos, el que estaba de guardia, y le preguntó:

—¿Le importaría enseñarme cómo funciona su arma?

El hombre se lo enseñó. No era muy diferente de las ligeras automáticas del siglo veinte: había una recámara cargada por un muelle, y un selector que, según como se colocaba, actuaba como seguro, para un solo disparo, o para una descarga completa. El arma podía ser disparada desde el hombro o como una ametralladora.

—Me la quedo —dijo Whitley—. Y también las municiones. Coja usted otra de la cueva. —No tenía intenciones de sentar un mal precedente yéndose solo y desarmado.

Pero no iba a estar solo. Vio que alguien se le había situado al lado. Llevó hacia aquel lugar el cono de su linterna y no se sorprendió ni le molestó divisar a Leonora.

—¿Te importa algo de compañía? —quiso saber ella.
—Claro que no.
—¿Adonde vas?
—Adonde pueda estar lejos de la gente. Tengo que ordenar mis ideas. Ahora que ha pasado la primera excitación necesito meditar. Me estoy preguntando, además, si no debo entregar el mando a manos de una comisión. Al fin y al cabo, yo no soy más que un advenedizo.
—¡No pienses en una condenada comisión! Especialmente, después de las distancias que tuve que recorrer para hacerte volver. Además, todo el mundo está encantado contigo. Y, honradamente, no creo que haya nadie capacitado aquí para solucionar todos los problemas. Después de todo, y aunque sea una situación nueva para nosotros, no debe serlo para ti, para quien los naufragios debieron ser una cosa usual en tu época.
—En realidad, no era costumbre naufragar —replicó Whitley con cierta sequedad—. ¿Nos sentamos? Si encontramos dónde hacerlo.

A la luz de las linternas hallaron una piedra lisa, que sobresalía de la negra arena. No se hallaba cubierta de resbaladizas algas, ni tenía hierbas gelatinosas que pudieran ser “algo”. Tal vez la tormenta la hubiese despojado de toda vegetación.
Se sentaron muy juntos, sin hablar mucho, cada uno confortado con la presencia del otro. A sus espaldas estaba la boca de la cueva, un círculo oscuro apenas visible, y ante ellos se extendía el mar, negro y misterioso como lo es siempre de noche en toda la galaxia.
De pronto, en su superficie se produjo una mudanza. Primero, pareció como si la fosforescencia a lo largo de la playa y el arrecife se tornase más intensa, y luego la misma fosforescencia produjo unos rayos de pálida luz en el agua circundante. Dichos rayos se entremezclaban entre sí, formando más tentáculos lumínicos de resplandores vibrátiles. Mientras la débil luz parecía girar y extenderse, llegó el color, al principio leve como un arco iris lunar en el cielo de la Tierra, pero rápidamente se animó, hasta que el mar, desde la oscura playa al lejano horizonte, fue una gloria cromática. La superficie del agua brillaba con reflejos carmesíes, azules, jades y amatistas.
—Como un sueño en glorioso tecnicolor —exclamó Whitley, intentando disipar la magia del encanto con un toque de humor. La escena resultaba tan bella que le asustaba.
De pronto se puso tenso, mirando fijamente a un punto situado entre el arrecife y la playa. El silencio fue interrumpido por un par de chasquidos efectuados por él al mover la llave de su arma desde “Seguro” a “Automático”.
—Mira... —susurró, señalando.
Leonora siguió la dirección de su dedo. Al principio no podía divisar nada, pero luego, esforzando la vista, logró distinguir un trecho de luz más simétrico, más resplandeciente, recortado contra la fosforescencia del agua. El objeto, fuera lo que fuese, brillaba por reflejo.
Se detuvo cuando estaba casi enfrente de la cueva. Hubo un ruido sordo, apagado, como el producido por un arco al ser disparado, seguido de un chasquido. El murmullo de voces procedente de la entrada de la cueva cesó súbitamente, siendo remplazado por diversos gritos.

Whitley vio una línea de vagas sombras en el agua, que se estiraban hacia la arena procedentes de... ¿un barco? Hubo otra serie de ruidos, y otro impacto en el acantilado. De repente comenzó a batir un tambor con un ritmo extraño, quebrado, insistente. Parecía una especie de código. Probablemente lo era.

Pero Whitley no escuchaba el tambor. Más tarde lo recordó, y también cómo los disparos de su arma habían parecido acompasarse con aquel ritmo. Pero ahora toda su atención estaba enfocada en el vuelo mágico de sus balas trazadoras al ser enviadas contra los nadadores. Oyó gritos y vio cómo la fila de atacantes se disolvía.

Una andanada procedente de un arma a bordo del barco pasó junto al joven y se enterró con un sordo golpe en la arena. Whitley cambió su punto de mira, desde los nadadores a la escasamente visible silueta del barco. Debía de haber matado o desarmado a los artilleros ya que no volvieron a utilizar el arma.

Luego, una bengala se encendió en la boca de la Cueva. A su resplandor pudieron divisar las figuras de sus atacantes. Eran humanoides, pero parecían ranas. Como extraídos de una película de Disney.

La primera oleada, o lo que quedaba de la misma, ya estaba fuera del agua. Blandiendo unos cuchillos, los atacantes corrieron por la playa. El fuego de Whitley les cogió por el flanco, así como los disparos procedentes de la cueva. De los primeros sólo uno de los nativos pudo llegar a cien pies de Whitley, y de pronto cayó también, completamente destrozado por el graneado fuego.

Una segunda oleada tuvo el mismo fin que la primera. Y también una tercera. No hubo más.

Pero la gente de la cueva siguió disparando, alcanzando al barco de proa a popa, a pesar de que era obvio que no quedaba nadie en el mismo.

—¡Alto el fuego! —gritó Whitley—. ¡Alto el fuego! —Luego le dijo a Leonora—: Vamos, tenemos que tranquilizar a esos locos.

—¿A qué tanta prisa?

—En primer lugar, están desperdiciando las municiones. ¡Y tenemos un barco! ¡Un barco! ¡No quiero que lo llenen de agujeros!

Menos de una hora después del ataque, se hizo visible el primer albor del amanecer por la parte del mar. Y entonces, lenta, desmayadamente, la luz del día comenzó a extenderse por el océano y el cielo. Con el alba, la espectacular fosforescencia del mar se desvaneció, casi como si una mano invisible hubiera girado un interruptor.

A Whitley le entusiasmó ver la luz del día. Había estado encendiendo una bengala tras otra para mantener al buque bajo observación. Debía de estar anclado y el joven no quería que los supervivientes de la tripulación pudiesen levar anclas y escapar, ni quería tampoco desencadenar su contraataque hasta que la luz brillase con toda su fuerza.

Había habido víctimas entre los expedicionarios. El centinela de guardia había quedado cortado en dos por una especie de ástil de unos diez pies de longitud, sumamente afilado, con unas hojas cortantes que sobresalían del morro. Y el segundo disparo había causado asimismo más víctimas: los únicos dos niños del pasaje, su madre y el bioquímico de la astronave.

Cinco ya, pensó Whitley, andando arriba y abajo por delante de la caverna. Cinco de sesenta y cuatro supervivientes. Y cuando ataquemos, ya en cubierta, ya abajo del puente, ellos lucharán como ratas acorraladas. Y sufriremos más pérdidas, si ellos tienen la ventaja de la oscuridad. No, será mejor que esperemos hasta que sea pleno día.

En aquel instante comenzó a resonar otro tambor, al parecer desde el norte. Su ritmo parecía comportar una especie de mensaje cifrado, y a Whitley le pareció distinguir una nota de interrogación. Como si alguien estuviera tratando de ponerse en contacto con los atacantes. Además, era persistente.

Poco después, la luz le dijo a Whitley que había ya llegado el momento de poner su plan en acción y apoderarse del barco. Y el final de la noche significaba también otras cosas por hacer. En particular, una obligación.

—Pero no puedo —le confió Whitley a la muchacha—. No puedo. No estaría bien. Al fin y al cabo, no soy uno de vosotros...

—Tal vez tengas razón —asintió ella—. Le diré a Saunders que lo ha...

Alguien había bajado a la playa a recoger los cuchillos de anchas hojas de los nativos muertos. Alguien más había encontrado restos de madera y metal procedentes del naufragio. Y durante la noche, lo que quedaba del paracaídas había sido llevado a tierra por las olas. Del mismo modo podrían aprovecharse largas tiras de tela resistente.

Whitley contempló a las cinco víctimas, dos de ellas lastimosamente pequeñas, junto al lugar donde unos cuantos supervivientes estaban cavando unas tumbas, con los cuchillos y los palos encontrados.

Sé sincero, se dijo. Llámalas tumbas. Y con toda seguridad, el último de nosotros no podrá ser enterrado.

Su morboso humor empeoró con la vista del cielo amarillento sobre el amarillo mar.

—Me pregunto —susurró Leonora— si vale la pena. Todo este interminable viaje, hasta el extremo de la galaxia. Lo estamos pagando muy caro.

—De acuerdo —afirmó Whitley. Y citó en voz baja:

Si la sangre es el precio del Almirantazgo,

Señor, nosotros hemos pagado este precio.

19

FUE Saunders quien recitó el servicio fúnebre. Era, pensó Whitley con cierto cinismo, el individuo ideal para ello. Era como si estuviese en medio de un escenario, o, para ser más exacto, era el único que tenía un parlamento en la escena. Y su voz tenía la sugestión de quien habla en un púlpito. Whitley desterró de sí aquellas ideas irreverentes.

El tercer oficial, de rostro solemne, llegó a la conclusión de su sermón.

—Y así, ahora, nosotros, dejamos los cuerpos de nuestros hermanos y hermanas en... —vaciló, buscando la frase más apropiada a la circunstancia— ...el suelo de un planeta extraño. Nosotros...

Su voz calló, transformándose en un horrible gorgoteo. Llevóse las manos a la garganta, de la que sobresalía un astil de metal de nueve pulgadas de longitud. Cayó lentamente de rodillas, hasta quedar tendido en tierra. De la entrada de la cueva surgió una granizada de disparos de armas automáticas, lanzada por los centinelas de servicio. Las trazadoras hallaron su camino por encima de los asistentes al entierro. Y desde el buque anclado partió una salva de lanzas, si bien los nativos no pudieron apuntar debidamente gracias al fuego graneado hecho desde la cueva.

Whitley envió a Leonora al suelo sin miramiento alguno, al tiempo que gritaba:

—¡A tierra! ¡Todos a tierra!

La mayoría le obedecieron, pero dos echaron a correr hacia la cueva. No llegaron a ella. Antes de haber recorrido media docena de yardas, cayeron abatidos por los proyectiles procedentes del buque atacante. Los fusileros del entierro trataron de devolver el fuego desde la posición tendida en que estaban, pero no tenían a nadie que los cubriese y no se atrevían a levantarse para apuntar debidamente. Sus contrarios disparaban a través de pequeñas portillas del casco del buque.

En la parte de proa, sobre cubierta, apareció una figura agazapada. Corrió con un paso muy particular, en dirección al sitio donde se veía el cable del ancla para que el barco pudiera alejarse a un lugar más seguro. Bien, aquella figura era un buen blanco. Y no tardó en quedar desintegrada por los fusileros.

Whitley se arrastró hasta quedar junto al caído Saunders. Leonora se hallaba ante él. Estaba agazapada sobre el muerto, ignorando las lanzas que caían a su alrededor.

—No podemos hacer nada por él —susurró.

—Entonces, ¡al suelo! —le gritó Whitley.

No conseguiremos salir de aquí con vida, pensó el joven. Su mente, activa una vez más, fue trazando planes, tanteando todas las posibilidades, buscando desesperadamente una solución a aquel *impasse*. Aunque le disgustase la idea —ya que él, producto típico de su época, era un marino que creía en las batallas navales a distancia—, llegó a la conclusión de que un abordaje a lo pirata era la única solución al problema. Levantó precavidamente la cabeza, miró en torno suyo y gritó para atraer la atención de los hombres y mujeres tendidos en tierra.

—¡Necesito voluntarios! Unos doce. ¡Doce que sepan nadar!

Como Leonora ya le había manifestado, había pocos nadadores entre la tripulación y el pasaje.

Y varios de ellos eran mujeres. Pero Whitley no quiso tomarlas en consideración, pese a lo cual consiguió reunir a los doce voluntarios. Todos fueron arrastrándose hacia él, esperando sus órdenes.

—Y los demás —ordenó Whitley—, cavad agujeros hondos. Construid buenas trincheras en la arena.

Luego, sin levantarse, procedió a despojarse del uniforme hasta quedar vestido sólo con la ropa interior. Sin embargo, conservó el cinto, al que ciñó un cuchillo. Los demás voluntarios siguieron su ejemplo.

Fue abriéndose camino hacia el agua. Cuando al fin llegó, el mar estaba cálido. Se zambulló en las olas, tratando de mantener el cuerpo bajo el agua. Una lanza ocasional, demasiado cercana para no sentir miedo, le demostró que se hallaban bajo la observación y el ataque del buque. Sobre su cabeza sintió el fuego de los fusileros de la cueva.

Trató de ignorar los proyectiles de ambos lados. Sabía que se hallaba temerariamente expuesto y se preguntó dónde estaría el resto de la partida de abordaje. Volvió la cabeza y se tranquilizó al ver que era seguido por los demás.

Nunca había sido, a pesar de lo que había manifestado a Leonora, un experto nadador, por lo que no tardó en fatigarse. Desde el nivel del agua, el barco parecía enorme, casi tan grande como una de las ciudades flotantes de su época, pero muy alejado. Creyó que jamás llegarían a su meta, y que la fuerte corriente les haría derivar hacia el extremo sur del arrecife. Cansado, trató de nadar de espaldas. El cuchillo que llevaba al cinto le producía constantes molestias y algunos cortes, aunque poco profundos. Entonces recordó cómo los tiburones se sentían atraídos por el olor de la sangre. Esta idea no le agradó en absoluto.

Cuando volvió a nadar naturalmente, el barco, mucho más pequeño ya al parecer, se hallaba mucho más cerca. Se dio cuenta de que los nativos habían cesado en sus ataques, y decidió, por tanto, que sus armas no debían servir de nada a corta distancia sobre la superficie del agua. Lo cual facilitaría bastante su tarea.

Los voluntarios llegaron junto al barco por la parte de popa. Por allí no había esperanza de poder trepar a bordo; aunque el casco no hubiese sido tan liso y desprovisto de sitios donde poder apoyar el pie, el saledizo habría derrotado cualquier intento. Whitley se tomó del timón para descansar. A su alrededor, los demás iban braceando, mirando con envidia el sitio que él había elegido. Simpatizaba con ellos, pero no tenía intenciones de abandonar su posición hasta haberse recuperado por completo.

—Bien, tendremos que abordar por delante —dijo al fin—. Por el cable del ancla. Es el único camino.

Lo más calladamente posible, los voluntarios treparon por el resbaladizo y verdoso costado del buque. Whitley temía que la tripulación imaginase lo que estaba ocurriendo y que recibiese a los nadadores con una granizada de proyectiles. Pero desde tierra continuaban disparando, lo cual les incapacitaba toda acción sobre cubierta.

Por fin, Whitley llegó al cable. No era de metal, sino de alguna fibra vegetal sumamente resistente, parecida a las del coco. Como todo el resto del buque se hallaba recubierto por completo de algas, pero la rugosidad de la cuerda permitía cierto asidero.

Estaba tirante y formaba un ángulo de treinta grados con la superficie del agua. Por suerte, no salía de una bocina de escobén, sino que colgaba desde la cubierta. Aunque jamás había tenido dotes de gimnasta, Whitley pensó que podría subir sin grandes dificultades, aunque prefería no pensar en lo que tendría que afrontar una vez arriba.

Mano sobre mano, fue ascendiendo por el cable. Fue fácil mientras el agua soportó la parte inferior de su cuerpo, pero una vez por completo fuera del mar se vio obligado a rodear el cable con las piernas. Sin embargo, continuó subiendo con bastante ligereza. Cuando sus manos tocaron la borda del buque, comenzó a desprenderse del cable. Esperaba que nadie le estuviera esperando con un afilado cuchillo. Una prolongada salva desde tierra le indicó que alguien había tenido malas intenciones en el buque, pero que seguramente acababan de desanimarle.

Miró hacia abajo. El pequeño Morgan estaba colgado del cable. Y más abajo pudo ver a Taberner, el cazador de Illyria. Whitley les sonrió.

—¡Arriba! —les susurró—. ¡Arriba! ¡Y una vez arriba, seguidme de prisa!

Los disparos de los rifles cesaron bruscamente.

Un sordo chasquido y Whitley estuvo en cubierta, de pie... aunque no por mucho tiempo. Sus pies descalzos comenzaron a bailotear y no tardó en caer pesadamente al suelo. Fue una suerte, ya que de haberse quedado en pie habría dado contra su cuerpo una afilada lanza que le enviaron desde el abrigo del puente. De espaldas al suelo —la cubierta tenía una pronunciada pendiente— se deslizó hacia popa, y antes de que el nativo pudiese volver a cargar su arma, el terrestre estuvo sobre él.

Morgan y Taberner, que abordaron la cubierta unos segundos más tarde, solamente vieron un entramado de brazos y piernas entre los que brillaban siniestramente dos cuchillos. Era casi imposible distinguir a los combatientes, tal era la forma en que aquella cosa verde tenía sujeto a Whitley. No muy lejos se hallaba otro nativo, sosteniendo una lanza muy larga. Pero tampoco sabía a cuál de los dos antagonistas tenía que clavarla.

Tal como le había ocurrido a Whitley, Morgan y Taberner estuvieron a punto de caer, pero consiguieron mantenerse en pie. Fueron retrocediendo hacia popa y cayeron sobre el segundo nativo antes de que éste se diese cuenta de lo sucedido, incluso de que pudiese hacer uso de su lanza. Pero, sin embargo, el nativo, tras desdeñar su lanza, exhibió un cuchillo... que gracias a los esfuerzos de Taberner no tardó en quedar enterrado en su propio cuerpo.

Whitley apenas sabía qué estaba sucediendo. Como entre sueños vio a Morgan correr hacia el puente, cerrar la puerta y atrancarla con la lanza atravesada por entre unas arandelas. Vio cómo Taberner estaba de pie a su lado, con el cuchillo preparado. Más adelante se preguntó cómo era posible que se hubiese dado cuenta de tantas cosas. Y comprendió que había estado procurando no parar atención en aquella cosa verde a la que estaba asido para conservar su vida.

Sabía que se estaba debilitando y que, cuando soltase al nativo, éste le atravesaría la garganta o el corazón con el cuchillo. Hallaba cada vez más difícil mantener la presa en aquella viscosa piel. Y aunque estaba peleando por su vida, de vez en cuando sentía una profunda repulsión al contacto de aquel cuerpo apretado contra sí y de la peste que se desprendía del mismo.

Entonces oyó a Taberner que le decía en voz baja y pausada:

—Relájese, capitán, relájese. Deje que él se le ponga encima. Es el único medio.

Le costó fingir que cedía. Pero por fin consiguió estar apoyado de espaldas al suelo, como a merced de su contrario. Sin embargo, estaba aliviado al ver que el peso de la pelea ahora recaía en alguien más. No soltó, empero, la mano terminada en garra que sostenía el cuchillo. Confiaba en Taberner... pero no con exceso.

Aunque el nativo no podía utilizar su cuchillo, poseía otras armas. La odiosa, extraña cabeza de reptil iba bajando, bajando, bajando. Abrió su ancha boca y mostró dos hileras de dientes aserrados y agudos. Los ojos eran los de un animal salvaje y Whitley supo, con toda certidumbre, que no sería posible llegar a convivir en paz con aquel pueblo.

Entonces relució el cuchillo de Taberner. La enorme cabezota rodó a un costado, golpeando contra el rostro de Whitley. Un nauseabundo líquido viscoso y amarillo inundó la cubierta, en tanto el marino se retorcía para salir de debajo de aquel cuerpo.

Estaba completamente mareado. Cuando por fin consiguió levantarse, miró en torno suyo. Excepto Morgan, la cubierta estaba desierta.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—Abajo —le contestó el cadete. Y añadió con voz desalentada—: Taberner me ordenó quedarme con usted.

—De acuerdo. Vamos con ellos.

En aquel instante, cuando ambos se dirigían hacia la puerta del puente, oyó la voz de Taberner que gritaba excitado:

—¡Lo cogí! ¡Lo cogí!

Procedente del Norte volvió a escucharse el rítmico batir del siniestro tambor.

20

A pesar de la gravedad de la situación, Whitley era un hombre feliz. Tenía un buque.

No sabía cuántas horas de luz quedaban antes de la llegada de la noche, con sus enormes tormentas, pero estaba decidido a utilizar cada uno de los minutos. Tenía mucho que hacer en el barco que había caído en sus manos. Cualquier otro jefe habría enviado partidas de exploración a investigar las diversas posibilidades de la isla, a espiar a los nativos, pero el marino se negó a hacerlo hasta que tuviese medios más seguro para ello. Sabía que hacia el norte había una ciudad o un poblado; en medio de la bruma podía a veces distinguirse desde la colina situada sobre la playa. Y sabía que los habitantes de tal ciudad serían inevitablemente hostiles. Cuando enviasen a un grupo para que indagase qué había sido del primero, la recepción resultaría algo más que calurosa. Hasta entonces, era mejor dejar dormir a los perros. Y mientras tanto... trabajar, trabajar y más trabajar.

Después de matar al último superviviente de la tripulación del barco, Whitley decidió carenar la embarcación. La corriente se había constreñido a llevar el agua por un paso existente entre la playa y el arrecife. Todo lo que ahora tenía que hacer era jalar el cable —el cabrestante era primitivo pero funcionaba muy bien— hasta que el barco descansase en el fondo del agua. Después habría que talar unos árboles de la colina y situarlos debajo de la embarcación.

Tal como suponía, carecía de quilla. Eso significaba que era capaz de navegar a buena velocidad, pero que con el viento de través iría a la velocidad de los cangrejos. Mas en el estado actual en que se hallaba el barco, dudaba que pudiese hacer más de dos nudos por hora en plena galerna.

Todo el mundo tuvo que transformarse en raspadores improvisados a fin de despojar al casco de las algas y demás vestigios viscosos, como moluscos y otros habitantes de los mares que en conjunto le prestaban a la nave un aspecto de jardín marino. Claro está, carecían de ningún producto contra la descomposición, por lo que Whitley dudaba de que aquella limpieza durase demasiado, pero pensó que volvería a carenar el barco a la primera ocasión propicia.

La parte interna de la embarcación distaba mucho de ser higiénica, según las pautas de la Tierra. Había viscosas algas por todas partes. Pero hallaron algunas piedras planas, agua y arena en cantidad y todo ello sirvió para llevar a cabo la limpieza del buque.

Éste tenía setenta y cinco pies de eslora por quince de manga. Había un solo mástil, en el que se hallaba izada una enorme vela cuadrada. Era una embarcación muy primitiva, que denotaba la existencia de una raza que había progresado poco desde el estado salvaje. Había, empero, una brújula magnética casi tan buena como las utilizadas en la época de Whitley. Y había armas, cuchillos y arcos, de acero muy resistente, *y* un aparato montado en cubierta, destinado a enviar los ástiles a larga distancia. Eran la clase de cosas que fabricaría un hombre civilizado, tal vez, hallándose en los albores de una civilización altamente técnica. Sin embargo, aquella embarcación indicaba que los moradores del planeta, tras haber poseído en un momento dado grandes

conocimientos científicos, habían perdido el arte que sus padres les dejaron.

Pensando en esto, Whitley llegó a unas conclusiones bastante desalentadoras. Los nativos no eran personas encantadoras; se mostraban inhospitalarias con respecto a las tripulaciones de las astronaves llegadas a su suelo. Pero podían poseer buenas razones para obrar así. Era de suponer que en algún tiempo no muy remoto, su civilización hubiese sido aplastada por seres procedentes de alguna estrella de la galaxia. Podía suponerse que en el borde galáctico se estaba desarrollando una guerra racial, uno de cuyos bandos podía poseer rasgos idénticos a los humanos. Estos habrían llegado al planeta, conquistándolo y desvastándolo y después, por algún motivo desconocido, tal vez el medio ambiente, tal vez alguna epidemia, habían tenido que marcharse sin reconstruir cuanto habían destruido.

Era una idea inquietante. Whitley sintió, y no por razones personales en su totalidad, que hubiese muerto el bioquímico. Quedaba el cirujano, pero éste era como todos los médicos de a bordo en tiempos de Whitley: un competente doctor de práctica general, pero incapaz de llevar a cabo ninguna investigación.

Quedaba poco tiempo para la especulación. La embarcación ya se hallaba en buen estado. Con el paracaídas habían logrado fabricar velas, junto con los restos de los salvavidas. Entre el equipo del barco habían encontrado una serie de herramientas destinadas a la fabricación de velas.

Tras haberlo meditado, Whitley decidió instalar un foque y un trinquete. No era un marinero —efectuando una sutil distinción semática—, sino un marino. Y por ello pensó preferible atenerse a la pauta marina de su tiempo. La vela original le serviría de cangreja. Las poleas, que se hallaban en buen estado, servirían asimismo para izar las velas, sustituyendo su propio cable por el de fibra que habían hallado en el barco.

Y tuvo otra idea, para lo cual, las seis escobas que había a bordo serían destinadas a un uso para el cual sus antiguos propietarios no las habían llevado a bordo. Cuando todo hubiese terminado, la embarcación, de ello Whitley estaba seguro, podría recorrer todos los mares de aquel planeta desconocido.

Mientras estaba trazando diagramas en la arena con un palo, se acercó Leonora. Estuvo unos minutos contemplándole con expresión irritada. Frunció el ceño. Sí, Whitley había cambiado. Lo que le había llevado hacia ella anteriormente había sido su soledad, su aturdimiento; en realidad, había sido como un pez fuera del agua. Pero ahora el pez había vuelto a su propio elemento: el mar. Y ya no podía perder el tiempo con ella. La joven sabía que esos cálculos trazados sobre la arena eran los rivales de su afecto. Y olvidó que significaban seguramente la salvación para toda la colonia. Las mujeres, a menudo, dejan de usar el cerebro.

Tosió. Whitley levantó la vista distraídamente.

—¿Sí, Leo?

—Todo está a punto dentro del barco —le indicó ella—. Pero hemos hallado algunas “cosas” más todavía. No sé si son animalitos o pestes...

—Son pestes. Probablemente como las ratas. —Estudió el dibujo en la arena—. Esta magnífica ballesta en la proa destrozará el corte de mi foque. Pero no quiero desmontarla. Puede

ser útil.

—¿No puedes pensar en nada más que en tu maldito barco? —estalló la joven de improviso.

Whitley volvió a levantar la vista con expresión de sorpresa.

—Pues... no.

—Estoy harta y asqueada de todo esto. Deberíamos explorar la isla, este planeta, averiguar algo de la fauna y flora. Estas provisiones de emergencia no durarán por siempre. Y aquí estás tú, como encajado entre la arena de esta playa, entregado por completo a tu juguete. Y si servía para la gente que construyó el barco... y al fin y al cabo, debieron saber qué hacían, también tiene que servirnos a nosotros.

—No. Cuando esté completamente reparado y dispuesto para hacerse a la mar, podremos recorrer el planeta. Pero por ahora, ¡ignoramos incluso cuándo llegará la noche! En realidad, hace ya treinta y seis horas que amaneció, y el barco debe estar listo antes de que anochezca.

—¿Y entonces?

—Entonces nos largaremos de aquí. No estamos muy lejos del ecuador; una de las brújulas de a bordo así lo señala. Espero hallar un clima más saludable en las regiones polares.

—Entonces, ¿por qué no nos hiciste aterrizar cerca del polo? —le preguntó ella, falta de lógica.

Giró sobre sus talones y se alejó apresuradamente. Por unos momentos, Whitley contempló a la joven, frunciendo el entrecejo. Después sonrió y volvió a concentrarse en sus diagramas.

Leonora estaba de muy mal humor. A medio camino de la cueva se le acercó la señora Emerson.

—Leo, ¿no piensa que ya es hora de que nos marchemos de aquí? —le preguntó la jefa de las azafatas—. Las provisiones no durarán para siempre.

—No me moleste con ese problema —replicó Leonora—. Vaya a hablar con Whitley... quiero decir, con Quinn. Él es nuestro gran jefe.

—Yo creí...

—Pues no crea nada. En este planeta sólo hay una persona que pueda creer, pensar y opinar.

Ya en la caverna, buscó algo en qué ocupar su mente. Pero todos los heridos y contusionados habían sido ya debidamente atendidos por el doctor. Además, las heridas parecían estar cicatrizándose sin complicaciones; por lo visto, los microorganismos locales no deseaban vivir en los tejidos humanos. Las dos azafatas que actuaban como enfermeras lo llevaban todo a pedir de boca. Pero Leonora las increpó, haciendo llorar a una y dejando a la otra al borde del asesinato. Incluso logró que la señora Kent guardara silencio.

Cuando salió otra vez fuera, la bruma se había aclarado. Al este, a unas diez millas, había un archipiélago negro. Antes ya lo habían divisado, pero no con tanta claridad. La joven regresó a la cueva, cogió un par de prismáticos y volvió a salir para estudiar la cadena de islas. Se le ocurrió que podría divisar más trecho de tierra y de mejor manera desde la colina que había detrás de la playa.

Whitley había ordenado que nadie vagase solo por los alrededores del campamento pero, tal

como se encontraba Leonora, los reglamentos de Whitley no podían significar gran cosa. Otra de los ordenanzas obligaba a todo el mundo a ir armado. Eso tenía sentido común, y Leonora volvió de nuevo a la cueva en busca de un rifle. Pero las armas habían sido trasladadas a un nuevo lugar, que ella ignoraba. Decidida a no preguntar nada a nadie, volvió a salir. Al fin y al cabo, la colina estaba formada de roca volcánica, sin vegetación, por lo que la joven confiaba en distinguir inmediatamente a cualquiera que surgiese de la espesura de abajo, dándole tiempo a escapar a cualquier peligro.

Desde la cueva hasta lo alto del acantilado había una breve escalada. Para trepar a la colina, en conjunto unos quinientos pies sobre el nivel del mar, tardó algo más. Con el calor y el bochorno reinantes, la ascensión resultó una operación más penosa.

Cuando se halló en la cumbre, miró en torno suyo. Entre la playa y el arrecife divisó el barco con los hombres y mujeres ajetreados a su alrededor, como hormigas en torno a un inmenso insecto. Al norte distinguió el poblado de los nativos, más allá de una marisma, con las siluetas de otros barcos en el puerto. Se preguntó por qué el omnisciente señor Whitley no instalaba un vigía permanente en la colina a fin de estar enterado del movimiento de los buques del enemigo. Olvidaba que la visibilidad solía ser tan escasa que un vigía perdería el tiempo, aparte de correr el albur de ser asesinado o capturado por los seres que podrían trepar hasta allí al amparo de la niebla.

Al sur, el volcán parecía extraordinariamente activo. Se sintió ligeramente atemorizada al contemplar el penacho de humo. Con los prismáticos pudo ver ocasionales estallidos de fuego y explosiones de lava que sobresalía del borde del cráter. De pronto divisó una explosión más fragorosa que envió gran cantidad de rocas por el aire.

Pero ella había subido a la colina para estudiar las alejadas islas. De un extremo del archipiélago a otro, lo recorrió por completo con los prismáticos. Le pareció distinguir humo, aunque podía tratarse de un velo de bruma sobre la tierra. Su atención se distrajo por un súbito movimiento a unas dos millas mar adentro. Tres enormes figuras irrumpieron a la superficie del agua, como catapultadas por la misma velocidad con que habían estado nadando sumergidas. Extendieron unas grandes y gráciles alas, empapadas de agua y con plácido vuelo se encaminaron al Nordeste.

La joven había visto ya peces voladores en los mares de su propio planeta, como los de la Tierra, pero ninguno de tales peces volaba en realidad, limitándose a dar saltos planeando sobre el agua. En cambio, éstos sí volaban.

Mientras seguía el vuelo con los prismáticos, descubrió una cantidad de negras formas navegando entre las islas. Pensó que se trataba de una escuadrilla de carabelas locales, y su primer pensamiento fue precipitarse colina abajo para advertir a los del campamento. Pero luego lo pensó mejor. La flota se hallaba todavía a varias millas de distancia, por lo que tenía tiempo suficiente para calcular el número de barcos y el armamento antes de que representasen un peligro. Además, era esencial que permaneciese allí hasta el último momento, ya que era posible que la niebla volviese a presentarse sin más aviso.

Conservó, pues, la atención en la armada mientras ésta, gracias a un viento del norte y a la corriente marina del sur, se iba acercando rápidamente. Entonces empezó a sentir ciertas dudas.

Había cierta suavidad e irregularidades en las siluetas de los cascos y las velas. Y cuando vio que el barco en cabeza levantaba, al extremo de un largo tentáculo, una forma con la figura de un pez, sacándolo del agua y se lo metía en su buche, se disiparon todas sus dudas. Pero era interesante. Se preguntó si aquellas bestias extrañas estarían a merced del viento y las mareas, o si podían navegar por su propio impulso, según expresión favorita de Whitley.

¡Maldito fuese Whitley! —pensó—. ¡Él y sus barcos!

De pronto, la escena quedó interrumpida. La joven restregó los lentes de los prismáticos con la tela de su blusa, hasta que comprendió que la niebla, sin previo aviso, había vuelto a espesarse. No oía ya las voces y martillazos procedentes de la playa. De pronto, estuvo sola en lo alto de la colina. Y a pesar del calor sintió un escalofrío.

Pero confiaba en encontrar el camino de descenso. Ya había estado anteriormente allí con Whitley. Claro que de estar él ahora aquí con ella, el joven hubiese tratado de guiarse por una brújula o por la dirección del viento, o por si el barómetro estaba más bajo en su mano izquierda que en la derecha o cualquier otra cosa igualmente absurda. Pero al menos le haría compañía. Whitley sabía reír de un modo particularmente alentador cuando la joven oía sordos rumores a su alrededor. Además, él no hubiera subido a la colina sin más armamento que un par de tijeras de cirugía que por casualidad llevaba en un bolsillo. Y habría sabido qué hacer cuando los silenciosos rumores hubiesen surgido de todos lados, por entre la niebla, mezclados al olor de carroña de los nativos. Y habría...

Leonora trató de gritar, pero una viscosa mano le apretó la boca. Trató de utilizar las tijeras, pero le retorcieron el brazo y el diminuto e inadecuado instrumento cayó al suelo. Medio a rastras, medio en brazos, la joven se vio hundida cada vez más en la niebla.

21

—¿DÓNDE está Leo? —preguntó Whitley, una vez trazado el plan de las velas a su entera satisfacción—. ¿Dónde está Leo, Doc?

—No lo sé —gruñó el cirujano—. No hace mucho ha estado por aquí, según me han informado, promoviendo un alboroto y haciéndose bastante impopular. Pero debió marcharse antes de que la niebla volviera a espesarse. Pensé que estaba contigo.

—Iré a preguntarles a los centinelas si la han visto.

—¡Hum...! Te veo muy preocupado —le dijo el doctor al joven, procurando animarle—. Pero Leo es demasiado lista para meterse en ninguna trampa. Bien, cuando la hayas encontrado, estoy seguro que volveréis a pelearos.

Whitley se hallaba ya interrogando a los centinelas. Los del norte y el sur de la playa se mostraron completamente seguros de que no la habían visto pasar. Lo mismo dijo el individuo que estaba frente a la playa y delante del acantilado. Pero sus protestas carecieron de convicción.

—¿No ha abandonado usted el puesto ni un solo instante? —inquirió Whitley—. ¡Miente, y los dos lo sabemos! Más tarde me ocuparé de usted. —Se volvió hacia Taberner y Morgan, que le acompañaban—. ¡Vamos!

Los tres hombres comenzaron a ascender por la colina. La niebla volvía a aclararse y la visibilidad era bastante buena. Treparon rápidamente, no tardando en llegar a la cumbre. No vieron lo que habían temido ver: el cuerpo de la joven atravesado por una lanza o con varios cuchillos clavados.

Fue Whitley quien encontró las tijeras, su brillo ya amortiguado por el aire saturado de humedad. Taberner contempló el instrumento y luego comenzó a dar vueltas como un sabueso.

—Ha habido una lucha, capitán —dijo—. Todavía es posible ver los arañazos en estas piedras.

Señaló algo que a los otros dos se les había escapado en la inspección. Era un fragmento de tela blanca, aunque sucia y verdosa debido a los miasmas fétidos de las manos de los indígenas.

—Zarparemos en el barco —exclamó Whitley—. Rodearemos la isla y atacaremos. Y si... si...

—No, capitán —objetó Taberner—. Sería demasiado claro. Nos están vigilando. Una partida de tres hombres armados de rifles pueden conseguir algo. Descubrirían un grupo mayor.

Las astronautas no son, por regla general, propicias al pánico. Leonora no era una excepción a la regla, pero encontró difícil pelear constantemente contra aquel odioso ser. Por tanto, sin dejar de debatirse, procuró conservar cierta calma y deliberación. Dejó de luchar cuando se convenció de que era preferible conservar las fuerzas. Además, sus esfuerzos eran inútiles contra los cuatro miembros de que constaba el grupo. Dos la sujetaron por los brazos, el tercero conservó su apestosa mano contra su boca, y el cuarto abrió el camino colina abajo.

Lo que le resultaba penoso a la muchacha era saber que su situación era desesperada. De haber sido humanos sus captores —aún los más miserables de toda la humanidad—, habría tenido la oportunidad de liberarse mediante el uso de armas mucho más poderosas que el diminuto par de tijeras que había caído al suelo, y que los cuchillos de los nativos. Pero con unos seres como aquellos, la antigua magia negra no serviría de nada, ni aunque ella hubiese poseído nociones de su lenguaje.

Pero... ¿eran unos seres tan raros? No del todo. En ellos había algo excesivamente familiar.

La joven rememoró sus prácticas en la academia terrestre de Woomera Space. Recordó sus cursos de Biología y los especímenes utilizados para las demostraciones, que debían de haber vivido completamente felices y descuidados hasta ser capturados.

Una mujer disecciona ranas, pensó. Esto no es noticia.

Volvió a debatirse con mayor desesperación. El nativo que iba en cabeza se volvió, croó algo y le dio un golpe en la cabeza.

El suelo iba cambiando. Las rocas iban cediendo paso a una textura más suave. La joven no podía mirar hacia abajo, ya que la mano que el nativo sostenía contra su boca la obligaba al mismo tiempo a no mirar más que al amarillento cielo, pero sí podía sentir el suelo a través de las suelas de sus sandalias. Parecían estar pisando sobre musgo.

A medida que avanzaban, la tierra se tornaba más húmeda. El fango comenzó a rozarle los tobillos. Oía los chapuzones de los pies de sus aprehensores al tocar y alzarse del empapado suelo. Y el fango caliente le subía hasta más arriba de los tobillos, casi a las rodillas. Pulgada a pulgada iba subiendo por sus piernas. El hedor a corrupción, a una vida podrida ya al nacer, llegó a ser devastador. De vez en cuando procuraba mirar hacia abajo, y en una ocasión no encontró ya resistencia. Vio entonces que la estaban haciendo atravesar una marisma, un inmenso pantano cubierto de lodo.

Tal vez los nativos conocían un paso secreto a través de los marjales, tal vez sus pies membranosos les procurasen un soporte del que un hombre carecería. Pero Leonora sabía que ninguna partida de rescate seguiría aquel camino... si es que había tal partida. No consideró la posibilidad de un rescate por mar. Para ella, el barco de Whitley no era todavía más que un juguete en manos de un antiguo marino.

Con un ritmo lento y vibrátil, la superficie de la marisma parecía latir acompasadamente. De vez en cuando, grandes burbujas surgían a la superficie, estallando aparatosamente. Una llegó a mantenerse largo rato bajo el grupo, obligando a caer a los captores y la cautiva en la pestilente ciénaga. Y cuando estalló, el hedor pareció multiplicarse por un millar. Leonora se asfixió y tosió. Tan grande era el malestar que sentía, que ni siquiera podía pensar en librarse de sus captores. Además, de haber podido huir, con toda seguridad no habría tardado en hundirse por completo en las profundidades del marjal.

A medida que el viaje continuó, Leonora vio surgir de entre el lodo unos largos tentáculos ondulantes. Uno de los nativos cortó uno, excesivamente atrevido, con su cuchillo, y el resto se retiró apresuradamente. Poco después, la joven vio erguirse del barro otra forma pequeña, negra y deforme. Luchó, pareció chillar y volvió a retirarse. Sólo unas cuantas burbujas marcaron el lugar donde se había hundido.

En aquel momento, el paso de los nativos fue convirtiéndose en un lento arrastre, y los pies de la joven volvieron a notar algo parecido a la solidez. Miró al frente y vio un muro en el que se abría una puerta.

Sus captores la hicieron atravesar la muralla de la población con tanta premura que la joven no pudo calcular sus dimensiones ni su naturaleza. Sólo divisó algunas chozas de barro y hojarasca, y también otras construidas con restos de edificios de piedra que ahora eran ya sólo unas covachas miserables. Vio a seres grotescos, oyó el concierto de sus estridentes voces, y agachó involuntariamente la cabeza cuando la apedrearon con inmundicias y cascotes. Se sintió agradecida a sus captores cuando éstos despejaron la multitud con sus cuchillos.

Entonces se vio arrastrada al muelle. Había un dique de piedra arcillosa, al que se hallaban amarrados los barcos. Para Whitley, la belleza de los mástiles y las velas habría significado mucho. Habría podido calcular el tonelaje y la capacidad de carga. Lo que ella vio —¿cómo hubiera podido ser de otra forma?— fue la astronave, situada en otro muelle contiguo. Era como una enorme boya, con la parte de popa sumergida, y la cabina de control sobre la superficie del agua. No había duda de su origen terrestre. A pesar de las verdes algas que la recubrían por entero, aún eran visibles la estrella dorada y el cohete insignia del Servicio de Vigilancia.

La joven trató de asentar sus pies en el suelo, de contemplar la nave del espacio, tan incongruente entre los barcos de superficie. Pero sus captores hundieron sus garras en los brazos de ella y la arrastraron a lo largo del muelle.

Vio algo más, antes de tener que descender un tramo de escalones de piedra. Una balsa, con un muro en la parte que daba al mar. La muralla era de dos períodos. Había una parte de muro de hierro forjado. Las grietas existentes en el entrelazado del metal estaban cubiertas por listones.

En la balsa nadaban un enjambre de seres extraños. Unos sólo tenían cabeza y cola, otros mostraban unas patas en embrión. Algunos, con las colas erguidas, estaban al borde del agua, mirándolo todo con curiosos y hostiles ojos. Con una nota de interrogación, graznaron a los acompañantes de la muchacha. Bruscamente, éstos contestaron. Y entonces, la joven se vio empujada por los peldaños abajo.

22

POCO después hubo un poco de luz. Procedía de un origen desconocido y su resplandor era verde. Bajo aquella iluminación, sus captores parecían más ranas todavía. Su apariencia, combinada con la calidad acuosa de la luz, engendró la ilusión de verse arrastrada hacia abajo, muy abajo, muchas brazas bajo la superficie del mar. Comenzó a lamentar que no fuese más que una ilusión. Añoraba el agua, el agua limpia y cristalina con que lavar su cuerpo y su cara, sus vestidos, su cabello, el hedor de la marisma. Como embajadora de humanidad, aun sin querer, se sintió consciente de que su aspecto dejaba mucho que desear.

Por fin llegaron a una amplia cámara. A lo largo de uno de sus muros se abrían ventanas rectangulares. Por ellas penetraba la luminosidad difusa del mar. Extraños seres nadaban en el exterior, presionando su raras y feas cabezas contra los cristales, queriendo ver dentro de la sala. Pero los que se hallaban en ésta los ignoraron.

El suelo estaba húmedo, y por el mismo corrían hilillos de agua procedentes de las paredes de piedra. Todo estaba recubierto por las verdes, viscosas algas, que colgaban como festones de las paredes y el techo. Llenaba el ambiente una peste a corrupción y podredumbre.

Apoyadas contra los muros había máquinas cuyo uso escapó a la comprensión de la joven. Parecían ser esencialmente sencillas, como grandes tambores, con el lado hacia el interior de la habitación cubierto por un parche tenso. Junto a cada una había dos batracios, uno con un palillo y el otro con un cuaderno y una pluma. De uno de los tambores emanaba un ritmo quebrado. Por fin, el ritmo cesó con una floritura. El nativo del palillo trazó una respuesta sobre el diafragma ante él, mientras el otro escribía rápidamente en el cuaderno.

Luego dejó el mismo sobre la mesita de piedra en la que Leonora no había reparado hasta entonces. El nativo sentado en el suelo delante de la mesa, cogió el cuaderno que le entregaba la mano membranosa del escribiente y lo sostuvo brevemente ante sus ojos. Les graznó algo rápidamente a los compañeros suyos acomodados a ambos lados de la mesa, y algunos le contestaron guturalmente. Luego ladró una orden a un mensajero que, tras inclinarse servilmente, se retiró. El nativo provisto del palo golpeó con fuerza su instrumento *y* entonces se produjo un ominoso silencio.

Leonora, con aprensión, estudió el grupo colocado en torno a la mesa. Quería mantener esperanzas. No la habían asesinado todavía, por lo que quizás pudiese llegar a establecer cierta comunicación con aquellos seres, convencerles de que los colonizadores no albergaban perversas intenciones.

Los nativos en torno a la mesa no eran, en aspecto, distintos de los otros, aunque sin duda serían los regentes de aquel mundo acuático. La autoridad les revestía como una toga. Era en efecto su única prenda, aparte de las brillantes gemas e intrincadas joyas de oro labrado, que debían ser señales de sus títulos y rangos. Estas joyas eran el mejor indicio de que tales seres no debían haber surgido de los marjales recientemente, sino que eran los representantes de una

antigua cultura. Recordó las ruinas que había entrevisto, en contraste con las miserables chozas de barro. Y una vez más, consciente de las frías y hostiles miradas a que se veía sujeta, se inquietó por su propio aspecto sucio y desaseado.

Fue entonces cuando emitió un respingo. No se había fijado en un par de mangueras que surgían de las paredes, y de repente los chorros de agua fueron dirigidos sobre su persona, golpeando su cuerpo y su rostro con inusitada violencia. La joven chilló en fútil protesta. El agua la empapó de la cabeza a los pies, no dejando ni una pulgada de su cuerpo sin lavar.

Leonora acabó por sonreír tristemente; había querido un baño y lo estaba recibiendo. Claro que habría preferido obtenerlo en la intimidad, pero se sintió agradecida a sus captores. Volvió a chillar, más de miedo que de asombro, cuando las verdes garras le arrancaron las ropas. No pudo luchar, ya que estaba firmemente sujeta por las muñecas y los tobillos. Exhausta, se quedó sin las ropas, devolviéndoles a los extraños seres, con toda dignidad, sus frías y aviesas miradas.

Uno de ellos se levantó y se le acercó lentamente. La joven se asustó casi hasta enloquecer. Entendía, intelectualmente, que no podía atraer sexualmente a aquel monstruo, pero el temor persistió. Supo que gritaría cuando él la tocase... y sin embargo, cuando lo hizo continuó callada. Un despliegue de miedo por su parte habría complacido sobremanera a sus antagonistas.

Los agudos, exploradores dedos recorrieron su piel... ligeramente al principio, luego produciéndole cierto daño. Probaron las articulaciones de sus brazos y piernas, le alborotaron el cabello, y curiosamente se detuvieron en sus senos. Luego, con rudeza, se vio obligada a dar media vuelta, con lo que estuvo a punto de caer. Se estremeció al sentir aquellos dedos en su espalda, arriba y abajo, en sus caderas, detrás de las rodillas. Casi se sintió aliviada cuando volvieron a darle la vuelta para enfrentarla con sus inquisidores. Al menos así podía ver qué hacían.

Discutían entre ellos. La estaban señalando, graznando agudamente. El biólogo, o xenólogo, intentaba mantener su opinión, arguyendo con los demás. Sus manos volvieron a posarse sobre ella, obviamente sin intenciones sexuales, aunque sí humillándola profundamente.

Al fin parecieron haber llegado a una decisión. Los seres en torno a la mesa se pusieron de pie, moviéndose con grotesca unanimidad hacia la puerta. El que la había examinado iba al final. Leonora fue arrastrada tras ellos, tambaleándose y tropezando, aunque las fuertes manos de sus captores le impedían caer.

La llevaron a lo largo de un túnel hacia un corto tramo de peldaños. Tuvo que penetrar en otra gran cámara, una estancia sombría en cuyos muros se veían figuras inmóviles, indistintas al principio por la falta de luz. La empujaron hacia uno de los grupos de tales figuras. Había un hombre... un hombre con un traje espacial —¿o una armadura antigua?—, y allí, a su lado, había un esqueleto. Pero el esqueleto no era humano. Los brazos eran distintos, y las piernas tenían una articulación adicional.

Luego fue arrastrada hacia la tercera figura, un hombre desnudo. Gritó... y después comprendió que no estaba vivo, que era una figura de taxidermia o un monigote. Pero la forma de la cabeza era distinta, con una especie de cresta en vez de cabellos; y aunque el torso era casi humano, los brazos y las piernas, muy alargados y con multitud de articulaciones, le daban un raro aspecto de artrópodo.

El xenólogo estaba graznando de nuevo, tal vez demostrando que la joven no era, no podía ser un miembro de esta raza. ¿Sería la raza que había destruido las ciudades, arrasando una civilización, dejando sólo semillas de odio hacia todos cuantos vinieran más tarde al planeta?

De nuevo se vio arrastrada sobre el viscoso suelo. A pesar de su terror, se sintió profundamente aturdida cuando se vio delante de la efigie del comandante del Servicio de Vigilancia, con sus pantalones y camisa blancos, el casco, con su estrella y la insignia del cohete, colocada en el ángulo conveniente. El esqueleto humano montado a su lado fue objeto de ignorancia por parte de la joven, aunque no pudo dejar de ver la contrafigura de un hombre desnudo, un terrestre, a su lado. Entonces volvió a sentir las manos sobre su cuerpo, demostrando las obvias diferencias entre la mujer y los otros... especímenes.

Y sin embargo, a pesar de su miedo, a pesar del dolor y la humillación, comenzó a experimentar cierto sentido del humor. Aquellos seres nada sabían, por lo visto, de las características sexuales de los mamíferos. Posiblemente se reproducían asexualmente. Presumirían quo ella era un miembro de una tercera especie, y pensarían que habían tenido la desdicha de nacer en un planeta que se encontraba en la encrucijada de todas las razas del Universo.

Pero los primeros visitantes habían traído consigo el fuego y la destrucción, y los segundos —y el reglamento del Servicio de Vigilancia era preguntar antes y disparar después sólo de ser absolutamente necesario— también habían sido asesinados. Los terceros visitantes, que no habían dudado en defenderse, no podían esperar mejor trato.

Leonora fue arrastrada fuera del museo.

Pero pensaba que tal vez conseguiría convencer a aquellos extraños seres, y esta idea era mucho mejor que el pensamiento de lo que podía sucederle a ella.

23

SE estremeció y se giró angustiado en el diván. El dolor seguía situado entre sus hombros, aunque ahora era ya poco más que pura irritación. Estaba bañado en sudor. Añoraba el aire fresco y vivificador de la Tierra, se sentía enfermo por la atmósfera húmeda de aquel planeta.

Abrió los ojos, contempló sin comprensión la perspectiva, las líneas ondulantes, la sutil alteración de los colores de la estancia. Cogió el paquete de cigarrillos que se bollaba en la mesita, al lado del diván, sacó uno y se lo puso en la boca. Aunque chupó con fuerza, no se encendió. Y sin embargo el papel estaba completamente seco. Corrió la caja de cerillas, rascó una, miró la llama y antes de que se le chamuscasen los dedos, encendió el cigarrillo. Inhaló profundamente.

Fuera, en el jardín, el médico parecía haber atascado la segadora. El motor fallaba, se paraba, volvía a ponerse en marcha con un ritmo irregular. El enojoso sonido acabó por enervarle.

¡Qué sueño. Dios mío, qué sueño!, pensó. Y lo peor es sentir dos sueños en uno. Soñar como mujer, lo mismo que como hombre... En mí hay algo de ella, y algo mío en su persona. Pero no es real. No es más que una mujer de un sueño... y las mujeres de los sueños suelen ser mucho mejores que las de la vida real.

Giró la cabeza, mirando hacia la butaca. Pero no era ya una butaca sino una jaula, y en ella, desdichadamente metida, desnuda, con la dorada piel llena de arañazos, estaba... Leonora.

Ella le miró sin decir nada, pero la súplica hablaba en sus ojos.

Fuera, en el jardín, el doctor se hallaba atascado con su segadora. El motor fallaba, se paraba, volvía a ponerse en marcha con un ritmo irregular.

24

PROCEDENTE del norte, Whitley escuchó el batir rítmico, regular, de los tambores. Dejando de escucharlos, prestó atención a lo que Paine, el segundo maquinista, le estaba diciendo.

Paine era un buen hombre. Tranquilo, poco hablador, pero muy trabajador. Prefería trabajar a su propio modo, pero en ausencia de Whitley era el único que podía quedar a cargo del campamento.

—No puedo hacer promesas, pero lo intentaré.

—Sé que lo intentará —respondió Whitley, contemplando el rostro enérgico, jovial del maquinista—. Sé que lo intentará. Pero hay que lograrlo. Hay que cazar a esos bichos con el velero. Y llevar a cabo la otra misión. Al regreso, tal vez tengamos que efectuar una rápida retirada.

—Haré cuanto pueda —repitió Paine.

Taberner y Morgan estaban cerca, esperando. Todos iban armados, lo mismo que Whitley, con un cuchillo local y un rifle. Cada uno sujetaba un tablero. Estos habían sido hallados entre los utensilios de la nave capturada. Tal vez habían servido para poder reparar el casco en un momento dado. Pero su propósito primitivo no importaba, con tal que ahora sirviesen para poder cruzar la landa.

Whitley cogió maderos; llevaba dos, el segundo para el viaje de vuelta.

—Vamos —dijo.

Le hizo una seña a Taberner, el cazador y rastreador, el cual tomó la delantera, siguiéndole los otros dos por el acantilado hacia la base de la colina.

El cazador fue siguiendo el rastro de los nativos con relativa facilidad por el borde del marjal. Pero poco después el rastro quedó difuminado. El lodo no conservaba las huellas.

Los tres hombres contemplaron la amplia marisma, viendo al otro lado una hilera de árboles, muy parecidos a los helechos gigantes de los trópicos de la Tierra, que señalaban un suelo bastante sólido. El trecho era largo. Pero había que atravesarlo.

Whitley avanzó delante. Chapoteó hasta que sintió que se hundía. Entonces se colocó tendido sobre los dos tableros, que había entroncado previamente. Soportaron su peso. A modo experimental, temiendo perder su precario equilibrio, movió los pies. Penosamente, consiguió avanzar. Su cara casi rozaba la superficie del lodo y el hedor le resultó nauseabundo. Quiso vomitar, y los esfuerzos le hicieron avanzar con más rapidez, lo cual casi le hizo olvidar su malestar físico.

De forma rara, el cruce del marjal casi se convirtió en una monotonía. Para hacer adelantar los tableros eran necesarios muchos movimientos de los pies. Y el peligro, cuando llegó, casi fue recibido con alborozo. De vez en cuando surgían los temibles tentáculos, si bien sólo una vez constituyeron una amenaza. Uno de ellos surgió inopinadamente y asió un tobillo de Morgan. Taberner puso al punto su cuchillo en acción. Y entonces se presentó algo que en la Tierra hubiera

podido pasar por un cocodrilo, salvo que en vez de patas tenía aletas, que se deslizaba sobre la superficie de la tierra. Los siguió hasta el final de la marisma, silbando plañideramente, aunque sin intentar atacarlos.

Había un centinela entre los helechos. Como Whitley, antes de haber esbozado su plan de campaña, también el centinela había decidido que la landa era infranqueable para los terrestres. Cuando le vieron estaba sentado bajo unas matas, sosteniendo unos frutos de color púrpura, de los que emanaba un hedor pútrido aunque dulzón. A su alrededor había unos animalitos diminutos que revoloteaban, del mismo tamaño que las abejas de la Tierra. La atención del nativo estaba concentrada en los insectos. A intervalos abría la boca y su lengua aparecía y desaparecía con suma rapidez. A cada lengüetazo disminuía la cantidad de insectos, si bien la provisión parecía inagotable. Los terrestres le dejaron a sus espaldas con el cráneo hundido, en medio de un tumulto de gusanos aparecidos del suelo como por arte de magia.

La portalada de la muralla que había atravesado Leonora estaba abierta. El centinela estaba más alerta que el anterior, con el arco a punto. De haberle atacado a lo lejos, con armas de fuego, se habría producido una alarma general.

—Déjelo para mí, capitán —le rogó Taberner.

Bajo los árboles había una espesa capa de detritus vegetales. El cazador se envolvió en ellos, adheriendo a la capa el lodo del terreno. Taberner, que se había apoderado del arco y las flechas del primer centinela, puso una saeta en el arco. Luego, aprovechándose de todos los posibles escondites, fue acercandóse cada vez más al nativo, hasta que la distancia fue tan escasa que era imposible fallar el disparo, incluso con un arma poco conocida. El guardián cayó al suelo.

Entonces, cautelosamente al principio, pero con creciente osadía después, atravesaron la muralla y penetraron en la población, con los rifles preparados. Taberner se había quedado atrás y tuvo que correr para alcanzarles.

—¡No podrán volver a cerrar el portal por un rato! —exclamó el cazador.

Whitley no contestó, pero se felicitó interiormente por tener consigo a un hombre de su experiencia y tan eficiente.

De no haber sido por el centinela de la puerta y las horribles chozas llenas de mugre y suciedad, habrían podido pensar que se hallaban en una ciudad fantasma. El cielo amarillento brillaba sobre unas calles desiertas, lo mismo que las plazoletas. Pero al penetrar más adentro, abriéndose paso por entre los cascotes y la inmundicia, oyeron el sonido de las voces de unos batracios. Era como un coro lejano de ranas... unas voces extrañamente familiares en aquel ambiente extraño. Familiares, pensó Whitley, pero amenazadoras.

Obsesionado por una sensación de urgencia, avanzó con el rifle a punto. Olvidó toda precaución. Sospechó que iba a encontrar a Leonora en el lugar del que procedía el rítmico y poco melodioso cántico de las ranas, aumentado por el batir de los tambores.

Corrieron por la última calle de chozas e irrumpieron en una amplia plaza donde se erigían, frente a un espacio libre, las ruinas de un antiguo edificio. En el centro había una pileta de ladrillos, restos de lo que habría sido una fuente y tal vez una estatua. En torno a la pileta se agrupaban los nativos, en gran cantidad, envenenando el ambiente con sus odiosos graznidos. Sobre la pileta había montada una máquina parecida a un cadalso, con dos postes y un travesaño.

De éste colgaba el cuerpo de la joven, suspendido por las muñecas, sus pies sin tocar ya el suelo. Tenía el torso y la cara completamente sucias, y se estremecía bajo el impacto de cada una de las bolas de lodo que le arrojaban sus verdugos. Abriéndose paso por entre la frenética multitud, venían los portadores de las azagayas, ástiles que terminaban en agudísimas hojas, y que sostenían victoriosamente. No había la menor duda respecto a sus intenciones.

No es posible decir cuál de los tres amigos abrió el fuego. Fueron unánimes en la elección del blanco; quienes primero cayeron fueron los que blandían las lanzas, doce de los cuales rodaron en confuso montón ante el impacto de las trazadoras. Entonces tronaron los rifles, y la muchedumbre comenzó a caer destrozada como la hierba bajo la guadaña. A través de la masa de muertos, sin prestar atención a los cuchillos que todavía blandían contra él los agonizantes, saltó Whitley. Corrió hacia el cadalso. Vio que Leonora tenía los ojos abiertos y que le estaba mirando. Vio cómo se movía su boca, pero no pudo oír lo que decía porque el ruido de los tambores y los gritos de los nativos ahogaron su voz.

Sus brazos llegaron junto al poste más cercano. Éste se hallaba hundido en el lodo, pero no con firmeza. De un fuerte manotón lo arrancó de su base, y Leonora estuvo en sus brazos. La sujetó con el brazo izquierdo, en tanto con el cuchillo en la derecha le cortaba las cuerdas de los tobillos y muñecas. Trastabilló al recibir todo el peso de la joven, pero consiguió mantenerse de pie.

La muchacha balbució algo, sollozando, pero Whitley no le prestó atención. Leonora le abrazó desesperadamente. Y entonces, él se dio cuenta de que también lloraba. Procuró dominarse.

—¿Puedes andar? —preguntó.

—No... no lo sé...

Whitley se la cargó a la espalda y se abrió paso por entre los cascotes. Apenas oyó la voz de Taberner:

—¡De prisa, capitán, no hay tiempo que perder!

Como para subrayar el grito del cazador, una saeta silbó sobre su cabeza, seguida de otra. En respuesta se oyó una ráfaga automática.

Y entonces se produjo la retirada hacia el marjal. Los rifles contestaban a las flechas, las cuales pasaban fieramente en trayectoria opuesta a la de los proyectiles. Whitley avanzaba frenéticamente, incapaz de tomar parte en la lucha, impedido por la joven, y después de haber perdido el rifle en la plaza. A veces la muchacha gemía y protestaba, suplicando que la bajase al suelo. Pero él ignoró sus súplicas. Era inútil. Se sentía muy fuerte. Hubiera podido llevarla cargada a través de toda la galaxia.

Se sintió resentido con Taberner cuando éste dio el alto, pero al final consintió en dejar en tierra a la joven. Ella se aferró a él por un instante, pero fue capaz de sostenerse.

Whitley vio entonces lo ocurrido. Un grupo había llegado a la muralla antes que los fugitivos. Pero los goznes de la portalada, hechos de pellejos de animales, habían sido arrancados por Taberner al penetrar en la ciudad. Los nativos estaban luchando por hacer funcionar de nuevo la puerta, pero antes de que lograsen su intento fueron segados por las armas automáticas.

Después de haber cruzado el portal, avanzaron con más rapidez. Leonora no quiso volver a ser llevada por Whitley, aunque se tambaleaba mientras corría a su lado. Morgan corría al otro lado de la joven. De pronto, Whitley se detuvo.

—¿Dónde está Taberner? —preguntó.

Vio al cazador corriendo para alcanzarles. Cuando llegó a su lado, jadeaba.

—He logrado que la portalada sea un lugar poco saludable para esos mamarrachos. Tardarán bastante en asomar por ella las narices... suponiendo que las tengan —añadió—. Es lástima que sus pellejos no tengan ningún valor en el mercado.

—¿Qué sucede? —gritó Whitley, amedrentado.

25

UN temblor de tierra les hizo caer al suelo. Se repitió, aún con más violencia. Desde la amurallada ciudad portuaria, a sus espaldas, se elevó un clamor de gritos guturales y por encima de los mismos, el sonoro batir de los tambores.

Whitley miró hacia el sur. El volcán, que de noche había servido como un cono de luz, y por el día había sido una columna de humo denso, había despertado a una furiosa actividad. De su cráter estaban surgiendo grandes masas líquidas y a pesar de la reseca brisa del norte, podía oírse claramente un ominoso rumor.

—Es hora de que regresemos —dijo el joven.

Los cuatro maderos se hallaban donde los habían dejado. Poco era lo que quedaba del cuerpo del primer centinela, apenas unos huesos esparcidos. Whitley no les dirigió una sola ojeada. Desunió los dos tableros y le entregó uno a Leonora con instrucciones para su uso.

Las maderas fueron lanzadas, una a una, sobre la superficie de la marisma. El barro estaba caliente, y las burbujas se levantaban con más frecuencia. Y mezclado con el olor de la descomposición, había ahora el hedor del dióxido de azufre.

A pesar de la amenaza de la montaña incandescente y de los temblores de tierra, los nativos no abandonaron fácilmente su persecución. Los fugitivos pudieron darse cuenta de ello cuando se hallaban a un tercio del trecho pantanoso. Habían avanzado lenta pero constantemente, sus sentidos embotados por el horrible e insoportable calor, cuando una lluvia de dardos silbó junto a ellos. Ninguno les acertó, sin embargo.

Pero las siguientes descargas resultaron más acertadas. Y comenzaron a llover sobre los fugitivos desde todas partes. Era obvio que la persecución estaba progresando rápidamente. De haberse atrevido los nativos a acercarse a los terrestres, habrían podido terminar el asunto en poco tiempo, pero por lo visto sentían un profundo respeto hacia las armas de fuego de la Tierra.

Cuando una saeta se hundió en el madero de Taberner, a una pulgada escasa de su rostro, aquél lanzó un juramento.

—¡Malditos sean esos tipejos!

—Tenemos que detenernos y combatir —propuso Whitley—. Morgan, dame tu rifle y llévate a la señorita Starr.

El cadete protestó:

—Pero, señor, si alguien sale de esta trampa tiene que ser usted. Está el barco y...

—Con toda seguridad, siempre habrá algún idiota que sepa algo de navegación. Vete al campamento con la señorita Starr tan pronto como puedas y pide auxilio. ¡De prisa!

Alzó levemente la cabeza del madero y vio que sus órdenes habían sido obedecidas. Luego él y el cazador colocaron sus cuerpos más cómodamente sobre las maderas. Taberner sacó un pedazo de trapo del cinto, y con él los dos hombres procedieron a limpiar de lodo los rifles.

Los batracios les tenían casi rodeados. Los dos cuernos de la media luna se iban acercando.

Apresuradamente, Whitley lanzó una granizada contra el bando de la izquierda; Taberner se enfrentó a los de la derecha. Leonora y Morgan no corrían peligro inmediato. El cuerpo principal, la retaguardia, hizo alto, agitándose fatigadamente, balanceándose sobre los dos pies. El espectáculo era casi cómico.

—No quedan muchas municiones —gruñó Taberner.

—Es cierto. Envíeles otra andanada para mantenerles felices y continuemos la marcha.

Ambos dispararon y volvieron a sus posturas en las tablas. El descanso, si así podía llamarse, les había refrescado. Con los pies en función de motores, se apresuraron tras el cadete y la joven, los cuales no parecían haber realizado grandes progresos. Más saetas se clavaron en el lodo, pero, como antes, no alcanzaron su objetivo.

El borde de la ciénaga, con sus altos helechos, les pareció más próximo y apetecible. Parecía que el terreno sólido se hallase casi al alcance de la mano, y que Leonora y Morgan estuviesen en el borde ya del marjal, y que Whitley y Taberner iban a poder salir del mismo de un momento a otro, cuando de repente pareció estallar violentamente. Unas manos membranosas se elevaron por entre las grietas, asiéndose a las tablas, a los cuerpos y a las ropas de los seres humanos que iban encima de las mismas. Whitley había pensado que los nativos eran unas ranas... y esto habían demostrado ser, en el sentido de las ranas de la Tierra en el siglo veinte.

Los cuchillos relampagueaban a cada lado, llenos de lodo y maldad. Taberner miró estúpidamente un brazo derecho que terminaba bruscamente en una muñeca escarlata. Gracias a un milagro contorsionista, llevó su mano izquierda al rifle que tenía a su espalda, lo asió por el cañón y lo aplastó sobre el cráneo del ser que estaba a su lado, entre el lodo.

Whitley y Morgan lucharon desesperadamente, tratando de proteger a la joven situada entre ambos, pero el ataque procedía de abajo y de los lados. Entonces Leonora asió el rifle del marino y empuñándolo como una amazona, chilló y peleó como una gata salvaje. Ya no necesitaba ser protegida, pues estaba más enardecida por el combate que los hombres.

El barro líquido y viscoso parecía estar vivo, cada vez con mayor cantidad de ranas. Unas ranas gigantescas, cubiertas de barro. Tal vez debido al olor de la sangre, tal vez a la fantástica lucha, no tardaron en aparecer los largos y delgados tentáculos. Ciega, inexorablemente, se arrastraron entre los combatientes, y una vez sus fríos ganchos sujetaban un cuchillo lo hundían en un cuerpo viscoso, y por cada tentáculo que desaparecía surgían veinte más.

Taberner había desaparecido sin que nadie reparase en ello, pero la lucha continuó. De haberse desarrollado en el agua, los nativos habrían llevado la ventaja, pero el espeso barro obstaculizaba sus movimientos, retardaba sus reacciones, y las manos humanas provistas de cuchillos actuaban sin cesar. La sorpresa del ataque ya había pasado y aunque los tentáculos también se movían afanosamente, parecían sentir predilección por los batracios.

Los humanos continuaron apuñalando y combatiendo denodadamente, hasta el término de la lucha, cuando sus golpes se abatieron ya sólo sobre cadáveres o sobre tentáculos cortados limpiamente, retorciéndose espasmódica y débilmente sobre la burbujeante superficie del terreno.

El terreno. No hervía, pero el lecho de la ciénaga debía estar casi al punto de ebullición. Los humanos, de repente, sintieron el calor como un azote físico. No era tan fuerte que ellos, como seres de sangre caliente, no pudieran resistirlo unos momentos... pero sí era suficiente para haber

exterminado a sus enemigos, animales de sangre fría. Y también suficiente para hacerles abandonar imperiosamente aquellos parajes.

El progreso fue menos fácil que la primera vez. Los muertos se hallaban esparcidos sobre el marjal, entre un amasijo de miembros y tentáculos entrelazados y retorcidos. Y estaba ya proyectándose una densa niebla sobre el barro, niebla que quemaba los pulmones al respirarla, por lo que los dos hombres y la joven parecían a punto de asfixiarse al arrastrarse sobre los maderos.

Leonora, que iba en cabeza, se dio cuenta, apenas sin comprenderlo, de que estaba avanzando a través de cizaña y hierbas. Se dejó caer de pronto de la plancha y se puso en pie. El suelo se elevó a su contacto, y la joven cayó. Volvió a levantarse con intrepidez y a través de la niebla vio a Morgan y Whitley, inmóviles en el barro, pateando mecánicamente y efectuando con las manos una serie de fútiles movimientos. Alargó los brazos y, uno después del otro, los ayudó a levantarse.

—¡Lo conseguimos! —exclamó una y otra vez—. ¡Lo conseguimos!

—Sí, lo conseguimos —repitió Whitley, con fatiga.

Se acordó de Taberner, en algún lugar debajo del barro hirviente. Y pensó que si alguien debió morir por Leonora, hubiera debido ser él mismo. Pero la muerte hubiera sido la evasión de sus responsabilidades. Quería descansar, recuperarse... pero no era este lugar ni momento para ello. En cualquier instante, la ciénaga podía volver a explotar con un torrente de lodo hirviente. Y había otras personas... y el barco.

Guió a la joven y a Morgan hacia la ladera, a veces maldiciéndoles y otras empujándoles. Cada paso era un penoso esfuerzo, y cada inhalación le costaba todo su valor para dominar el dolor producido en sus pulmones por los gases sulfurosos.

Y sin embargo, a pesar de su dolor, con parte de su mente logró divisar, observar, comprender que la isla se hallaba en proceso de desintegración. Al sur se veía la columna de humo y llamas que coronaba el volcán. Con frecuencia, las pesadas detonaciones rasgaban la atmósfera y hacían retemblar el suelo. Unos diminutos animalitos pasaban por su lado, como asustados, volando raudamente hacia el norte y la no existente seguridad.

Al fin llegaron al sendero que llevaba al borde del acantilado. Aunque no existía un reborde agudo sino un amontonamiento deforme de rocas y cascotes que descendía hacia la playa, Whitley se sintió asaltado por una cruenta ansiedad que le hizo apretar el paso, por más que le parecía haber llegado ya al límite de sus fuerzas. Él y sus compañeros iban sollozando al abrirse paso por entre los cantos rodados y las piedras de agudas aristas que les cortaban y desollaban los pies.

Al final de la bajada, Whitley resbaló y cayó. Era como si las fuerzas se le hubiesen agotado. Quedóse tendido boca abajo, sobre la arena, deseando sólo descansar, sin querer ver las manos que querían abrazarle, las voces que le hablaban con notas de urgencia. Oyó cómo alguien... ¿una mujer?, jadeaba:

—Ayúdame, ayúdame, Morgan. Es demasiado pesado.

Se sintió arrastrado hacia la playa, boca abajo, y oyó el murmullo del rompeolas, sintió el agua cálida sobre sí cuando una ola le pasó por encima de la cabeza. Tosió y escupió, pero fue como si el mar le hubiese procurado nuevas fuerzas, el mar que era su verdadero elemento. Abrió los ojos y vio a Leonora. La joven se estaba quitando toda la inmundicia de su cuerpo. Comprendió al cabo

de un instante que estaba desnuda. La vista de aquella desnudez no le alteró. Habría otros momentos, otros lugares para estar a su lado.

Alguien corría por la playa. Era Paine. El maquinista sólo le dirigió una ojeada a Leonora al pasar y chapoteó en el agua, en dirección a Whitley.

—¡Quinn! —le gritó—. ¡Tenemos que largarnos de aquí!

—¿Se halla todo el mundo a bordo?

—Todo el mundo, menos ustedes. ¿Dónde está Taberner?

—Ha muerto —replicó Whitley.

Vio cómo Leonora y Morgan se dirigían hacia el barco y les siguió. Leonora parecía no tener fuerzas suficientes para trepar por la breve escalerilla y gritó para que les lanzasen una cuerda. La ató en torno a la cintura de la joven y les recomendó a los de cubierta que tuvieran sumo cuidado con la carga. Luego hizo subir a Morgan y después a Paine. Finalmente, se despojó de su dignidad y pidió que volvieran a arrojarle la cuerda.

Luego, de pie sobre cubierta —su cubierta—, se sintió mejor. Le pareció que, por fin, todavía quedaban algunas cosas de interés.

Alguien le puso un vaso en la mano, ordenándole:

—Beba esto.

Obedeció automáticamente. Tosió y escupió, pero se le aclaró el cerebro; era como contemplar la disipación de la niebla desde cierta distancia para distinguir detrás un paisaje familiar. Abrió de nuevo los ojos y vio al doctor de pie a su lado, con un frasco en la mano.

—Un poco más —le exigió el médico—. Le advierto que esto lo pagará más tarde, pero le mantendrá bien durante unas horas.

—Gracias, Doc.

Estaba ya despejado, mirando a su alrededor y pendiente de todo.

—¡Que todas las mujeres vayan abajo! —ordenó—. Y todo este equipo. Aquí apenas queda sitio para nada. Seis que vayan al cabrestante. Bien, perfecto. Todos abajo... ¡No, no por aquí! ¡Por aquí!

El cable se atirantó y luego, con un balanceo más pronunciado que los anteriores, el barco se apartó del arrecife. Dejando a Paine a cargo de la operación, Whitley corrió al timón. Acarició la madera afectuosamente.

—¡Esta es tu botadura! —exclamó—. Y te pongo por nombre... *Leo*.

26

PERO Whitley no tenía ojos para Leonora que, vestida con pantalones cortos y blusa, había subido a cubierta y estaba a su lado. Estaba mirando hacia el norte y el sur, calculando las posibilidades de huida por ambos lados. Al norte, la ruta entre la playa y el arrecife estaba libre. Con fuerza motriz en la bodega, habría escogido aquel rumbo sin vacilación, pero no podía esperar ser empujado hacia allá con la debida rapidez por el viento y la corriente a la par. Además, quedaba poco espacio para virar y ponerse cara al viento en el limitado estrecho.

Al sur el camino no estaba despejado. Del volcán había surgido una gran cantidad de lava hirviente, un torrente que estaba vertiéndose en cataratas al mar. La embocadura del estrecho debía de estar cegada por la roca fundida.

Whitley volvió a mirar hacia el norte. Si no había otro remedio, podía hacer uso de los escobones y mover los músculos. Pero estaba seguro de que no serviría con una tripulación tan poco preparada para ello. Y en aquel momento, incluso esa ruta quedó bloqueada.

Con sorprendente rapidez, un manantial de roca y lodo líquidos se elevó hacia el cielo, y en el instante siguiente, la explosión llegó hasta el barco. Cuando el humo se disipó, el canal era una caldera hirviente.

Por fortuna, los trastornos sísmicos se habían extendido. Del mar, Whitley vio avanzar una ola enorme. De vez en cuando otra ola, mayor que las anteriores, pasaba por encima del arrecife con una suavidad que demostraba que las rocas debían estar bien sumergidas. Mientras el *Leo* se estremecía angustiosamente, jalando impaciente del tirante cable, Whitley contempló aquel fenómeno.

Frunció el ceño. Quedaba una posibilidad... una posibilidad que no debía dejar escapar.

Ladró órdenes. La tripulación, que había sido entrenada por él y Paine en lo que parecía antes una rutina sin sentido, se agrupó en torno al cabrestante. Otros fueron hacia las drizas.

—¡Amarrad las drizas! —tronó—. ¡Ahora, virad! ¡Abajo el cabo! ¡La vela a proa!

—¡Preparados para el ancla! —gritó Paine.

—¡Conservadla a mano! —les advirtió Whitley.

Había movido el timón a guisa de prueba. Al principio, el *Leo* no se movió. Pero ahora ya respondía al impulso, sólo bajo la influencia de la corriente, derivando por el estrecho. La vela se hinchó de golpe completamente y la pequeña nave avanzó hacia el arrecife. Whitley, desesperadamente, colocó el timón a babor, y vio cómo la estela del *Leo* sobresalía a estribor. Se estremeció y el botalón barrió la cubierta.

No era bastante. Whitley había esperado poder comprender al barco desde los primeros instantes. Pero ahora veía que se había equivocado. Más por suerte que por criterio lo tuvo bajo control.

La vela quedó ajustada satisfactoriamente. Pensó en izar el foque, pero luego supuso que esto sería complicar las cosas en aquellos momentos. Miró hacia el hirviente mar, al torrente de

reluciente lava que estaba demasiado cerca para ofrecer seguridad. Y entonces, con el corazón paralizado por el espanto, vio que la enorme ola que había estado acercándose, se había desvanecido con la misma rapidez con que se había presentado.

—¡No soltéis las drizas! —gritó—. ¡No soltéis el ancla!

La orden que arriaría la vela y enviaría de nuevo la pesada ancla al fondo, estuvo temblando en sus labios. La mescolanza temible del fuego y el agua se hallaba peligrosamente cerca. Whitley pudo sentir el calor y los acres humos de la erupción.

—¡Sol...! —comenzó a gritar.

—¡Esperad! —se le adelantó Leonora, asiéndole del brazo.

Estaba señalando hacia el mar. Sobre la niebla del horizonte acababa de aparecer una montaña de agua. Se dirigía rápidamente a tierra. Apartando la mirada de la hirviente caldera que tenía al frente, contempló aquella masa líquida.

—¡Vigilad la vela! —gritó—. ¡Vigilad la vela!

Con deliberación, colocó el timón a estribor. Ahora, se dijo.

—¡Vela! —gritó.

El cadete a cargo de la misma, tiró con firmeza. El *Leo* giró al verse cogido por el viento, para enfrentarse con el aterrador abismo del mar. El barco y la ola se encontraron sobre el arrecife. El navío pareció levantarse hacia el cielo, y todas sus maderas y herrajes se quejaron y gruñeron. Pero atravesó las rocas como por un tobogán, cayendo limpiamente al otro lado del arrecife, al mar abierto. Y cuando la enorme ola hubo pasado, y el vacío a sus espaldas reveló los negros dientes de las rocas en toda su fealdad, Whitley imaginó que se sentirían defraudados por haberse escapado su presa.

Pero no quedaba tiempo para fantasías poéticas. Tenía que decidir adónde irían y por qué. Al frente, aunque ahora no estuviese visible, se hallaba el archipiélago que, de vez en cuando, habían entrevisto cuando el tiempo estaba despejado. Era muy dudoso que los nativos, si los había, resultasen más hospitalarios que los habitantes de la isla. Pero habría oportunidad para un saqueo... y la piratería, al fin y al cabo, es un buen medio para vivir en un país desconocido y, más pronto o más tarde, toda su gente tendría que vivir de los productos del planeta.

Mientras meditaba, su mirada giraba en torno constante, casi subconscientemente. Consultaba la brújula, procurando que apuntase siempre al este. Contempló la vela, consideró los cambios y modificaciones que podían hacerse en la misma, y de nuevo volvió a escudriñar el horizonte.

De pronto se inmovilizó. Le entregó el timón a Paine, que se había reunido con él después de asegurar el ancla. Cogió unos prismáticos. Miró fijamente, atentamente, al norte.

27

—ESTÁN saliendo al mar —dijo al fin—. Era de esperar. Tres veleros... y un vapor. Conque usan el vapor... Y éste lleva algo a remolque...

—Debí decírtelo, pero no tuve tiempo —se lamentó Leonora.

—Bien, ya lo sé. Lo sé. Tuve este extraño sueño... pero ¿cuándo lo tuve?, y en el mismo vi a la nave del Servicio de Vigilancia en el puerto, flotando...

—Debí contártelo —se obstinó la muchacha.

—Bien, no es culpa tuya si lo has olvidado hasta ahora.

Contempló de nuevo con los prismáticos el pequeño convoy, que estaba siguiendo un rumbo paralelo. Y miró al vapor con más interés que a la nave espacial. Lo contempló con envidia. Con vapor y acero bajo sus pies se hubiera sentido el indiscutible dueño de los mares del planeta.

El viento se transformó en una fina lluvia, que pronto cesó. La visibilidad era buena ahora y pudo observarlo todo con detalle. En los mares de la Tierra, ese vapor se habría considerado anticuado, arcaico. Usaba palas para la propulsión, malgastando gran cantidad de energía en balde. Lucía una larga chimenea junto a las paletas, coronada por una columna de humo. Whitley no pudo adivinar cuál sería la fuente de poder, pero el humo negro y denso daba a entender que no se trataba de un combustible muy eficaz. Sin embargo, para el hombre de la época de los buques propulsados mecánicamente, era más bello que el más limpio, el más hermoso de los transatlánticos de la Tierra.

Dos objetos siniestros a popa y a proa —quizá cañones—, hacían aún más deseable el poseer aquella embarcación.

Whitley ordenó que izaran el foque. Ahora que tenía ya un objetivo, podía permitirse el lujo de remontar todas las velas. A continuación ordenó a la tripulación que estuviera preparada para pasar a la acción y volvió a popa. Confiaba en que cuando se levantara el viento podría navegar mucho más rápido que los nativos con su vela plana. El vapor, naturalmente, tenía libertad de acción. Pero se hallaba demorado por el remolque. De manera irrazonable, pensó que los nativos podían poseer ideas éticas humanas, presumiendo que el vapor serviría para proteger a los veleros, mucho peor armados. En esto tenía razón.

El *Leo* estaba mucho más limpio que los que antaño habían sido sus hermanos. Sus velas estaban mejor construidas, y desde la borda de barlovento le habían levantado una construcción hecha con escobones y tablas de madera: una borda de deriva. La ausencia de quilla le mantenía fijo siempre, al revés de los demás veleros.

De haber sido Whitley el comodoro de los barcos batracios, habría ordenado que las embarcaciones retrocediesen, para buscar refugio en la protección de los cañones de su vapor. Pero no intentaron tal cosa, ni siquiera reducir el velamen. Whitley contempló las pequeñas figuras de las tripulaciones batracias, inclinándose sobre toda clase de harapos y trapos, en un intento para incrementar la velocidad, para alejarse de los terrestres. Sin embargo, Whitley estaba

dispuesto a dejarles huir. Sólo quería la nave espacial o el vapor, y no deseaba desperdiciar munición en un fuego inútil. Los batracios no eran ni peligrosos ni deseables.

Comunicó sus instrucciones a los fusileros.

—Fuego a discreción. Apuntad al puente, aquella plataforma entre las cajas de las palas.

Miró hacia proa. Le hubiera gustado tener una insignia para izarla en lo alto del mástil. Era ilegal abrir fuego sin desplegar los colores nacionales. Pero esto había sido en otro mundo, hacía largo tiempo.

Antes de que los rifles disparasen, los tambores de los otros buques comenzaron a batir. Obviamente, estaban siendo pasadas órdenes desde el buque insignia a los otros veleros. Cuando uno disparó sus enormes arcos, las ballestas cayeron simultáneamente en la estela del *Leo*. Los arqueros batracios habían calculado mal la velocidad del barco de Whitley, pero este error no podía repetirse muchas veces. Whitley lanzó una orden a Paine, que seguía en el timón, y el barco viró un poco contra el viento. El cambio de rumbo y la diferencia de velocidad confundirían al enemigo, presumiendo que empleasen una técnica ortodoxa en el ataque. Corrigió sus órdenes a los fusileros.

—Primero, tirad contra los veleros. Barred sus cubiertas y dejad fuera de acción a esos condenados arcos.

Esto era fácil, demasiado fácil. Los proyectiles barrieron las cubiertas, haciendo caer las velas como guiñapos. A los pocos segundos, las tres naves enemigas estuvieron reducidas a unos cascos sin vida que se balanceaban en el mar.

Whitley los adelantó, dejó el timón y se aproximó a la amura. Temía que el barco no respondiese a las maniobras, pero gracias al diestro manejo del foque viró con facilidad. Lo hizo girar contra el viento hasta casi presentarle la popa, y se halló en un rumbo recíproco al del vapor y su remolque.

Vio con aprobación que Morgan, quien se había nombrado a sí mismo oficial artillero, estaba efectuando un acertado fuego de fusil a un lado de la rueda. Sobre cubierta comenzaron a correr varias figuras, tratando de llegar hasta el cañón de proa, pero fueron cayendo, una a una, todavía a varias yardas de su objetivo. Sin embargo, Whitley pudo divisar mediante los prismáticos lo que parecía una armadura en torno al puente del vapor. Contempló cómo las balas se aplastaban contra la platina que envolvía el gobernalle, pero sin señales de penetración.

—¡Probad contra el gran arco! —gritó—. ¡Y dejad los mejores disparos para la parte de babor!

Se hallaban ya casi a la par del vapor. Comprendió que el cañón posterior debía estar preparado, dispuesto en una orientación delantera.

—¡Listos! —gritó—. ¡Abajo el timón!

Al virar el barco hacia babor, esperó que su tripulación comprendiese que las horas de entrenamiento no habían sido en vano.

Antes de que las velas hubiesen tomado de nuevo el viento, hubo una sorda y peculiar detonación procedente del vapor. Era como cuando la explosión, debida a la excesiva presión, se dispara una válvula de seguridad, o cuando decide volar una marmita hirviendo de cristal.

Ahora veía ya el cañón. Estaba casi mirando su boca. Una nube de gas blanco —¿vapor?— se estaba disipando lentamente en el aire húmedo. En el agua, de ola a ola, un sólido proyectil iba

avanzando lentamente.

—Puede ser un cañón a vapor —comentó Whitley, para sí—. Pero funciona bien...

Morgan estaba apuntando cuidadosamente al cañón. Una figura se tambaleó detrás del de proa y cayó. Sin embargo, ambos cañones volvieron a disparar, aunque sin puntería. El *Leo* se hallaba ya fuera del radio de fuego del cañón posterior. Morgan había desperdiciado un par de cargas del gran arco, pero sin resultado alguno.

Tenemos que probar las paletas, pensó Whitley. Tenemos que probar las paletas.

Pero aunque la rueda estuviese dañada, la lucha quedaría en tablas. Whitley poseía rifles excelentes, pero no tenía una armadura para el barco. El enemigo, en cambio, estaba blindado y armado con unos cañones capaces de hundir al *Leo*.

Leonora le asió del brazo. Señalaba a proa.

—No sé qué ocurre, pero me parece que la costa de la isla está mucho más cerca que antes. ¿Estaremos derivando a proa?

—Podría ser. Sí, lo estamos.

Al comenzar el combate habían estado a seis millas de la costa, y ahora se hallaban a tres, a lo sumo. Quedaba muy poco de la isla. Una enorme nube de humo, coronando el volcán, les explicó la historia. El mar debía haber estado filtrándose por alguna grieta abierta en su lecho. No tardaría mucho en efectuarse un choque entre el agua y el fuego y entonces se produciría un verdadero cataclismo.

Una bala de cañón cayó delante de popa, mojando con la rociada a los tres que allí se hallaban.

—¡Preparados! —gritó Whitley. Y luego, cambiando de idea, dijo—: Cancelo esa orden. ¡Virad a estribor!

Paine se aprestó a ejecutar la orden.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Leonora.

—Quiero disparar el arco y colocar una ballesta en las paletas del vapor. Luego, abordar.

Calladamente, la joven volvió a señalar las nubes de humo, cuyo vertiginoso vértice era ya claramente visible.

—Lo sé —dijo él—, lo sé. Y podríamos dirigirnos al sur, pero el vapor podría desprenderse del remolque y correr a toda máquina hacia nosotros. Ambos somos demasiado obstinados. Y además, está la astronave...

Cuando el *Leo* giró al viento, enviando un fuego graneado al vapor, el costado de la rueda de éste no intentó evitar la granizada. Siguió moviendo las aspas rítmicamente, como si fuese una enorme abeja. Intermitentemente, los dos cañones ladraban, pero sus artilleros no supieron concentrar sus fuegos.

Whitley contemplaba a Morgan a proa, ocupado con el gran arco.

—¿A qué esperas? —le gritó.

—¡A que usted mantenga quieto el barco! —fue la respuesta.

El oleaje, pensó Whitley, debía dificultarle excesivamente la tarea de apuntar a una persona no adiestrada en artillería naval. Pero Morgan lo había conseguido ya antes. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el *Leo* estaba vibrando y retemblando con exceso. Miró hacia abajo y vio que las tablas de cubierta se estaban abriendo. El doctor asomó la cabeza por la escalerilla y gritó:

—¡Quinn! ¡El agua está filtrando por todas partes!

Podía ser un efecto de la erupción submarina. A modo de prueba, le ordenó a Paine que cambiase el rumbo. El temblor cesó. Un segundo después volvió a comenzar, ligeramente al principio, luego creciendo en intensidad. Entre los dos buques, y sólo entre ellos, la superficie del mar estaba llena de animales marinos muertos.

Un rayo sónico, pensó Whitley. Un rayo sónico o supersónico, un resonador submarino direccional, una especie de Adic mortal...

Si zigzagueaba, estropearía la puntería del operador invisible, pero también reduciría su propia velocidad. Y no había tiempo que perder. Tenía ya en sus oídos el rugido de la tempestad. Y uno a uno, los tres veleros abandonados habían sido ya absorbidos por el proceloso abismo, formando círculos concéntricos cada vez más reducidos antes de desvanecerse entre nubes de humo y espuma. Además, el *Leo* estaba haciendo agua rápidamente.

—Si vuelvo a sacar el barco de este rayo, ¿podrás disparar? —le preguntó a Morgan.

—¡Sí!

Por última vez, el *Leo* cambió de rumbo. De proa llegó entonces el sordo rumor del arco al ser disparado. El ástil voló recto en su trayectoria y se hundió con estruendo entre las aspas.

Lo que sucedió en ese momento es asunto de conjeturas. Tal vez el maquinista batracio levantó con exceso la cabeza, tal vez las calderas no tenían válvula de seguridad, o tal vez dichas válvulas no funcionaban correctamente. Pero el timón y las aspas quedaron reducidos a una masa de herrajes retorcidos que desafiaban los esfuerzos de cualquier mecánico a enderezarla ni una sola pulgada. La rueda de estribor comenzó a girar alocadamente, el vapor viró a babor y de haber seguido marchando, inevitablemente habría chocado con el *Leo*. Con la mitad de la maquinaria estropeada, aumentó la presión de las calderas. Fue entonces cuando se produjo la estruendosa explosión.

Fatigosa y perezosamente, la delgada chimenea saltó en pedazos. Una enorme columna de humo y hierros retorcidos ascendió en el aire. El casco se resquebrajó. El vapor se elevó por la parte de popa, suspendido durante lo que pareció un instante eterno, y luego se desvaneció. Entonces no hubo ya nada más que figuras nadando frenéticamente, en un vano esfuerzo por alejarse del peligro, del torbellino del mar y del buque de los terrestres.

28

CUANDO Whitley hubo conseguido situar el barco al lado de la astronave, aquel comenzó a hundirse con rapidez. Llevaba las cubiertas atestadas y el agua había inundado el sollado. No era fácil que la tripulación pudiese obedecer las órdenes pero, a pesar del tumulto, los marineros improvisados consiguieron arriar las velas y asir la cuerda que todavía colgaba de la nave espacial y que había servido para remolcarla.

La tullida nave del mar y la abandonada nave del espacio iban a comenzar el primer círculo en torno, cuando Morgan, que se había situado convenientemente, consiguió asir una de las abiertas portillas de la astronave, trabajando con calma con una mano, mientras con la otra se colgaba de la cuerda. Entró en el compartimiento y llamó a los de abajo que balanceasen la escalerilla hacia la cuerda. Una vez convenientemente asegurada, comenzó el traslado del personal.

Whitley se quedó en cubierta y vigiló el paso de los supervivientes del *Lode Maiden* entre las dos naves. Se perdió poco tiempo, a pesar de las dificultades. La agilidad se las prestaba la premura.

—Casi preferiría —murmuró— quedarme aquí. Hundirme con este barco, el primero y el último a mi mando.

Su mano derecha iba acariciando la pulimentada madera del timón.

—Entonces me quedaré contigo —replicó Leonora.

Whitley se sobresaltó. No se había dado cuenta de haberlo dicho en voz alta. Sintió la mano de la joven deslizarse sobre la suya libre, y el contacto de aquella mano le resultó más real que la dura madera. Sostuvo aquella mano, apretándola dulcemente. El aire, cálido, resultaba casi irrespirable y los humos sulfurosos les hicieron toser. El agua les llegaba a los tobillos, pero no quemaba todavía por completo.

El último de los pasajeros desapareció por la portilla. Reapareció Morgan. El muchacho estaba alerta, vivaracho. Los efectos de la droga estimulante, en lo que a él respectaba, no habían disminuido.

—¡De prisa! —gritó—. ¡El señor Paine afirma que el impulso de reacción atómica está a punto de funcionamiento! ¡A bordo!

Y, sin embargo, Whitley y la joven no se apresuraron. Un instinto, una premonición les hizo saborear aquellos momentos en su pleno deleite. Luego, con lentitud, sin ganas, Whitley se separó del timón y condujo a la muchacha hacia la bamboleante escalerilla. Vio cómo empezaba a trepar, tensos los músculos de las piernas bajo la suave piel. Tropezó y vaciló. Whitley, que había empezado a ascender, la sostuvo.

Entonces, con un suspiro de cansancio, el barco se hundió. Durante unos segundos continuó sobre el agua, sumergiéndose con lenta tranquilidad.

—¡De prisa! —gritó Morgan.

Estaba angustiado cuando Leonora y Whitley llegaron a la portilla. Apresuradamente retiró la

escalerilla. Cerró los controles de la compuerta. Todavía había energía en las baterías, pensó Whitley, casi sin interés. Morgan había ya desaparecido; ambos oyeron sus pisadas alejándose hacia la cabina de control.

Whitley estaba agotado, sin voluntad ni energías. Dejó que Leonora le guiase, medio sujetándole, a lo largo de los corredores y escaleras, hacia el control. Se dejó caer sobre una silla. Miró, al principio sin comprensión, las luces del tablero de mandos. Fue descubriendo, paso a paso, el significado de cada aparato, de cada clavija. La pila estaba funcionando. El impulso de reacción atómica estaba a punto. Y, sin embargo, no había fuerza auxiliar en los turbogeneradores; la astronave se mantenía funcionando gracias a las baterías. Había bastante corriente para la iluminación de emergencia y para las comunicaciones entre las salas de máquinas y la de control, pero la mayor parte de los instrumentos, como el radar, estaban fuera de uso.

Giró la cabeza para atisbar por las portillas y sólo vio una verde transparencia. La nave estaba extrañamente limpia en el interior, pero por fuera tenía también una coraza formada de algas. El inquieto movimiento le dijo a Whitley que debía estar acercándose al torbellino destructor del mar y que no podían demorarse mucho.

Presumió que todo el mundo se habría asegurado a los cinturones de los asientos. Pero... ¿qué tenía que hacer?

—Morgan —ordenó fatigadamente—, haz que despegue.

—Pero, señor...

—Haz que despegue. Velocidad de escape. Luego corta el impulso. Cuando estemos fuera de aquí estableceremos un plan.

—Sí, señor.

La nave se elevó, gimiendo, lentamente. Era el impulso nuclear, no químico, y en los depósitos se producía una reacción en masa por las maniobras. Era una astronave de la Vigilancia, construida y equipada para aterrizajes y despegues en todos los lugares del Universo, en cualquier circunstancia, A pesar de ser una nave-torpedo, se parecía más a un verdadero cohete que a una nave comercial, que operaba el impulso de reacción sólo en casos de emergencia.

Se elevó suavemente... y entonces una enorme mano la envolvió, arrojándola hacia arriba. Whitley se imaginó la explosión, la nube en forma de seta, el estruendo del vapor supercalentado. Ahora no importaba; ahora le daba a la astronave la velocidad adicional. Pero de haberse retrasado algo más el despegue, la astronave habría quedado ciertamente destruida.

—Volamos a ciegas —le comunicó Morgan—. No hay instrumentos. Pasará cierto tiempo antes de que pongan en marcha los turbogeneradores.

—Entonces, volemos a ciegas. Lo que importa ahora es elevarse.

—El señor Paine opina que puede ponerse en marcha los Diesel.

Aquí es donde entramos, pensó. Se preguntó: ¿Por qué he pensado esto?

Y se quedó dormido con las primeras vibraciones.

Se agitó en su asiento, despertando lentamente. Miró en torno de la cabina de control, los fantásticos instrumentos, las pantallas de radar, el mapa esférico con los luminosos filamentos que

formaban como una telaraña de estrella a estrella. Contempló los enormes portillos, los grandes ventanales que, por fuera, parecían cubiertos de una gruesa película que, en parte, se había agrietado, revelando una oscuridad y un vacío absolutos.

Jane estaba allí, murmurándole algo.

—No estamos tan mal. Estas astronaves del Servicio de Vigilancia llevan siempre grandes provisiones de emergencia, y las esporas enquistadas con las que se pueden reconstruir los depósitos de fermentos y los depósitos de algas...

—Y hay dos mapas... —decía alguien más. Era un muchacho bajo, regordete, que parecía lucir un uniforme de cadete—. Hay los mapas y los diarios de a bordo. Y el señor Paine ha conseguido reparar los turbogeneradores y el impulso Ehrenhaft está listo para cuando usted lo desee.

—Podemos emprender la ruta —agregó Jane—, tan pronto como quieras.

¿Jane? Pero no era Jane. Había cierta semejanza, pero no era Jane. Pero puedo amarte, puedo amarte, seas quien seas.

Escuchó, distraídamente, el zumbido de los motores. ¿Los turbogeneradores? Y entonces el murmullo de los Diesel comenzó a debilitarse, a morir.

29

FUERA, en el jardín, el rítmico zumbido de la segadora mecánica habíase extinguido.

Whitley abrió los ojos, miró en torno por la estancia desconocida, la estancia con sus líneas ondulantes, la sutil perspectiva tamizada. Durante una fracción de segundo le pareció que el techo era negro, con la negrura de la noche interestelar, y que allí colgaba una sombra más pronunciada, una astronave, que de pronto se desvaneció en la vasta inmensidad del tiempo y el espacio.

Y ella estaba en la butaca junto al diván, insustancial, estremeciéndose continuamente. Tendió las manos con un gesto de súplica. Desapareció.

—Leonora... —murmuró. Era demasiado tarde.

Entró el doctor, con su ruda faz bañada en sudor.

—Siento haberte dejado solo tanto tiempo —se disculpó—. He entrado una o dos veces, pero no pareciste desear mi compañía. —Encendió un cigarrillo y se acomodó en una butaca—. ¿Cómo fue? ¿Qué tal los colores y el sonido? ¿Hubo cambios en el sentido del tiempo?

—Ya te lo diré.

—¿No quieres hablar ahora de ello, George? De acuerdo. Quédate donde estás y te traeré un tazón de té. Me temo que tendrás que prescindir del alcohol durante un par de días.

—No te preocupes, doctor. Me marcho a casa.

—¿Ansioso de ponerlo todo por escrito? Buen chico.

—Sí.

—Ve a casa. Pero espera hasta que haya sacado el coche, ¿quieres?

Whitley entró en su casa.

Jane todavía no había llegado. Lo prefería. Vio que estaba completamente transpirado y decidió tomar una ducha. Fue al dormitorio y comenzó a desnudarse, quitándose la empapada camisa.

Entró Jane.

—¡George! —le tembló la voz—. ¿Qué tienes en la espalda?

—Nada —replicó él.

Pero se acercó a contemplarse a los espejos del tocador y giró la cabeza a fin de poder contemplar su reflejo. Entre los omóplatos había una herida casi cicatrizada.

FIN